

AÑO 13.

NUM. 151.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

JULIO, 1901

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# ACTEA

NOVELA

---

TERCERA PARTE

X

Ocho días habían transcurrido desde la escena que hemos relatado en el capítulo anterior. Eran las diez de la noche. La luna, que acababa de mostrarse en el horizonte, se elevaba lentamente por encima del Vesubio y proyectaba sus rayos por toda la costa de Nápoles. A la pura y brillante luz del astro resplandecía el golfo, que cruzaba con su línea sombría el insensato puente que, para realizar la predicción del astrólogo Trasilo, mandó tender de una á otra de las orillas el tercer César, Cayo Calígula. En la costa y en toda la extensión de la inmensa media luna que forma desde la punta de Pansilipo hasta la del cabo Micenas, veíanse desaparecer sucesivamente, como estrellas que se apagan en el cielo, las luces de la ciudad, de las aldeas y de los palacios diseminados por la playa, que se miraban en aquellas aguas rivales de las azules ondas de Cirenaica. Durante algún rato todavía, en medio del silencio, se vió deslizar, con una luz en su proa, alguna barca retrasada que ganaba, con ayuda de su vela triangular y de sus dobles remos, el puerto de Enaria, de Prosita ó de Bayas. Por fin desapareció á su vez la última de aquellas embarcaciones, y el golfo hubiera quedado entonces completamente desierto



y silencioso, sin algunos buques que flotaban en el agua, amarrados á la orilla, enfrente de los jardines de Hortensio, entre el palacio de Julio César y el de Bauli.

Transcurrió así una hora, durante la cual la noche se hizo aún más tranquila y más serena con la ausencia de todo ruido y todo rumor terrestre. Ninguna nube obscurecía el cielo, puro como el mar; ninguna onda rizaba el agua que reflejaba el cielo. La luna, continuando su camino en medio de un límpido azul, parecía haberse detenido un instante encima del golfo como encima de un espejo. Las últimas luces del golfo se habían apagado, y únicamente el faro del cabo Micenas brillaba en el extremo del promontorio como una antorcha en la mano de un gigante. Era una de esas noches voluptuosas en que Nápoles, la hermosa hija de Grecia, entrega á los vientos su cabellera de naranjos y á las ondas su seno de mármol. De cuando en cuando cruzaba los aires uno de esos suspiros misteriosos que la dormida tierra exhala hacia el cielo, y en el horizonte oriental, la blanca humareda del Vesubio se elevaba en medio de una atmósfera tan serena que parecía una columna de alabastro, restos gigantescos de alguna Babel desaparecida. De repente, en medio del aquel silencio y aquella obscuridad, los marineros, echados en las barcas de la ribera, vieron, á través de los árboles que semiocultaban el palacio de Bauli, brillar algunas antorchas. Oyeron alegres voces que se aproximaban á aquellos lugares, y no tardaron en ver desembocar de un bosque de naranjos y laureles que bordeaba la orilla, el cortejo, que aparecía entre luces y algazara. En seguida, el que parecía ser el comandante del mayor de los navíos, que era un trirreme magníficamente dorado y coronado de flores, hizo extender sobre el puente que unía la embarcación á la playa, un tapiz de púrpura, y bajando á tierra, esperó en actitud de respeto y temor. En efecto, el que marchaba á la cabeza del cortejo, adelantándose hacia el navío, era Nerón en persona. Se aproximaba, acompañado de Agripina, y en esta ocasión, cosa rara y extraña desde la muerte de Británico, la

madre se apoyaba en el brazo del hijo, y ambos, con el rostro sonriente y cambiando palabras amistosas, parecían estar en la más perfecta inteligencia. Cuando llegó junto al trirreme, se detuvo el cortejo, y á la faz de toda la corte, con los ojos llenos de lágrimas, Nerón estrechó á su madre contra su corazón, cubriendo de besos su rostro y su cuello, como si le acongojase separarse de ella; y por último, dejándola, por decirlo así, que se escapara de sus brazos, volvióse hacia el comandante del navío y le dijo:

—Aniceto, te recomiendo á mi madre.

Agripina atravesó el puente y subió al trirreme, que se alejó lentamente de la costa, poniendo la proa entre Bayas y Puzoles; pero Nerón no abandonó su puesto, permaneció algunos instantes aún saludando á su madre con la voz y con el gesto en el lugar en que se despidió de ella, mientras que Agripina, por su parte, le hacía ademanes de adiós. Por fin, cuando la embarcación comenzó á estar fuera del alcance de la voz, Nerón se volvió á Bauli, y Agripina bajó á la cámara que le habían preparado.

Apenas se había echado en el lecho de púrpura que estaba dispuesto, cuando se alzó un tapiz, y una jóven pálida y palpitante fué á echarse á los pies de la madre de Nerón, exclamando:

—¡Oh, madre mía, madre mía, sálvame!

Agripina se estremeció al pronto de sorpresa y de temor; después, al reconocer á la hermosa griega, dijo con asombro y tendiéndole una mano:

—¡Actea! ¡Tú aquí, en mi navío y pidiéndome protección!... ¿Y de qué tengo yo que salvarte cuando tienes suficiente poder para devolverme el cariño de mi hijo?

—¡Oh! de él, de mí, de mi amor... de esa corte que me espanta, de ese mundo tan extraño y tan nuevo para mí.

—En efecto—respondió Agripina,—desapareciste en medio de la comida; Nerón preguntó por ti, te hizo buscar; ¿por qué has huído así?

—¿Por qué? ¿Tú me lo preguntas? ¿Era posible para una

mujer... ¡perdóname!... permanecer en medio de una orgía tal, que hubiera ruborizado á nuestras mismas sacerdotisas de Venus? ¡Oh, madre mía!... ¿No has oído aquellos cantos? ¿No has visto aquellas cortesanas desnudas... aquellos bateleros, cada gesto de los cuales era una vergüenza, menos aún para ellos que para los que les miraban? ¡Oh! Yo no pude soportar semejante espectáculo, huí á los jardines. Pero allí ocurría algo más... los jardines estaban poblados como los bosques antiguos; cada fuente estaba habitada por alguna ninfa impúdica; cada macizo ocultaba algún sátiro desenfrenado... y, ¿quieres creerlo, madre? Entre aquellos hombres y aquellas mujeres, reconocí matronas y caballeros... entonces huí de los jardines como había huído de la mesa... Encontré abierta una puerta que daba al mar, me lancé á la orilla... vi el trirreme, le reconocí; dije que pertenecía á tu acompañamiento y que venía á esperarte; entonces me recibieron; y, en medio de estos marineros, de estos soldados, de estos hombres groseros, he respirado más á gusto y más tranquila que en esa mesa de Nerón, en la que, no obstante, se agrupaba toda la nobleza de Roma.

—¡Pobre niña! ¿Y qué esperas de mí?

—Un refugio en tu casa del lago Lucrino, un puesto entre tus esclavas, un velo bastante espeso para cubrir el rubor de mi frente.

—¿No quieres volver á ver al Emperador?

—¡Oh, madre mía!...

—¿Quieres, pues, dejarle vagar al azar, como un navío perdido, en ese mar de desenfrenos?

—¡Oh, madre mía! Si le amase menos, tal vez podría vivir cerca de él; ¿pero cómo quieres que vea allí, delante de mí, otras mujeres amadas como yo lo soy, ó más bien como creí serlo? Es imposible; yo no puedo haber dado tanto para obtener tan poco. En medio de ese mundo perdido me perdería; entre esas mujeres me convertiría en lo que son esas mujeres; también tendría yo un puñal en mi cinturón, un veneno en alguna sortija; después, algún día...



—¿Qué hay, Acerronia?—preguntó interrumpiendo Agripina, y dirigiéndose á una esclava joven que entraba en aquel momento.

—¿Puedo hablar, ama?—exclamó aquélla con voz alterada.

—Habla.

—¿A dónde crees ir?

—Pues á mi posesión del lago Lucrino, me parece.

—Sí, empezamos por dirigirnos hacia ese lado, pero há poco el navío cambió de rumbo y navegamos hacia alta mar.

—¡Hacia alta mar!—exclamó Agripina.

—Mira — replicó la esclava, descorriendo una cortina que cubría una ventana, — mira, el faro del Cabo debería estar muy lejos detrás de nosotros, y se le ve á la derecha; en vez de aproximarnos á Puzoles, nos alejamos á toda vela.

—En efecto — exclamó Agripina, — ¿qué significa esto? ¡Galo, Galo.....!

Apareció en la puerta un joven caballero romano.

—Galo—dijo Agripina,—dí á Aniceto que quiero hablarle. Galo salió, seguido de Acerronia.

—¡Justos dioses! — continuó diciendo Agripina.—¡El faro se apaga como por encanto.....! Actea, Actea, sin duda se prepara algo infame. ¡Oh! me habían prevenido que no viniese á Bauli, pero yo no quise dar crédito..... ¡Insensata! ¿Qué hay, Galo?

—Aniceto no puede acudir á tus órdenes; está mandando echar al mar las chalupas.

—Voy á verle yo misma..... ¡Ah.....! ¿Qué ruido es ese encima de nosotros? ¡Por Júpiter! ¡Estamos condenados, el navío se va á pique!

En efecto, apenas pronunció estas palabras Agripina arrojándose en brazos de Actea, cuando la cubierta se hundió con un ruido espantoso. Las dos mujeres se creyeron perdidas; pero, por una extraña casualidad, la parte que cubría el lecho estaba tan sólidamente incrustada en la borda, que sostuvo el peso del lado opuesto que se vino abajo, aplastando en su caída

al joven caballero romano, que se encontraba en pie á la entrada de la cámara. En el mismo momento se escucharon grandes gritos á bordo de la embarcación; oyóse un ruido sordo en las profundidades del navío, y las dos mujeres le sintieron en seguida temblar y gemir bajo sus pies. En efecto, acababan de abrirse varias planchas de la quilla, y el mar, precipitándose por la brecha abierta, golpeaba ya en la puerta de la cámara. Agripina en un instante lo adivinó todo. La muerte estaba á la vez encima y abajo. Miró en rededor, y vió al techo próximo á aplastarla, y al agua dispuesta á sepultarla; la ventana por la que había mirado cuando se apagó el faro de Micenas, estaba abierta; era la única vía de salvación; arrastró á Actea hacia aquella ventana, haciéndola un signo para que saltara, con ese ademán pronto é imperativo que indica que va en ello la vida, y ambas, sin mirar hacia atrás, sin vacilaciones, sin detenerse, se precipitaron abrazadas. En el mismo instante les pareció que eran atraídas por un poder infernal á los abismos más profundos del mar; el navío se hundía dando vueltas, y ellas bajaban con él en el torbellino que formaba; descendieron así durante algunos segundos, que les parecieron un siglo; por fin cesó el movimiento de atracción; sintieron que dejaban de bajar; después, que subían; y por último, medio desvanecidas, volvieron á la superficie del agua. En este momento vieron como á través de un velo otra cabeza que reaparecía cerca de las barcas; oyeron como en un sueño una voz que gritaba: *Yo soy Agripina, soy la madre del César; ¡salvadme!* Actea quiso gritar á su vez para pedir socorro; pero se sintió arrastrada de nuevo por Agripina, y su voz inarticulada no emitió más que un son confuso. Cuando volvieron á sobrenadar, estaban casi fuera del alcance de la vista, y, sin embargo, Agripina le mostró con una mano, mientras nadaba con la otra, un remo que se levantaba y rompía al caer la cabeza de Acerronia, que fue bastante insensata para creer salvarse diciendo á los asesinos de Agripina que era la madre del César.

Entonces las dos fugitivas continuaron hendiendo el agua

silenciosamente en dirección á la costa, mientras que Aniceto, creyendo que estaba realizada su misión de muerte, remaba hacia la parte de Bauli, en donde le esperaba el Emperador. El cielo continuaba puro y el mar tranquilo; sin embargo, era tanta la distancia que había entre el lugar en que Agripina y Actea se habían arrojado al agua, y la costa á la que se dirigían, que, después de haber nadado durante más de media hora, se encontraban aún á una media legua de la tierra. Para colmo de angustia, Agripina, al tirarse, se había herido en la espalda; sentía gran pesadez en un brazo, de suerte que no se había librado de un peligro sino para caer en otro más terrible y más cierto todavía. Actea no tardó en observar que su compañera nadaba con trabajo, y aunque no exhalaba ni una queja, adivinó, en la opresión de su pecho, que tenía necesidad de socorro. Pasó inmediatamente al otro lado, la cogió el brazo, se lo pasó á su cuello como punto de apoyo y continuó avanzando, sosteniendo á Agripina, fatigada, la cual la suplicaba en vano que se salvase sola y la dejara morir.

Durante este tiempo, Nerón había vuelto al palacio de Bauli, y ocupando de nuevo en la mesa el lugar que había abandonado por un instante, mandó venir nuevas cortesanas, nuevos bateleros, ordenó que el festín continuase, y habiéndose hecho traer la lira, cantaba el sitio de Troya. Sin embargo, de cuando en cuando se estremecía, sacudíale un escalofrío, y helaba su frente un sudor frío; porque unas veces creía oír el último grito de su madre, y otras le parecía que el genio de la muerte, al través de aquella atmósfera tibia y perfumada, le rozaba la frente con la punta de sus alas. Por fin, al cabo de dos horas de febril orgía, entró un esclavo, se adelantó hacia Nerón y le dijo al oído una palabra que nadie oyó, pero que le hizo estremecer; en seguida, dejando caer su lira y arrancándose la corona, se lanzó fuera de la sala del festín, sin decir á nadie la causa de aquel terror repentino, y dejó en libertad á sus convidados para que se retiraran ó continuasen la orgía. Pero la turbación del Emperador había sido harto vi-

sible y su salida demasiado brusca para que los cortesanos no hubiesen adivinado que acababa de ocurrir algo terrible; así fue que cada cual se apresuró á imitar el ejemplo del amo, y algunos minutos después de su salida, la sala aquella, tan llena, tan bulliciosa y tan animada hacía un instante, se vió vacía y silenciosa como una tumba profanada.

Nerón se había retirado á su habitación y mandado llamar á Aniceto. Éste, al abordar al puerto, dió cuenta de su misión al Emperador, y el Emperador, seguro de la fidelidad de aquel, no concibió duda alguna acerca de la veracidad de la relación. El asombro de Aniceto fue, pues, grande cuando, al verle entrar, Nerón se adelantó hacia él gritando:

—¿Qué me decías tú que había muerto? Abajo hay un mensajero que viene de parte suya.

—Entonces, preciso es que llegue del infierno—respondió Aniceto;—porque yo he visto hundirse la cubierta y sepultarse el navío, y yo he oído una voz que exclamaba: Soy Agripina, la madre del César; y yo he visto levantarse y caer el remo, que rompió la cabeza de la que tan imprudentemente pedía socorro...

—Pues bien, te has engañado: Acerronia es la que ha muerto, y mi madre la que se ha salvado.

—¿Quién dice eso?

—El liberto Agerino.

—¿Le has visto?

—Todavía no.

—¿Qué va á hacer el divino Emperador?

—¿Puedo contar contigo?

—Mi vida es del César.

—Pues bien, entra en ese gabinete, y cuando yo pida socorro, vienes rápidamente, detienes á Agerino y dices que le has visto levantar el puñal sobre mí.

—Tus deseos son órdenes—respondió Aniceto, inclinándose y entrando en el gabinete.

Nerón permaneció solo, cogió un espejo, y viendo que su

rostro estaba desencajado, ocultó su palidez con rojo; después arregló las ondas de sus cabellos y los pliegues de su toga, como si fuese á presentarse en escena, y se echó en una postura estudiada para esperar al mensajero de Agripina.

Venía á decir á Nerón que su madre se había salvado; le refirió el accidente del trirreme, que el César oyó como si lo ignorase; después añadió que la augusta Agripina fue recogida por una barca en el momento en que, perdidas todas sus fuerzas, no tenía otra esperanza que el socorro de los dioses... La barca la condujo del golfo de Puzoles al lago Lucrino, por el canal que mandara abrir Claudio; una vez en las márgenes del lago, se hizo conducir en litera á su palacio, desde donde mandaba á decir á su hijo que los dioses la habían tomado bajo su protección, y conjurándole á que, por mucho que deseara verla, diferiese su visita, porque tenía necesidad de reposo por el momento. Nerón escuchó hasta el final fingiendo temor, sorpresa y alegría, conforme á lo que decía la relación; después, cuando hubo sabido lo que deseaba saber, es decir, el lugar en que su madre estaba refugiada, puso inmediatamente en ejecución el proyecto que concibiera; arrojó una espada entre las piernas del mensajero y gritó pidiendo socorro: en seguida Aniceto salió de su gabinete, echó mano al enviado de Agripina, y recogiendo el acero que se encontraba á sus pies, antes de que tuviera tiempo de negar el atentado que se le imputaba, puso al prisionero en manos del jefe de los pretorianos, que acudió con su guardia á las voces del Emperador, y se lanzó por los corredores de palacio, diciendo á gritos que Nerón había estado á punto de ser asesinado por orden de su madre.

Mientras ocurrían estas cosas en Bauli, Agripina, como ya hemos visto, fue salvada por una barca de pescadores que regresaba tarde al puerto; pero en el momento de ir á acercarse á la barca, ignorando si la cólera de Nerón iría á perseguirla á su palacio del lago Lucrino, y no queriendo arrastrar en su pérdida á la joven á quien debía la vida, preguntó á Actea si

se encontraba con fuerzas para ganar la orilla que comenzaba á vislumbrarse en la sombría línea de las colinas que parecían separar el cielo del mar; Actea adivinó el motivo por el que obraba así la madre del Emperador, é insistió en seguirla; pero ésta repitió terminantemente la orden para que la dejase, prometiendo llamarla si no hubiera nada que temer; Actea obedeció, y Agripina, inadvertida hasta entonces, gritó pidiendo socorro, y fue recogida por los pescadores, mientras que la griega se alejaba sin ser vista, blanca y ligera por la superficie de las aguas, semejante á un cisne.

Sin embargo, á medida que Agripina se acercaba á la playa, notaba en ésta mucho ruido y movimiento: veía luces que corrían rápidamente á lo largo de la costa, y el viento traía clamores cuya causa trataba de adivinar en su inquietud; era que Aniceto, al regresar al puerto de Bauli, esparció la noticia del naufragio y de la muerte de la madre del Emperador, é inmediatamente la multitud, en la que figuraban nobles y plebeyos, amigos y esclavos, se desparramó por la costa, en la espera de que Agripina ganara viva la orilla, ó que por lo menos su cadáver fuese arrojado por el mar; así fue que en cuanto se divisó á través de la obscuridad una vela blanca, la muchedumbre se precipitó hacia el punto en que iba á atracar, y en cuanto se supo que la barca conducía á Agripina, todos los fúnebres clamores se trocaron en gritos de alegría; de suerte que la madre del César, condenada en un lado del golfo, desembarcaba en el otro con todas las aclamaciones de un recibimiento y todos los honores de un triunfo, y llevada en brazos de sus servidores y escoltada por un gentío afectado por el acontecimiento y despertado en medio de su sueño, entró en su imperial palacio, cuyas puertas se cerraron inmediatamente detrás de ella; pero todos los habitantes de la costa, desde Puzoles hasta Baya, continuaron sin regresar á sus hogares, y la curiosidad de los que llegaban se mezclaba con la agitación de los que habían acompañado á Agripina desde la orilla del mar; estallaron nuevos gritos de alegría y adhesión, pidiendo

ver á la que el Senado, por orden del Emperador, confirió el título de augusta.

Sin embargo, Agripina, retirada en lo más profundo de sus habitaciones, lejos de entregarse á tales transportes, experimentaba mayor terror, pues toda popularidad era un crimen en la corte de Nerón; con tanta más razón, cuanto que aquella popularidad iba dedicada á un personaje proscripto. Apenas entró en su habitación, mandó llamar á su liberto Agerino, el único hombre con el que creyó poder contar, y le encargó que fuese á llevar á Nerón el mensaje que le hemos visto desempeñar; después, una vez cumplido este primer cuidado, pensó en sus heridas, hizo que le practicasen la primera cura, y luego, alejando á todas sus mujeres, se acostó, con la cabeza envuelta en la manta que cubría su cama, y se entregó por completo á terribles reflexiones, mientras escuchaba los clamores del exterior, que cada vez eran más ruidosos: de repente, aquellas mil voces se callaron, los clamores cesaron como por encanto, extinguieronse las luces de las antorchas que se reflejaban en las ventanas como el resplandor de un incendio; la noche recobró su obscuridad y el silencio su misterio. Agripina experimentó en todo su cuerpo un temblor mortal, y su frente se inundó de un sudor frío, porque adivinaba que no sin alguna causa se calló la multitud y se apagaron las luces. En efecto, al cabo de un instante oyóse el ruido de un destacamento de soldados armados que entraba en el patio exterior; después sintieronse pasos que se aproximaban de corredor en corredor y de cuarto en cuarto. Agripina escuchaba aquel rumor amenazador apoyada en un codo, palpitante, pero inmóvil, puesto que, sin esperanza en la huída, ni lo intentó siquiera; por fin, la puerta de su habitación se abrió. Entonces, armándose de todo su valor, se volvió, pálida, pero decidida, y vió en el umbral al liberto Aniceto, acompañado por el tetrarca Hércules, y Olarito, centurión de marina; en la actitud de Aniceto, al que conocía como el confidente, y á veces el ejecutor de Nerón, comprendió que todo estaba resuelto, y renunciando á

toda queja, así como á todo ruego, dijo:—Si vienes como mensajero, anuncia á mi hijo mi restablecimiento; si vienes como verdugo, cumple con tu oficio.

Por toda respuesta, Aniceto sacó su espada y se acercó á la cama, y Agripina, por todo ruego, levantó con impudor sublime la ropa que la cubría, y se limitó á dirigir al verdugo estas dos palabras:

—*¡Feri ventrem!*

El verdugo obedeció, y la madre murió sin pronunciar otra palabra más que aquella maldición á sus entrañas por haber llevado semejante hijo.

Mientras tanto Actea, al dejar á Agripina, continuó avanzando hacia la orilla; pero como al ir á acercarse vió brillar las antorchas y oyó los gritos, y como ignoraba lo que querían decir tales clamores y tales luminarias, resolvió, ya que se sentía aún con algunas fuerzas, no tomar tierra sino al otro lado de Puzoles. En consecuencia, y para ocultarse todavía más á las miradas, siguió el puente de Calígula, nadando bajo la línea sombría que proyectaba en el mar, y deteniéndose de cuando en cuando en las pilastras que se sostenían, á fin de tomar algún descanso; cuando llegó á trescientos pasos de su extremo, poco más ó menos, vió brillar el casco de un centinela, y de nuevo se alejó hacia el mar, aunque las palpitaciones de su corazón y el cansancio de sus brazos le indicasen la perentoria necesidad de llegar prontamente á la playa. La divisó por fin, y tal como la deseaba, baja, sombría y solitaria, mientras llegaban aún hasta ella las luces de las antorchas y los gritos de alegría que repercutían en Baya: por lo demás, aquella luz y aquellos gritos comenzaban á no ser percibidos; la misma playa que viera hacía un momento, desaparecía ahora en la nube que cubría los ojos de la joven, y á través de los cuales cruzaban relámpagos sangrientos; zumbaban sus oídos con zumbido cada vez mayor, como si fuese acompañada por monstruos marinos; quiso gritar, su boca se llenó de agua y una ola pasó por encima de su cabeza. Actea se sintió



perdida si no ponía á contribución todas sus fuerzas; por un movimiento convulsivo, sacó la mitad del cuerpo del elemento que la oprimía, y con este movimiento, por rápido que fuese, tuvo tiempo de llenar de aire sus pulmones; además, la tierra que había entrevisto le parecía sensiblemente aproximada; continuó, pues, nadando, pero pronto volviéronse á apoderarse de ella los síntomas de desfallecimiento, y comenzaron á danzar en su cerebro pensamientos confusos é inauditos: en algunos minutos, y de un modo confuso, volvió á ver todo cuanto le era querido, y su vida entera cruzó ante sus ojos; creía distinguir á un anciano que le tendía los brazos y le llamaba desde la orilla, mientras que una fuerza desconocida paralizaba sus miembros y parecía atraerla á las profundidades del golfo. Después veía la orgía que brillaba con todos sus esplendores, y los cantos resonaban en sus oídos. Nerón, sentado con su lira; sus favoritos aplaudiendo los obscenos cantos, y las cortesanas que entraban, cuyas lascivas danzas asustaban el pudor de la joven. Quería huir, como ya lo hiciera, pero sus pies estaban encadenados con guirnaldas de flores; sin embargo, en el fondo del corredor que conducía á la sala del jardín, volvía á ver á aquel anciano que la llamaba con ademanes.

El anciano tenía alrededor de la frente una brillante aureola que iluminaba su rostro en medio de la sombra. Le hacía signos para que fuese hasta él, y ella comprendía que se salvaría si lo lograba hacer. Por fin, se apagaron todas las luces, cesó todo el ruido, sintió que de nuevo se iba á fondo, y dió un grito.—Otro grito pareció que respondía al suyo; pero en seguida pasó el agua por encima de su cabeza como un sudario, y todo se confundió en ella, hasta el sentimiento de la existencia; le pareció como si le llevaran á través de un sueño, y que la hacían rodar por la pendiente de una montaña, hasta que al llegar abajo tropezó con una piedra—fue un dolor sordo, como el que se experimenta en un desvanecimiento; después no sintió más que una impresión de frío que subía lenta-

mente hacia el corazón, y que al llegar á él le arrebatava todo, hasta la consciencia de la vida.

Cuando volvió en sí aún no había salido el sol; estaba en la playa envuelta en su amplio manto, y un hombre arrodillado la sostenía la cabeza empapada y con los cabellos sueltos; levantó los ojos hacia el que la auxiliaba, y, cosa extraña, creyó reconocer al anciano que viera en su agonía. Era la misma figura dulce, venerable y serena; de suerte, que le parecía continuar su sueño.

—¡Oh, padre mío!—murmuró Actea.—Me has llamado y he acudido. Héme aquí; me has salvado la vida; ¿cómo te llamas, para que bendiga tu nombre?

—Me llamo Pablo—respondió el anciano.

—¿Y quién eres?—volvió á preguntar.

—Apóstol de Cristo—contestó él.

—No te comprendo—replicó dulcemente Actea;—pero no importa, tengo confianza en tí como en un padre. Condúceme á donde quieras, estoy pronta á seguirte.

El anciano se levantó y marchó delante de ella.

## XI

Nerón pasó el resto de la noche en el insomnio y en el temor; temblaba ante la idea de que Aniceto no pudiese alcanzar á Agripina, porque pensaba que ésta no se hubiera detenido más que un momento en el palacio, y que lo que le decía de su debilidad y sufrimiento no fuese sino un medio para ganar tiempo y marchar libremente á Roma: veíala ya entrar resuelta y animosa en la capital, invocando al pueblo, armando los esclavos, sublevando al ejército y haciéndose abrir las puertas del Senado para pedir justicia por su naufragio, por sus heridas, por sus amigos asesinados. A cada ruido temblaba como un niño, porque, á pesar de sus malos tratamientos respecto de ella, no había dejado un instante de temer á su

madre; sabía de lo que era capaz, y lo que podía hacer en contra de él por lo que había hecho por él: á las siete de la mañana llegó un esclavo de Aniceto al palacio de Bauli, y después de solicitar audiencia del Emperador, se arrodilló ante él y le entregó el anillo que Nerón dió al asesino en testimonio de poder absoluto, y que le era devuelto, conforme á su sangriento pacto, como prueba de que el asesinato estaba realizado: entonces, Nerón se levantó lleno de alegría, exclamando que hasta aquel momento no había reinado y que debía su imperio á Aniceto.

Sin embargo, juzgó que era muy importante adelantarse á lo que se dijera y referir á su modo la muerte de su madre. Mandó escribir al instante á Roma, manifestando que había sido sorprendido en su habitación, y armado de un puñal para asesinarle, Agerino, el liberto y confidente de Agripina, y que entonces ésta, noticiosa de que su proyecto había fracasado, y ante el temor de la venganza del Senado, se había castigado á sí misma por el crimen que meditara: añadía que desde hacía mucho tiempo formó su madre el designio de arrebatarle el Imperio, y que se había vanagloriado de que, una vez muerto el Emperador, haría que el pueblo, los pretorianos y el Senado, jurasen obediencia á una mujer; decía que eran obra de su madre los destierros de las personas más distinguidas, y en prueba de esto, levantaba el destierro á Valerio Capito y Licinio Gabolo, antiguos pretores, así como á Calpurnia, mujer de alto rango, y á Junia Calvina, hermana de Silano, el que fue prometido de Octavia. Hablaba también del naufragio como una venganza de los dioses, calumniando de esta suerte á los cielos y á la tierra: por lo demás, quien escribió esta epístola fue Séneca, porque, en cuanto á Nerón, temblaba de tal manera, que no pudo hacer más que firmarla.

Pero, pasado este primer momento, pensó, como hábil cómico, en ostentar su dolor como si representara un papel: se quitó el colorete, que cubría aún sus mejillas; desató sus cabellos, que cayeron esparciéndose, y, encapillándose un hábito

de color sombrío en sustitución de su blanca túnica del festín, bajó y se mostró á los pretorianos, á las cortesanas y hasta á sus esclavos, como abrumado por el rudo golpe que acababa de herirle.

Entonces habló de ir él mismo á ver una vez más á su madre; hizo que trajesen una barca al lugar en que la víspera se despidió de ella con tan tiernos transportes; atravesó el golfo en el que intentó sepultarla, abordó á la orilla que la vió abordar, herida y moribunda; después se adelantó hacia el palacio en que acababa de desarrollarse la última escena de aquel drama: algunos cortesanos, Burro, Séneca y Esporo, le seguían en silencio, tratando de leer en el rostro del soberano la expresión que debían dar á los suyos; Nerón había adoptado la de una profunda tristeza, y todos, al entrar en pos de él en el patio donde los soldados hicieron su primer alto, parecían que también habían perdido una madre como él.

Nerón subió la escalera con paso grave y lento, como conviene á un hijo piadoso que se acerca al cadáver de la que le dió el sér. Después, al llegar al corredor que conducía á la cámara mortuoria, hizo un signo con la mano para que se detuvieran los que le acompañaban, y únicamente llevó á su lado á Esporo, como si hubiese temido abandonarse al dolor delante de los hombres; al llegar á la puerta se detuvo un instante, se apoyó contra la pared y se cubrió el rostro con su manto, como para ocultar sus lágrimas, pero, en realidad, para enjugar el sudor que le corría por la frente; luego, tras un momento de vacilación, abrió la puerta con un movimiento rápido y resuelto, y entró en la habitación.

Agripina continuaba en el lecho. Sin duda el asesino había borrado las señales de la agonía, pues se hubiera dicho que estaba durmiendo: el manto que tenía encima dejaba al descubierto solamente la cabeza, una parte del pecho y los brazos, á los cuales la palidez de la muerte daba la apariencia fría y azulada de un mármol; Nerón se detuvo al pie de la cama, seguido siempre por Esporo, cuyos ojos, más impasibles aún que

los de su amo, parecían mirar con indiferente curiosidad una estatua caída del pedestal; al cabo de un instante se iluminó el rostro del parricida; todas sus dudas habían desaparecido, todos sus temores estaban disipados; el trono, el mundo, el porvenir, le pertenecían por fin á él solo; iba á reinar libremente y sin obstáculos; bien muerta estaba Agripina; después, á este sentimiento sucedió una impresión extraña: sus ojos, fijos en el brazo que le estrechara contra su corazón, y en el seno que le había alimentado, se iluminaron con un deseo secreto; llevó la mano al manto que cubría á su madre, y lo levantó lentamente, de manera que dejase al descubierto por completo el desnudo cadáver. Entonces lo examinó con cínica mirada, después con un sentimiento infame é incestuoso, y dijo:

—Espero, no sabía que fuese tan hermosa.

Amaneció, y con el día recobró el golfo su vida acostumbrada; cada cual volvió á sus tareas habituales. Habíase esparcido el rumor de la muerte de Agripina, y reinaba una sorda inquietud en toda la plaza, aunque no por eso dejaba de estar, como de costumbre, llena de comerciantes, de pescadores, de desocupados; se hablaba en voz baja del peligro á que había escapado el Emperador; daban gracias á los dioses cuando juzgaban que podían ser oídos, y después pasaban sin volver la cabeza al lado de una hoguera que un liberto llamado Munsler, ayudado por algunos esclavos, preparaba en el camino de Micenas, cerca del palacio del dictador Julio César; pero todo aquel ruido, aquella inquietud, aquellos rumores, no llegaban hasta el retiro á donde Pablo había conducido á Actea. Era una casita aislada que se elevaba en la punta del promontorio que mira á Nisida, y que estaba habitada por una familia de pescadores. Aunque el anciano parecía extraño á la familia, ejercía en aquel lugar una autoridad visible; sin embargo, la obediencia con que parecían acatar sus menores deseos no era servil, sino respetuosa: era la de los hijos al padre, de los servidores al patriarca, de los discípulos al apóstol.

La primera necesidad de Actea era la del descanso; llena de confianza en su protector, y comprendiendo que á partir de aquel día alguien velaba sobre ella, cedió á las instancias del anciano, y se durmió. En cuanto á él, se sentó cerca de ella, como un padre á la cabecera de su hijo, y, con la mirada fija en el cielo, se absorbió poco á poco en una contemplación profunda, de suerte que cuando la joven volvió á abrir los ojos, no tuvo necesidad de contemplar á su protector; y aunque su corazón estaba destrozado por los mil recuerdos que la asaltaban al despertar, le sonrió tristemente y le tendió la mano.

—¿Sufres?—preguntó el anciano.

—Amo—respondió la joven.

Reinaron unos instantes de silencio, y después añadió Pablo:

—¿Qué deseas?

—Un retiro en el que pueda llorar y pensar en él.

—¿Te sientes con fuerzas para seguirme?

—Marchemos—dijo Actea, haciendo un movimiento para levantarse.

—Es imposible en este momento, hija mía; si tú vas fugitiva, yo estoy proscripto; no podemos viajar más que durante las tinieblas. ¿Estás decidida á marchar hoy?

—Sí, padre mío.

—¿No te asusta, siendo tan tierna y delicada, una marcha larga y fatigosa?

—Las jóvenes de mi país están habituadas á perseguir á los corzos en los bosques más espesos y en las montañas más elevadas.

—Timoteo—dijo el anciano volviéndose,—llama á Silas.

El pescador tomó el obscuro manto de Pablo, lo colocó en el extremo de un palo, salió de la cabaña y fijó el palo en el suelo.

La señal no tardó en ser vista, porque á los pocos momentos bajó un hombre á la playa desde la montaña de Nisida, saltó á una barquilla, y, soltando la amarra, comenzó á fran-

quear á fuerza de remos el espacio que separa la isla del promontorio: no fué larga la travesía; al cabo de un cuarto de hora, poco más ó menos, tocó en la orilla, á cien pasos de la casa en que era esperado, y cinco minutos después el tripulante apareció en el umbral de la puerta. La aparición hizo estremecerse á Actea, porque estaba mirando hacia Bauli y no vió nada de lo que había pasado.

El que llegó, que en su tinte bronceado, en el turbante que ceñía su cabeza y en lo fino de sus formas acusaba ser un hijo de Arabia, avanzó respetuosamente y saludó á Pablo en una lengua desconocida. Pablo entonces le dirigió algunas palabras en el mismo lenguaje, con la benevolencia del amigo unida á la autoridad del maestro: Silas, por toda respuesta, se ajustó más sólidamente las sandalias de que iba calzado, apretó su cintura con una cuerda, tomó una cayada de viaje, se arrodilló delante de Pablo, que le dió la bendición, y salió.

Actea miraba á Pablo con asombro. ¿Quién era aquel anciano que ordenaba con voz dulce y firme al mismo tiempo, y que era obedecido como un rey y respetado como un padre? En lo poco que permaneció en la corte de Nerón, Actea tuvo ocasión de apreciar el servilismo bajo todas formas, pero el servilismo mezquino y temeroso, hijo del terror, y no el apresuramiento que nace del respeto. ¿Había acaso dos Emperadores en el mundo, y el que se ocultaba era quizás más poderoso sin tesoros, sin esclavos y sin ejército, que el otro con las riquezas de la tierra, sus ciento veinte millones de súbditos y sus doscientos mil soldados? Sucediéronse estas ideas con tal rapidez en el cerebro de Actea, y se fijaron en él con tal convicción, que se volvió hacia Pablo, y juntando las manos con el mismo acatamiento y el mismo respeto que viera manifestar á todo el que se acercaba al santo anciano, dijo:

—¡Oh, señor! ¿Quién eres, pues, para que todos te obedezcan sin parecer temerte?

—Ya te lo he dicho, hija mía; me llamo Pablo y soy apóstol.

—¿Pero qué es un apóstol?—replicó Actea:—¿es un orador como Demóstenes? ¿Es un filósofo como Séneca? Entre nosotros la elocuencia está representada con unas cadenas de oro que le salen de la boca. ¿Encadenas tú á los hombres con tu palabra?

—Yo llevo la palabra que liberta y no la que encadena—respondió Pablo sonriendo;—y lejos de decir á los hombres que son esclavos, he venido para decir á los esclavos que eran libres.

—En verdad que no te comprendo, y sin embargo, hablas mi lengua materna como si fueras griego.

—He permanecido seis meses en Atenas y año y medio en Corinto.

—¿En Corinto?—murmuró la joven ocultando su rostro entre las manos;—¿hace mucho tiempo de eso?

—Hace cinco años.

—¿Y qué hacías tú en Corinto?

—Durante la semana trabajaba en hacer tiendas para los soldados, los marineros y los viajeros, porque no quería ser una carga para el generoso huésped que me había recibido; después, los días de sábado, predicaba en la sinagoga, recomendando la modestia á las mujeres, la tolerancia á los hombres, y á todos las virtudes evangélicas.

—Sí, sí, recuerdo ahora haber oído hablar de ti—dijo Actea;—¿no habitabas cerca de la sinagoga de los judíos, en casa de un noble anciano llamado Tito Justo?

—¿Le conocías?—preguntó Pablo con visible alegría.

—Era amigo de mi padre—respondió Actea;—sí, sí, lo recuerdo ahora: los judíos te denunciaron y te condujeron ante Galión, que era procónsul de Acaya y hermano de Séneca; mi padre me sacó á la puerta cuando pasabas y me dijo:—mira, hija mía, ese es un justo.

—¿Y cómo se llamaba tu padre? ¿Cómo te llamas tú?

—Mi padre se llama Amycles, y yo me llamo Actea.

—Sí, sí, recuerdo á mi vez; ese nombre no me es descono-



cido. ¿Pero cómo has dejado á tu padre? ¿Por qué has abandonado tu patria? ¿A qué obedece el que te haya encontrado en la playa, sola y moribunda? Dímelo todo, hija mía, y si ya no tienes patria, te ofreceré una; si ya no tienes padre, yo te daré uno.

—¡Oh, jamás, jamás! No me atrevería á referirte...

—¿Es muy terrible tu confesión?

—¡Oh! moriría de vergüenza á la mitad de mi relación.

—Está bien; entonces me corresponde á mí humillarme para que tú te eleves; voy á decirte quién soy, para que me digas tú quién eres; voy á confesarte mis crímenes, para que me confieses tus faltas.

—¡Tus crímenes!...

—Sí, mis crímenes; los he expiado, gracias al cielo, y espero que el Señor me habrá perdonado... Escúchame, hija mía, porque voy á decirte cosas de las que no tienes idea alguna, pero que las comprenderás un día, y á las que adorarás cuando las hayas comprendido.

Yo he nacido en Tarso, en Cilicia; la adhesión de mi ciudad natal á Augusto valió á sus habitantes el título de ciudadanos romanos, de suerte que mis padres, ya ricos, gozaban, además de sus riquezas, de las ventajas inherentes al rango que les había concedido el Emperador: allí fue donde estudié las letras griegas, que florecían entre nosotros lo mismo que en Atenas. Después mi padre, que era judío y de la secta farisea, me envió á estudiar á Jerusalem, bajo la dirección de Gamaliel, sabio y severo doctor en la ley de Moisés. Entonces yo no me llamaba Pablo, sino Saulo.

Había en aquel tiempo en Jerusalem un joven que tenía dos años más que yo: se llamaba *Jesús*, es decir, Salvador, y se contaban acerca de él cosas maravillosas. Decían que un ángel se le apareció á su madre, la saludó en nombre de Dios y la anunció que era la elegida entre todas las mujeres para dar á luz el Mesías; algún tiempo después, la joven se casó con un hombre de edad llamado José, el cual, habiendo ob-

servado que su mujer estaba encinta, y no queriendo deshonorarla, resolvió devolverla secretamente á su familia. Pero cuando estaba pensando esto, el mismo ángel del Señor, que se le había aparecido á María, se le apareció á su vez y le dijo: «José, hijo de David, no temas vivir con María, tu mujer, porque el que nazca de ella está creado por el Espíritu Santo.» En aquella misma época se publicó un decreto de César Augusto para formar el censo de todos los habitantes del Imperio: fue el primer censo que se llevó á cabo por Cirineo, Gobernador de Siria; y como debían ir á inscribirse en sus respectivos lugares, José partió también de la ciudad de Nazareth, que está en Galilea, y fué á Judea, á la ciudad de David, llamada Belén, para inscribirse con María, su esposa; pero mientras estaban allí, sucedió que llegó el tiempo en que debía dar á luz: nació su primogénito, y después de haberle envuelto en los pañales, le acostó en un pesebre, porque no encontraron sitio para ellos en la hostería. Ahora bien, había por aquellos contornos pastores que pasaban la noche en los campos alternando en la vigilancia de sus rebaños: de repente se les presentó un ángel del Señor; se vieron rodeados por un divino resplandor, lo que les llenó de sobresalto; entonces les dijo el ángel:—No temáis nada, porque vengo á traeros una nueva que será para todos los pueblos motivo de grande alegría: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es el Cristo.

Era que Dios miró á la tierra, y pensó que los tiempos preparados por su sabiduría habían llegado. El mundo entero, ó por lo menos todo lo que la ciencia pagana conocía del mundo, obedecía á un solo poder. Tiro y Sidón se habían derrumbado ante la palabra del profeta; Cartago estaba arrasada, conquistada Grecia, vencidos los galos, quemada Alejandría; un hombre solo gobernaba en cien provincias por la voz de sus prócsules, y por todas partes se experimentaba el yugo que imponía Roma. Sin embargo, á pesar de su poder aparente, e edificio pagano flanqueaba en su base de arcilla; un malestar

desconocido y universal anunciaba que el mundo viejo estaba herido en el corazón, que era inminente una crisis, y que iban á aparecer cosas nuevas y desconocidas; era que ya no existía la justicia, porque había demasiado poder; era que ya no había hombres, porque había demasiados esclavos; era que ya no había religión, porque había demasiados dioses. Ahora bien; como ya se ha dicho, en el momento en que llegaba á Jerusalem, me había precedido un hombre que decía á los poderosos:—No hagais más que lo que se os tiene ordenado.—A los ricos:—Que el que tenga dos vestidos, dé uno al que carezca de ellos.—A los amos:—No hay primero ni último; el reino de la tierra es de los fuertes, pero el reino de los cielos es de los débiles. Y á todos:—Los dioses que adorais son dioses falsos; no hay más que un Dios único y omnipotente que ha creado el mundo, y ese Dios es mi padre, porque yo soy el Mesías que os estaba prometido por las Escrituras.

Como entonces era yo ciego y sordo, cerré los ojos y los oídos, ó más bien me cegó la envidia; luego vino el odio, que me perdió. He aquí en qué ocasión me convertí en el ardiente perseguidor del Hombre-Dios, del cual soy actualmente indigno, però fiel apóstol.

Un día, que habíamos estado pescando inútilmente Pedro y yo durante todo el día en el antiguo lago de Genezareth, llamado hoy de Tiberíades, Jesús vino á orillas del lago, llevado por la multitud que quería oír su palabra: como la barca de Pedro se encontraba más próxima á la orilla, ó porque Pedro era mejor que yo, Jesús saltó á ella y se sentó; desde allí continuó predicando á la multitud, que le escuchaba en la orilla; después, cuando hubo acabado de hablar, dijo á Pedro:

—Ponte en medio de las aguas y echa las redes para pescar.

Pedro le respondió:

—Maestro, hemos trabajado toda la noche sin conseguir nada, ¿cómo íbamos á ser más felices ahora?

—Haz lo que te digo—replicó Jesús.

Y Pedro echó las redes, y cogió tal cantidad de pesca que por poco se rompieron sus redes, y entonces llenó de tal manera su barca, que poco faltó para que se fuera á pique. En seguida Pedro, Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que estaban con él en la barca, se hincaron de rodillas, reconociendo que había en ello un milagro; pero Jesús les dijo:

—Levantaos, vuestra tarea ha concluído como pescadores de peces; vuestra misión en adelante será la de conquistar hombres.

Y, saltando á la orilla, se los llevó con él.

Al quedarme solo, me dije: ¿por qué no he de pescar yo allí donde los otros han pescado? Me dirigí al lugar en que estuvieron, eché diez veces mis redes en el mismo sitio en que echaron las suyas, y diez veces retiré las redes vacías. Entonces, en lugar de decirme: Este hombre es verdaderamente lo que dice ser, es decir, el enviado de Dios, me dije: Ese hombre es, sin duda, un mago que entiende de sortilegios, y mi corazón se llenó de una gran envidia hacia él.

Pero como por esta época se marchó de Jerusalem para ir á predicar por toda la Judea, aquel sentimiento se borró poco á poco, y ya había olvidado á quien me lo inspirara, cuando un día que estábamos vendiendo como de costumbre en el templo, oímos decir que Jesús regresaba más glorioso que nunca: había curado á un paralítico en el desierto, dado vista á un ciego en Jericó, y resucitado á un joven en Nasín. De suerte que por donde pasaba, los pueblos tendían sus mantos por el camino, y sus discípulos le acompañaban, radiantes de alegría, llevando palmas en las manos y alabando al Señor en alta voz por todas las maravillas que habían visto.

En medio de semejante cortejo se dirigió hacia el templo; pero al ver que estaba lleno de vendedores y compradores, comenzó á echarnos á todos, diciendo:—Está escrito que mi casa es casa de oración, y vosotros hicisteis de ella una caverna de bandidos.—Quisimos resistir al pronto, pero pronto nos convencimos de que todo sería inútil, y que no había medio de

hacer nada contra aquel hombre, porque todo el pueblo estaba pendiente de los labios de él en admiración de lo que decía. Entonces se despertó mi antiguo encono contra Jesús, aumentado por nueva cólera; mi envidia se convirtió en odio.

Algún tiempo después supe que la misma noche de Pascuas, celebrada con sus discípulos, había sido preso Jesús, por orden del gran sacerdote, por un pelotón de soldados que guiaba Judas, su discípulo; luego, que había sido conducido ante Pilatos, el cual, al saber que era de Nazareth, se lo envió á Herodes, en cuya jurisdicción estaba Galilea. Pero Herodes, como no encontrara nada en contra de él, á no ser lo de titularse Rey de los judíos, lo devolvió á Pilatos, quien llamó á los Príncipes de los sacerdotes, á los senadores y al pueblo, y les dijo:—Me habéis presentado á este hombre acusándole de instigar al pueblo á la rebelión, pero ni Herodes ni yo le hallamos culpable de los crímenes que le imputais: así, pues, como nada ha hecho para merecer la pena de muerte, voy á hacer que lo azoten y después le pondré en libertad.

Pero todo el pueblo comenzó á gritar:—Hoy es la fiesta de Pascuas, y debes libertar á un criminal: haz que muera éste, y danos á Barrabás.

—Y yo—dijo interrumpiéndose el anciano con voz apagada—me encontraba entre el pueblo, y gritaba con toda la fuerza de mi odio: Que muera éste y danos á Barrabás.

Pilatos habló de nuevo á la multitud pidiendo la vida de Jesús; pero la muchedumbre respondió:—¡Crucifícale, crucifícale!

—Y yo—añadió el anciano golpeándose el pecho—era uno de los que componían la multitud, y gritaba con todas mis fuerzas: ¡Crucifícale, crucifícale!

Insistimos tanto, que por fin Pilatos ordenó que Barrabás fuese puesto en libertad, y entregó Jesús á la voluntad de sus verdugos...

—¡Ah!—exclamó el anciano, prosternándose con la frente en el polvo.—¡Ah! ¡Señor, perdóname! Señor, yo os seguí al

Calvario; Señor, yo os ví clavar los pies y las manos; Señor, yo os ví atravesar el costado; Señor, yo os ví beber hiel y vinagre; Señor, yo ví el cielo cubrirse de tinieblas, ví obscurecerse el sol, ví el velo del templo desgarrarse; Señor, yo os ví exhalar un gran grito diciendo:—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu; Señor, ante vuestra voz sentí temblar la tierra hasta en lo profundo..., ó más bien, no ví nada, no oí nada, porque, ya os lo he dicho, Señor, estaba ciego, estaba sordo... Señor, Señor, perdonadme; por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

Y el anciano permaneció un rato con la frente en el polvo, rogando y gimiendo en voz baja, mientras Actea le miraba silenciosa y con las manos juntas, sorprendida de tal remordimiento y tal humildad en un hombre á quien juzgaba tan poderoso.....

Por fin, Pablo se levantó y dijo:

—No he concluído aún, hija mía. El odio hacia los discípulos sucedió á mi odio hacia el profeta. Los apóstoles, ocupados del ministerio de la palabra, escogieron siete diáconos para la distribución de las limosnas; el pueblo se amotinó contra uno de sus diáconos, llamado Esteban, y le obligó á que compareciese en el Consejo, donde unos testigos falsos le acusaron de haber proferido blasfemias contra Dios, Moisés y su ley. Esteban fue condenado; en seguida sus enemigos se arrojaron sobre él y le arrastraron á las afueras de Jerusalem, para lapidarlo con arreglo á la ley que castigaba á los blasfemos. Yo estaba entre los que pidieron la muerte del primer mártir; yo no le arrojé piedras, pero guardé los mantos de los que se las arrojaban. Sin duda me alcanzaron á mí los ruegos del santo condenado, cuando exclamó, en esta frase sublime desconocida hasta Jesucristo: Señor, Señor, no les imputes este pecado, porque no saben lo que se hacen.

Sin embargo, si el momento de la gracia no había llegado aún, por lo menos se aproximaba á grandes pasos. Los jefes de la sinagoga, al ver mi ardor en la persecución de la naciente

Iglesia, me enviaron á Siria para buscar los nuevos cristianos y traerlos á Jerusalem. Seguí las márgenes del Jordán desde Jaber hasta Cafarnaum. Volví á ver las orillas del lago de Genesareth, en el que se realizó la pesca milagrosa; por fin, llegué á la cordillera de Hermon, pensando siempre en mi venganza, cuando, al llegar á lo alto de una montaña, desde la cual se descubre la llanura de Damasco y los veintisiete ríos que la fecundan, fui rodeado de repente por una luz del cielo; caí como cae un hombre muerto, y oí una voz que me decía:

—¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?

—Señor—dije temblando, — ¿quién sois y qué me queréis?

—Soy—respondió la voz—Jesús, á quien persigues, y quiero emplearte en propagar mi palabra, á ti que hasta ahora has tratado de ahogarla.

—Señor—repliqué temblando y espantado cada vez más,— Señor, ¿qué debo hacer?

—Levántate y entra en la ciudad, y en ella te dirán lo que tienes que hacer.

Y las gentes que me acompañaban estaban casi tan asustadas como yo, porque oían una voz poderosa y no veían á nadie; por fin, cuando ya no oí nada, me levanté y abrí los ojos; pero me pareció que á la luz deslumbradora había sucedido la noche más obscura. No veía, extendí los brazos y dije: Guíadme, porque ya no veo. Entonces uno de mis servidores me cogió de la mano y me condujo á Damasco, en donde permanecí tres días sin ver, sin beber y sin comer.

Después, al tercer día, me pareció que un hombre llegaba hasta mí que me era desconocido, y que, sin embargo, sabía que se llamaba Ananías; en el mismo instante sentí que me tocaban y me decían: Saulo, hermano mío, el Señor Jesús, que se te ha aparecido en el camino por donde venías, me ha enviado á fin de que recobres la vista y te llenes del Espíritu Santo. En seguida se me cayó de los ojos una especie de escamas, y ví. Entonces caí de rodillas y pedí el bautismo.

Desde entonces, tan ardiente en mi fe como encarnizado

fuí en el odio, he atravesado la Judea, desde Sidón hasta Arad, y desde el monte Seir hasta el torrente de Besor; he recorrido el Asia, la Bitinia y la Macedonia; he visto Atenas y Corinto; he estado en Malta, en Siracusa, y desde allí, costean- do Sicilia, entré en el puerto de Puzoles, en el que estoy desde hace quince días, esperando cartas de Roma, las cuales recibí ayer; estas cartas están escritas por hermanos míos que me llaman. El día del triunfo ha llegado, y Dios nos prepara el camino; porque mientras envía la esperanza al pueblo, envía la locura á los emperadores, á fin de minar el mundo antiguo por su base y por su vértice. No es la casualidad, sino la Providencia, la que distribuyó el terror á Tiberio, la imbecilidad á Claudio y la locura á Nerón. Semejantes emperadores hacen dudar de los dioses á quienes adoran: de esta manera, dioses y emperadores caerán juntos, despreciados unos y malditos otros.

—¡Oh, padre mío!—exclamó Actea...—¡Detente! ¡Ten piedad de mí!

—¿Qué tienes tú que ver con esos hombres sanguinarios?—replicó Pablo asombrado.

—Padre mío—repuso la joven, ocultándose el rostro entre las manos,—tú me has contado tu historia, y me preguntas la mía; la mía es corta, terrible y criminal: ¡Soy la querida de César!

—Yo no veo en eso más que una falta, hija mía—respondió Pablo, aproximándose á ella con interés y curiosidad.

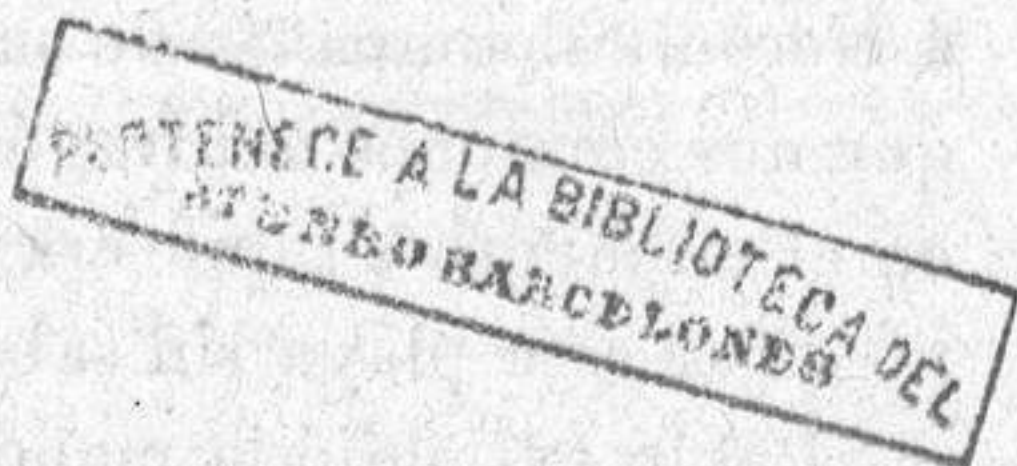
—Pero le amo — exclamó Actea — le amo como jamás amaré ni á hombre en la tierra, ni á dioses en el cielo.

—¡Desgraciada, ah!—murmuró el anciano;—en eso está el crimen.

Y arrodillándose en un rincón de la cabaña, se puso á orar.



## XII



Cuando llegó la noche, Pablo se sujetó á su vez la cintura, afianzó sus sandalias, cogió su bastón y se volvió hacia Actea: ésta estaba dispuesta y resuelta á huir. ¿A dónde iba? Poco le importaba. Alejábase de Nerón, y en aquel momento, el horror y el temor que experimentó la víspera, la impulsaban aún á realizar aquel proyecto; pero comprendía perfectamente que si se retrasaba un día, que si veía de nuevo al hombre que había tomado sobre ella tan poderosa influencia, todo estaba perdido; que no tendría valor ni fuerzas sino para amarle, á pesar de todo y contra todo, y que su vida desconocida iría otra vez á perderse en aquella vida pujante y agitada, como un arroyo en el Océano, porque para ella, aunque fuese extraño, su amante continuaba siendo Lucio y no Nerón: el vencedor de los juegos olímpicos era otro hombre distinto del Emperador, y su existencia se dividía en dos fases bien diferentes: una era su amor hacia Lucio, cuya absoluta realidad sentía; otra era el amor de Nerón hacia ella, lo que le parecía un sueño.

Al salir de la cabaña, su mirada se dirigió al golfo, testigo la víspera de la terrible catástrofe que hemos referido; las aguas estaban tranquilas, pura la atmósfera, la luna iluminaba el cielo, y la tierra el faro de Micenas; de suerte que se veía la otra parte del golfo tan bien como en un día de Occidente. Actea entrevió la sombría masa de los árboles que rodeaban á Bauli, y al pensar que allí se encontraba Lucio, se detuvo suspirando. Pablo esperó un instante; después dió algunos pasos hacia ella, y le dijo con benévolo acento:

—¿No vienes, hija mía?

—¡Oh, padre mío!—dijo Actea, sin atreverse á confesar al anciano los sentimientos que la embargaban;—ayer abandoné

á Nerón en compañía de su madre Agripina; la embarcación que nos conducía naufragó, nos salvamos nadando, y la perdí en el momento en que era recogida por una barca. Querría no dejar esta playa sin saber lo que ha sido de Agripina.

Pablo extendió la mano hacia la casa de Julio César, mostró á Actea un gran resplandor que se elevaba entre el edificio y el camino de Micenas, y dijo:

—¿Ves aquellas llamas?

—Las veo—respondió Actea.

—Pues bien—repuso el anciano,—esas llamas son las de su hoguera.

Y como si hubiera comprendido que estas solas palabras respondían á todos los pensamientos de la joven, se puso en marcha. En efecto, Actea le siguió en seguida sin pronunciar una palabra, sin exhalar un suspiro.

Costearon el mar durante algún rato, y atravesaron Puzoles; después tomaron el camino de Nápoles. Al llegar á una media legua de la ciudad, la dejaron á la derecha, y se dirigieron por un sendero á tomar el camino de Capua. Hacia la una de la mañana distinguieron Atella, y á poco se encontraron en el camino con un hombre que parecía esperarles: era Silas, el enviado de Pablo. El anciano cambió con él algunas palabras; Silas tomó á campo traviesa, siguiéronle Pablo y Actea, y llegaron á una casita aislada, en la que eran esperados, pues al primer golpe que dió Silas se abrió la puerta.

Toda la familia, incluso los servidores, estaba reunida en un elegante atrio, y parecía esperar. En cuanto el anciano apareció en el umbral, se arrodillaron todos. Pablo extendió las manos sobre ellos, y les bendijo; después el ama de la casa le condujo al triclinio, y antes de ponerse á cenar, pues la mesa estaba ya servida, quiso lavar ella misma los pies del viajero. En cuanto á Actea, extraña á la nueva religión, y presa de los mil pensamientos que la desgarraban el corazón, manifestó deseos de retirarse. En seguida una hermosa joven de quince á diez y seis años, cubierta por el velo como una

vestal, marchó delante de ella, y la condujo á su propia habitación, á la que, instantes después, volvió con la cena.

Todo era motivo de asombro para Actea; jamás había oído hablar de los cristianos en casa de su padre, sino como de una secta de ideólogos insensatos que venía á aumentar el número de todas las escuelas sistemáticas en las que se discutía el dogma de Pitágoras, la moral de Sócrates, la filosofía de Epicuro ó las teorías de Platón; y en la corte imperial, como de una raza impía, entregada á las más absurdas supersticiones y al más infame desenfreno, merecedora de echársela al pueblo, cuando el pueblo solicitaba una expiación; digna de ser arrojada á los leones, cuando los grandes pedían fiesta. No hacía más que una hora desde que Pablo la socorriera; no hacía más que un día que veía á los cristianos, y sin embargo estas pocas horas habían bastado para destruir toda la falsa opinión que la filosofía griega y el odio imperial hubieran podido darle. Lo que sobre todo había comprendido de la secta nueva era la abnegación, porque la abnegación es casi siempre, cualesquiera que sean su creencia y su fe, la virtud dominante de la mujer que ama; de suerte que se había dejado apoderar de una instintiva simpatía hacia aquella religión que prescribía á los poderosos la protección hacia los débiles; á los ricos, la caridad hacia los pobres, y á los mártires, la oración por sus verdugos.

Por la noche, á la misma hora en que partió la víspera, se volvió á poner en camino. Esta vez el camino fue más largo; los viajeros dejaron á su derecha á Capua, á la que una falta de Aníbal ha hecho tan célebre como una victoria; por fin, se detuvieron en las márgenes del Volturno. A los pocos momentos de estar allí salió una barca de una ensenada, conducida por un remero, y se acercó á ellos. Pablo y el desconocido cambiaron un signo de reconocimiento, y el anciano y Actea saltaron á bordo.

Al llegar á la otra orilla, Pablo entregó una moneda al batelero; pero éste cayó de rodillas, besó silenciosamente el

borde del manto del apóstol y permaneció orando en aquella posición humilde hasta bastante tiempo después que se hubiera alejado el que recibiera tales muestras de respeto. A eso de las tres, un hombre que estaba sentado en una de aquellas piedras que los romanos colocaban de trecho en trecho en las carreteras para ayudar á los viajeros á montar en sus caballos, se levantó al acercarse Pablo y Actea: era su silencioso y vigilante correo, que les esperaba como la víspera, para guiarles á su asilo de la noche. En esta ocasión no les esperaba una casa elegante como la del día anterior; era una pobre cabaña; no esperaba una espléndida cena, servida en triclinio de mármol, sino la mitad de un pan humedecido con lágrimas, lo necesario del pobre, pero que fue ofrecido con el mismo respeto que lo superfluo del rico.

Les recibió un hombre que llevaba en la frente el estigma de los esclavos: un collar de hierro al cuello y dos círculos de hierro en las piernas; era el pastor de una rica posesión; llevaba á pacer millares de ovejas que pertenecían á un amo duro y avaro, y él carecía de una piel de cordero para echarse sobre los hombros; había colocado en una mesa un pan, y cerca del pan uno de esos vasos de arcilla que, á pesar de la materia de que están hechos, tienen una forma preciosa; después había extendido en un rincón de la estancia un lecho de hierbas, y al hacer esto había hecho, sin duda alguna, más á los ojos del señor que el rico con su espléndida hospitalidad.

Pablo se sentó á la mesa, y al lado suyo Actea; después su huésped, habiendo hecho por ellos cuanto podía, entró en un cuarto de al lado, y pronto se oyeron á través de la puerta mal cerrada lamentos y sollozos. Actea puso una mano en el brazo de Pablo, y dijo:

—¿No oyes, padre mío?

—Sí, hija mía—respondió el anciano; —derraman aquí lágrimas amargas, pero el que aflige puede consolar.

Un instante después volvió el esclavo y fue á sentarse, sin decir una palabra, en un rincón de la estancia; después apoyó

los codos en sus rodillas y dejó caer la cabeza entre las manos.

Actea, al verle tan triste y angustiado, fué á arrodillarse á su lado:

—Esclavo—le dijo en voz baja,—¿por qué no te diriges á ese hombre? Tal vez tenga algún remedio para la aflicción, algún consuelo para tu dolor.

—Gracias—le respondió el esclavo;—pero nuestra aflicción y nuestro dolor no son de los que se curan con palabras.

—Hombre de poca fe—dijo Pablo, levantándose;—¿por qué dudas? ¿No conoces los milagros del Cristo?

—Sí; pero el Cristo ha muerto—replicó el esclavo, meneando la cabeza;—los judíos le clavaron en una cruz, y ahora está en el cielo á la derecha de su Padre. ¡Bendito sea su nombre!

—¿No sabes tú que ha legado su poder á sus apóstoles?

—¡Hijo mío, hijo mío!—exclamó el padre, estallando en sollozos y sin responder al anciano.

En la habitación de al lado repercutió un gemido, como si fuese el eco de aquella explosión de dolor.

—¡Oh, padre mío!—dijo Actea, dirigiéndose á Pablo;—si puedes hacer algo por estos desgraciados, no dejes de hacerlo, te lo suplico; porque, aun cuando ignoro la causa de su desesperación, me desgarrar el alma; pregúntale, pues, lo que le sucede; á tí tal vez te responderá.

—Lo que tiene ya lo sé—replicó el anciano;—carece de fe.

—¿Y cómo quieres que yo crea?—dijo él afligido.—¿Cómo quieres que yo espere? Toda mi vida, hasta hoy, no ha sido más que un dolor: esclavo é hijo de esclavo, no he tenido jamás una hora de alegría; niño, no fuí nunca libre, ni en el seno de mi madre; joven, hube de trabajar incesantemente bajo la verga y el látigo; padre y esposo, me retienen diariamente la mitad del pan que sería necesario para mi mujer y para mi hijo; ¡para mi hijo, que, alcanzado hasta en el vientre de su madre por los golpes que recibió ella durante el embarazo, vino á este mundo maldito estropeado, mudo! ¡Para

mi hijo, al que amábamos, por mucho que le hubiese herido la cólera celeste, y al que esperábamos ver escapar á su suerte á causa de su desgracia misma! Pues bien, no, era demasiada felicidad; su amo le ha vendido ayer á uno de esos hombres que trafican con la carne, que estiman lo que puede producir cada dolencia, que se enriquecen haciendo mendigar para ellos en la plaza de Roma á desgraciados á los cuales vuelven á abrirles las llagas por la noche ó les quiebran los huesos; y ¡mañana, mañana nos lo quitan para entregarle á esa tortura; á él, pobre inocente, que ni siquiera tendrá voz para quejarse, para llamarnos en su ayuda y maldecir á sus verdugos!

—¿Y si Dios curase á tu hijo?—dijo el anciano.

—¡Oh! entonces nos lo dejarían—exclamó el padre,—porque los que venden y compran á estos desgraciados, lo hacen para explotar su miseria y su infortunio, sus piernas colgantes, su lengua muda; si anduviera y si hablase, sería un niño como todos los demás y no tendría valor sino cuando llegara á ser hombre.

—Abre esa puerta—dijo Pablo.

El esclavo se levantó con el rostro demudado, lleno de duda y de esperanza á la vez, se aproximó á la puerta y obedeció la orden que acababa de darle el anciano. Actea, aunque tenía los ojos empañados por las lágrimas, pudo ver entonces lo que ocurría en aquella segunda habitación: había, como en la primera, un lecho de paja, y sobre la paja estaba sentado un niño de cuatro ó cinco años, que sonreía descuidadamente y jugaba con algunas flores, mientras que, cerca de él, estaba echada, con la frente en el polvo y las manos entre los cabellos, rígida é inmóvil, una mujer, que parecía la estatua de la Desesperación.

El rostro del apóstol se revistió ante este espectáculo de una sublime expresión de confianza y de fe; sus ojos se elevaron hacia el cielo, fijos y ardientes, como si penetrasen hasta el trono del Santo de los santos; un rayo de luz volteó en torno de sus cabellos blancos como una aureola, y, sin moverse de

su puesto, sin dar un paso, extendió lenta y gravemente la mano hacia el niño, y dijo estas solas palabras:

—En nombre de Dios vivo que ha creado el cielo y la tierra, levántate y anda.

Y el niño se levantó y dijo:

—¡Señor, Señor, bendito sea tu nombre!

La madre se levantó bruscamente y dió un grito de alegría; el padre cayó de rodillas: el niño estaba salvado.

Y Pablo salió, cerró la puerta, y dijo:

—He aquí una familia de esclavos cuya felicidad daría envidia á una familia de Emperador.

A la noche siguiente continuaron su camino y llegaron á Fondi, de suerte que durante aquel viaje nocturno y misterioso, Actea volvía á ver, uno tras otro, los lugares que recorriera con Nerón en su triunfal carrera; en Fondi fue donde les recibió tan espléndidamente Galba, el anciano á quien los oráculos prometían la corona; su presencia recordó la predicción al Emperador, el cual la había olvidado, gracias á la obscuridad en la cual afectaba vivir el futuro emperador; de suerte que en cuanto llegó á Roma, el primer cuidado de Nerón fue alejar de Italia á su presunto sucesor; en consecuencia, Galba recibió el mando de España, para cuyo punto partió en seguida, más deseoso quizá de alejarse del Emperador, que éste de alejarle del Imperio.

Antes de marchar dió libertad á sus más fieles esclavos, y en casa de uno de estos libertos, convertido á la fe cristiana, fue donde Silas preparó el albergue para el anciano y la joven. El tal esclavo había sido jardinero de los jardines de Galba, y recibió como regalo el día de su emancipación la casita que habitaba en los vergeles de su amo; desde las ventanas de aquella humilde vivienda veía Actea, á la claridad de la luna, la magnífica posesión en la que se alojó con Lucio. Le parecía un sueño uno de los dos viajes. ¡Cuántas cosas extrañas había aprendido! ¡Cuántas ilusiones que tocara con la mano se habían desvanecido! ¡Cuántos dolores, desconocidos

hasta entonces para ella, se habían sucedido desde aquella época! ¡Cómo había cambiado todo! Los floridos jardines, en los que aún se veía andar, habíanse secado y marchitado; lo único que permanecía vivo en su vida árida y solitaria, era su amor, siempre nuevo, siempre el mismo, siempre en pie, é inquebrantable como pirámide en medio del desierto.

Tres días, ó más bien tres noches todavía, duró su marcha; ocultábanse cuando la luz aparecía, y emprendían de nuevo el viaje cuando las sombras avanzaban por el cielo, precedidos siempre por Silas, y deteniéndose siempre en casa de nuevos adeptos, porque ya la fe comenzaba á contar, sobre todo entre los esclavos y el pueblo, gran número de neófitos. Por fin, al tercer día salieron de Veletri, la ciudad en que murió Coriolán y nació Augusto; y cuando la luna se elevaba en el horizonte, llegaron á la cumbre de la montaña de Albano. Esta vez Silas no les había dejado; marchaba delante de ellos, á distancia de trescientos á cuatrocientos pasos. Pero al llegar á la tumba de Ascanio, se detuvo, esperó que se le uniesen sus acompañantes, y extendiendo el brazo hacia el horizonte, en el que brillaban una multitud de luces y de donde venía un gran rumor, no dijo más que esta palabra, que anunciaba al anciano y á la joven que llegaban al término de su viaje:

—Roma.....

Pablo se hincó de rodillas, y dió gracias al Señor por haberle conducido, después de tantos peligros, al término del viaje y al fin que se había prometido. En cuanto á Actea, se apoyó en la sepultura para no caer al suelo, pues el nombre de la ciudad en aquel lugar desde donde la vió por primera vez, le evocaba un sin fin de recuerdos dulces y crueles.

—¡Oh, padre mío!—dijo la joven;—te he seguido sin preguntarte á dónde íbamos; pero si hubiera sabido que era á Roma..... ¡ah! creo que no hubiese tenido valor para acompañarte.

—No es á Roma á donde vamos—respondió el anciano levantándose.



Einmediatamente, como vieran aproximarse un grupo de jinetes que venía por la vía Apia, Silas dejó el camino y tomó á la derecha á través de la llanura, seguido por Pablo y Actea.

Comenzaron entonces á avanzar entre la vía Latina y la vía Apia, teniendo cuidado también de no seguir ninguno de los dos caminos que arrancaban del primero, y de los cuales uno conducía á Marina, cerca del lago Albano, y el otro al templo de Neptuno, cerca de Ancio. Al cabo de dos horas de marcha, y después de haber dejado á la derecha el templo de la Fortuna femenina, y á la izquierda el de Minerva, entraron en el valle de Egeria, siguieron durante un rato las márgenes del riachuelo Almón, y después, tomando á la derecha y avanzando entre un laberinto de rocas que parecían haber sido arrancadas de la montaña por algún terremoto, se encontraron de repente á la entrada de una caverna.

Silas penetró en ella inmediatamente, é indicó en voz baja á sus compañeros que le siguieran; pero Actea se estremeció, á pesar suyo, ante el inesperado aspecto de aquella sombría abertura que parecía la boca de un monstruo presto á devorarla. Pablo sintió que el brazo de la joven se enlazaba al suyo como para detenerle, y comprendió su terror.

—No temas nada, hija mía—le dijo;—el Señor está con nosotros.

Actea exhaló un suspiro, dirigió una última mirada al cielo tachonado de astros que iba á perder de vista, y penetró con el anciano bajo la bóveda que se abría ante ella.

Después de algunos pasos dados á tientas en una obscuridad tan completa, que únicamente la voz de Silas servía de guía á los que caminaban detrás de él, se detuvo al pie de uno de los macizos pilares que sostenían la bóveda, y frotando uno con otro dos pedruscos, hizo que brotasen algunas chispas que inflamaron una yesca, con la que encendió una antorcha, escondida en la excavación de una roca. Entonces dijo:

—A esta hora no hay peligro, y no darían con nosotros to-

dos los soldados de Nerón lanzados en persecución nuestra.

Actea miró en torno suyo, y al pronto, sus miradas no distinguieron nada: la antorcha, vacilante aún á causa del aire exterior, cuyas corrientes se cruzaban bajo aquellas bóvedas, no lanzaba más que resplandores rápidos y moribundos como pálidos relámpagos, de suerte que los objetos iluminados momentáneamente volvían á la obscuridad, sin que se tuviera tiempo de percibir su forma y su color; poco á poco, sin embargo, los ojos se habituaron á la reverberación aquella, la llama de la antorcha osciló menos, iluminó un círculo mayor, y los viajeros pudieron distinguir hasta los sombríos arcos de aquellas inmensas bóvedas: por fin, cuando ya el aire no llegó hasta ellos, la claridad se hizo más fija y más extensa; unas veces iban apretados como entre dos murallas, otras entraban en una inmensa encrucijada de piedras, de profundas cavidades, en las cuales iba á morir la claridad de la antorcha, que iluminaba con reflejos mortecinos los ángulos de los pilares, blancos é inmóviles como espectros. Había en aquella marcha nocturna; en el ruido de los pasos, que, por tenue que fuese, era repetido por un eco fúnebre; en la falta de aire, á la que todavía no estaban acostumbrados los pulmones, algo tan triste y tan angustioso, que oprimía el corazón de Actea como una pesadilla. De repente se detuvo estremeciéndose, apoyó una mano en el brazo de Pablo, y le mostró con la otra una fila de féretros que guarnecían uno de los lienzos del muro; al mismo tiempo, y en el extremo de aquellas sombrías avenidas, vieron pasar unas mujeres vestidas de blanco, semejantes á fantasmas, con antorchas en la mano, y las cuales se dirigían todas hacia un centro común. Oyeron en seguida, sin dejar de avanzar, una armonía pura, que se parecía á un coro de ángeles y que flotaba melodiosamente bajo las sonoras arcadas. De trecho en trecho, unas lámparas sujetas en los pilares comenzaban á indicar el camino; los féretros se hacían más frecuentes, las sombras más numerosas, los cantos más perceptibles; era que se acercaban á la ciudad subterránea, y sus alrededo-

res comenzaban á poblarse de muertos y de vivos. De cuando en cuando, encontrábanse esparcidas por el suelo rosas y siemprevivas que se habían desprendido de alguna corona y se marchitaban tristemente lejos del aire y del sol. Actea recogía aquellas pobres flores, hijas como ella del día y de la luz, asombradas de encontrarse como ella sepultadas vivas en una tumba, y las unía entre sí para formar un ramo pálido é inodoro, como se constituye una esperanza para el porvenir con los restos de una felicidad pasada. Por fin, á la vuelta de una de las mil calles del laberinto, descubrieron un ancho espacio labrado con arreglo al modelo de una basílica subterránea, iluminada por lámparas y antorchas y llena de una población completa, compuesta de hombres, mujeres y niños. Unas cuantas jóvenes, cubiertas con largos velos blancos, entonaban cánticos que repercutían en las bóvedas y que Actea había escuchado ya; un sacerdote se adelantaba á través de la multitud inclinada y se disponía á celebrar los misterios, cuando al acercarse al altar se detuvo de repente, y volviéndose hacia su asombrado auditorio, exclamó con respetuosa inspiración:

—Hay aquí uno más digno que yo para repetiros la palabra de Dios, puesto que la ha oído de la boca de su hijo. Pablo, acércate y bendice á tus hermanos.

Y todo el pueblo, á quien estaba prometida desde hacía mucho tiempo la visita del apóstol, cayó de rodillas; Actea, aunque era pagana, hizo lo que el pueblo, y el futuro mártir subió al altar.

¡Estaban en las Catacumbas.....!

### XIII

Era una ciudad completa bajo otra ciudad.

La tierra, los pueblos y los hombres tienen una existencia semejante: la tierra tiene sus cataclismos, los pueblos sus re-

voluciones, el hombre sus enfermedades; todos tienen una infancia, una virilidad y una vejez; su edad difiere en la duración de la misma, y nada más; la una cuenta por miles de años, los otros por siglos, los últimos por días.

En este período que se les concede, hay para cada uno épocas de transición durante las cuales se realizan cosas inauditas, las cuales, relacionándose con el pasado y preparando el porvenir, se revelan á la investigación de la ciencia bajo el título de accidente de la Naturaleza, mientras que se presentan á los ojos de la fe como preparaciones de la Providencia. Ahora bien; Roma había llegado á una de esas épocas misteriosas, y comenzaba á experimentar esos extraños estremecimientos que acompañan al nacimiento ó á la caída de los imperios; sentía palpitar en ella al niño desconocido que había de dar á luz, y que ya se agitaba sordamente en sus vastas entrañas; atormentábala un malestar mortal, y como el que tiene fiebre y no puede encontrar ni sueño ni reposo, consumía los últimos años de su vida pagana, unas veces en accesos de delirio, otras en intervalos de abatimiento: era que, como ya lo hemos dicho, se había deslizado bajo la civilización superficial y exterior que se agitaba en la superficie de la tierra, un principio nuevo, subterráneo é invisible, que llevaba en sí la destrucción y la reconstrucción, la muerte y la vida, las tinieblas y la luz. Así era que diariamente se realizaban, encima, debajo y en torno de ella, acontecimientos inexplicables á su ceguedad, y que sus poetas refieren como prodigios. Eran ruidos subterráneos y extraños que se atribuían á las divinidades del infierno; eran súbitas desapariciones de hombres, de mujeres, de familias enteras; eran apariciones de gentes á las que se creía muertas, y que salían de repente del reino de las sombras para amenazar y predecir. Era que el fuego subterráneo que consumía al Imperio ponía en ebullición, como el oro y el plomo en el crisol, todas las pasiones buenas y malas; solamente que el oro se precipitaba, y el plomo se quedaba en la superficie. Las Catacumbas eran el recipiente misterioso en

donde se condensaba gota á gota el tesoro del porvenir.

Las Catacumbas eran, como ya es sabido, vastas canteras abandonadas: Roma entera, con sus casas, sus palacios, sus teatros, sus baños, sus circos, sus acueductos, había salido de ellas piedra á piedra; eran el seno que había dado á luz la ciudad de Rómulo y de Escipión; pero á contar desde Octavio y del día en que el mármol reemplazó á la piedra, los ecos de aquellas vastas galerías habían cesado de resonar con el paso de los trabajadores. La piedra se había hecho demasiado vulgar, y los Emperadores encargaron el pórfiro de Babilonia, el granito de Tebas y el hierro de Corinto: las inmensas cavernas que se extendían bajo Roma estaban, pues, abandonadas, olvidadas y desiertas, cuando, lentamente y con misterio, las repobló el cristianismo naciente: al principio fueron un templo, después un asilo, luego una ciudad.

En la época en que Actea y el anciano penetraron en ellas, no eran aún más que un asilo: todo el que era esclavo, todo el que era desgraciado, todo el que estaba proscripto, tenía la seguridad de encontrar allí un refugio, consuelos y una tumba; de esta suerte habíanse acogido allí familias enteras, y ya los adeptos de la nueva fe se contaban por millares; pero en medio de la inmensa muchedumbre que cubría la superficie de Roma, nadie había pensado en observar aquella filtración subterránea, que no era bastante considerable para influir en el exterior y hacer que bajase el nivel de población.

Que no se crea, sin embargo, que la vida de los primeros cristianos se redujo á sustraerse á las persecuciones que comenzaban á nacer; estaba también dedicada por simpatía, por piedad y por valor á tomar parte en todos los acontecimientos que amenazaran á los hermanos que por una necesidad cualquiera veíanse obligados á permanecer entre los muros de la ciudad pagana.

Frecuentemente, cuando amenazaba algún peligro, el neófito de la ciudad superior sentía subir hasta él un socorro inesperado; abríase una trampa invisible bajo sus pies y se cerra-

ba sobre su cabeza; la puerta de su prisión giraba misteriosamente sobre sus goznes, y el carcelero huía con su víctima, ó bien cuando la cólera era tan pronta, que, semejante al rayo, hería al mismo tiempo que brillaba el relámpago; cuando el neófito se convertía en mártir, ya porque fuera ahogado en la prisión de Tulus, ó porque su cabeza rodase en la plaza pública, ó porque le precipitaran desde lo alto de la roca Tarpeya, ó porque le crucificasen en el monte Esquilino; algunos ancianos prudentes, algunos jóvenes audaces, y á veces algunas tímidas mujeres, aprovechaban las tinieblas de la noche, escalaban por senderos apartados la montaña maldita en la que se arrojaban los cadáveres de los condenados, para que fuesen devorados por las bestias feroces y las aves de rapiña, cargaban con los mutilados cuerpos y los llevaban religiosamente á las Catacumbas, en donde, de objetos de odio y execración para sus perseguidores, se convertían en objeto de veneración y de respeto para sus hermanos, quienes se exhortaban unos á otros á vivir y morir, como el elegido que les precedió en el cielo, vivió y murió sobre la tierra.

Sucedía también á menudo que la muerte, cansada de herir á la luz del sol, venía á escoger alguna víctima en las Catacumbas; en este caso, no se trataba de una madre, un hijo, una esposa, que perdía un padre ó un marido: era una familia entera que lloraba á un hermano; depositábanle entonces en su féretro; si era una joven, la coronaban de rosas; si era un hombre ó un anciano, le ponían una palma en la mano, y el sacerdote rezaba el oficio de difuntos; luego le colocaban dulcemente en la tumba de piedra, abierta de antemano, y en la que había de dormir en espera de la resurrección eterna: esos eran los féretros que Actea vió al entrar por primera vez bajo aquellas bóvedas desconocidas; entonces le inspiraron con terror profundo, que no tardó en convertirse en melancolía: la joven, pagana aún por el corazón, pero cristiana ya por el alma, se detenía algunas veces horas enteras ante aquellas tumbas, en las que una madre, una esposa ó una hija desconsoladas grabaron,

con la punta de un cuchillo, el nombre de la persona amada, y algún símbolo religioso, alguna inscripción santa, que expresaban su dolor ó su esperanza. En casi todas había una cruz, emblema de resignación para los hombres, á los que recordaba los sufrimientos de un Dios; veíase también el candelero de siete brazos que alumbrara en el templo de Jerusalem, ó bien la paloma del arca, tierna mensajera de misericordia, que trae á la tierra la rama de olivo que fué á recoger en los jardines del cielo.

Pero á veces también revivían poderosos en el corazón de Actea sus recuerdos de felicidad: entonces espiaba los rayos del día y escuchaba los ruidos de la tierra; entonces iba á sentarse sola y aislada junto á un pilar macizo, y con las manos cruzadas y la frente apoyada sobre las rodillas, cubierta con un largo velo, hubiese parecido, á los que pasaban cerca de ella, una estatua sentada sobre una tumba, si á veces no se la hubiera oído suspirar, y no se hubiese visto estremecerse su cuerpo con un estremecimiento de dolor. Entonces Pablo, que era el único que sabía lo que pasaba en aquella alma; Pablo, que había visto á Cristo perdonar á la Magdalena, encomendaba á Dios y al tiempo el cuidado de cicatrizar aquella herida, y, al verla así, muda é inmóvil, decía á las más puras de las vírgenes: — Rogad por esa mujer, á fin de que el Señor la perdone y sea un día una de vosotras, y que á su vez ruegue con vosotras.— Las jóvenes obedecían, y, fuese que sus oraciones subiesen al cielo, fuera que las lágrimas dulcificasen la amargura del dolor, no tardaba en verse á la griega reunirse con sus jóvenes compañeras, con la sonrisa en los labios y las lágrimas en los ojos.

Sin embargo, mientras que los cristianos, ocultos en las Catacumbas, vivían esta vida de caridad, de proselitismo y de espera, los acontecimientos se precipitaban encima de su cabeza: todo el mundo pagano se bamboleaba como un hombre ébrio, y Nerón, príncipe del festín y rey de la orgía, se atiborraba de placeres, de vino y de sangre. La muerte de Agripi-

na había roto el último freno que podía contenerle aún por aquel temor de niño que el joven experimenta hacia su madre; pero en cuanto se consumió la llama de la hoguera de cremación, pareció extinguirse con ella todo pudor, toda conciencia, todo remordimiento. Quiso permanecer en Bauli porque, á la desaparición de los sentimientos penosos, había sucedido el miedo, y Nerón, por mucho que despreciara á los hombres, por mucha que fuese su impiedad respecto de los dioses, no podía pensar que semejante crimen dejase de sublevar contra él el odio de los unos y la cólera de los otros; permanecía, pues, lejos de Nápoles y de Roma, en espera de las nuevas que le trajesen sus correos; pero se equivocó al dudar de la bajeza del Senado, pues no tardó en ir á felicitarle una diputación de patricios y caballeros por haber escapado á aquel nuevo é imprevisto peligro, y á manifestarle que no solamente en Roma, sino en todas las ciudades del Imperio, se llenaban los templos y se manifestaba la alegría ofreciendo sacrificios. En cuanto á los dioses, si ha de creer á Tácito, que bien hubiera podido prestarles un poco de su rigorismo y su severidad, fueron menos acomodaticios: á falta de remordimientos, enviaron el insomnio al parricida, y durante el insomnio oía repercutir una trompeta en las cumbres de las colinas cercanas, y llegaban hasta él, procedentes del lado en que se encontraba la tumba de su madre, gritos quejunbrosos y desconocidos.—Como consecuencia de esto se volvió á Nápoles.

Allí encontró á Popea, y con ella se renovó el odio contra Octavia, la desgraciada hermana de Británico, pobre criatura que, arrebatada al que amaba con pureza de virgen, fue lanzada por Agripina en los brazos de Nerón; pobre esposa, cuyo duelo comenzó el día de las bodas, que no entró en el hogar conyugal sino para ver morir en él envenenados á su padre y á su hermano, para luchar en vano con una querida más poderosa, y que, lejos de Roma, llevaba veinte años desterrada en la isla de Pandataria; separada ya de la vida por el presentimiento de la muerte, sin más corte que centuriones y solda-



dos, corte terrible, cuyas miradas se volvían incesantemente hacia Roma, y que no esperaba más que una orden, un gesto, un signo, para que cada adulador se convirtiese en un verdugo. Pues bien; esa vida, por aislada, infeliz é ignorada que estuviese, atormentaba aún á Popea enmedio de sus esplendores adúlteros y de su poder sin límites; porque la belleza, la juventud y las desgracias de Octavia la habían hecho popular, los romanos la compadecían instintivamente, y por ese sentimiento natural al hombre que se compadece ante el sér débil que sufre; pero este mismo interés podía contribuir á perderla, y nunca á salvarla, porque era más tierno que fuerte, y parecido al que se experimenta por una gacela herida ó por una flor con el tallo roto.

Nerón, á pesar de su indiferencia por Octavia y las instancias de Popea, vacilaba en herir. Hay crímenes tan inútiles, que el hombre más cruel duda en cometerlos, porque lo que el culpable coronado teme no son los remordimientos, sino la falta de pretexto. La cortesana comprendió, pues, lo que contenía al Emperador, porque sabiendo que no era el amor ni la piedad, trató de averiguar la verdadera causa, y no tardó en adivinarla; así fue que un día estalló una sedición, el nombre de Octavia fue pronunciado con gritos que pedían su regreso; las estatuas de Popea fueron arrojadas de sus pedestales y arrastradas por el fango; vino después un destacamento armado con látigos que dispersó á los rebeldes y volvió á colocar en sus pedestales las efigies de Popea; la rebelión duró una hora y costó un millón; no era pagar demasiado cara la cabeza de una rival.

Porque la tal demostración era todo lo que Popea necesitaba. Popea estaba en Roma y marchó á Nápoles; dijo que iba huyendo de los asesinos pagados por Octavia; estaba radiante de terror y se arrojó á los pies de Nerón. Nerón envió á Octavia la orden para que se diera muerte.

En vano ofreció la pobre desterrada reducirse á los títulos de viuda y de hermana; en vano invocó el nombre de los ger-

mánicos, sus comunes antepasados, y el de Agripina, que, mientras vivió, veló por ella; todo fue inútil, y como se resistía á obedecer y no se atrevía á herirse ella misma, la ataron los brazos, la abrieron las cuatro venas, cortáronla después las cuatro arterias, porque la sangre, helada por el terror, tardaba en brotar, y como no moría aún, la asfixiaron con el vapor de un baño hirviendo. En fin, para que no dudase de la muerte, de miedo que no se la ocurriese pensar que habían sustituido una víctima vulgar á la víctima imperial, separaron la cabeza del tronco y se la enviaron á Popea, la cual se la puso en las rodillas, la levantó los párpados, y creyendo tal vez ver una amenaza en aquella mirada vidriosa, le clavó en los ojos los alfileres de oro con que sujetaba su cabellera.

Por fin Nerón regresó á Roma, y su locura y disolución llegaron al colmo: se celebraron juegos, en los que los senadores pelearon en el lugar de los gladiadores; torneos de canto, en los que se castigaba con la muerte á los que no eran aplaudidos; hubo un incendio, en el que ardió la mitad de Roma, y que contempló Nerón aplaudiendo y cantando con su lira: por fin, Popea comprendió que era tiempo de contener al que ella había excitado; que placeres tan inauditos y monstruosos minaban su influencia, basada toda en los placeres. Bajo pretexto de su embarazo, se negó á ir al teatro un día en que Nerón iba á cantar: esta negativa mortificó al artista; habló como Emperador, Popea resistió como favorita, y Nerón, impaciente, la mató de un puntapié.

Entonces Nerón pronunció un elogio de aquella mujer en la tribuna, y no pudiendo alabarla por sus virtudes, la alabó por su hermosura: después ordenó él mismo los funerales, pues no quiso que el cuerpo fuese quemado, sino embalsamado á la manera de los Reyes de Oriente; y Plinio el naturalista asegura que Arabia no produce en un año tanto incienso y mirra como consumió el Emperador en los divinos funerales de aquella que hiciera herrar con oro á sus mulas y empleaba diariamente para sus baños la leche de quinientas burras.

Las lágrimas de los malos Reyes caen sobre los pueblos transformadas en lluvia de sangre; Nerón acusó á los cristianos de los crímenes que él mismo cometiera, y comenzó una nueva persecución, más terrible aún que las precedentes.

El celo de los catecúmenos redobló entonces ante el peligro: diariamente había nuevas viudas y nuevos huérfanos que reclamaban consuelo; todas las noches había que sustraer nuevos cuerpos á las bestias feroces y á las aves de rapiña. Por fin, Nerón se percató de que le robaban sus cadáveres; puso guardia en torno del monte Esquilino, y una noche en que algunos cristianos, guiados por Pablo, venían, como de costumbre, á cumplir con su santa misión, cayeron sobre ellos de improviso unos soldados, ocultos en un repliegue de la montaña, y los hicieron prisioneros, á excepción de uno solo: éste era Silas.

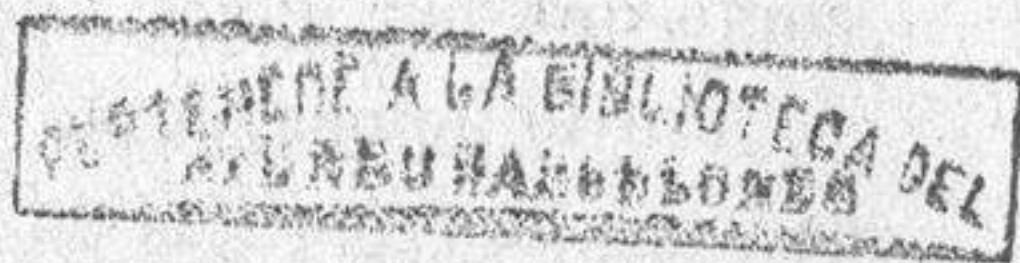
Corrió á las Catacumbas y llegó cuando los fieles se reunían para la oración. Les anunció la fatal nueva, y todos cayeron de rodillas para implorar al Señor. Solamente Actea permaneció en pie, porque el Dios de los cristianos no era todavía el suyo. Clamaron algunos contra la impiedad y la ingratitud de la griega; pero Actea extendió el brazo hacia la multitud para reclamar silencio, y cuando lo hubo conseguido, dijo:

—Mañana iré á Roma y trataré de salvarle.

—Y yo—dijo Silas—vuelvo esta noche para morir con él, si tú no lo consigues.

#### XIV

Al día siguiente por la mañana, Actea, conforme á su promesa, salió de las Catacumbas y tomó el camino de Roma; marchaba sola y á pie, vestida con una larga estola, que la caía desde el cuello hasta los pies, y cubierta con un velo que le ocultaba el rostro; llevaba en su cinturón un puñal corto y afilado, porque temía ser insultada por algún patricio ébrio ó



algún soldado brutal; además, en el caso de que no saliera bien en su empresa, si no obtenía el perdón de Pablo, que iba á solicitar, pediría que le dejaran verle, y le entregaría el arma, para que se librara de un suplicio terrible y vergonzoso. Como se ve, Actea continuaba siendo la hija de Acaya, nacida para ser sacerdotisa de Diana y Minerva, criada en las ideas y en los ejemplos paganos; y sin olvidarse nunca de Aníbal bebiendo el veneno, Catón abriéndose las entrañas y Bruto arrojándose sobre su espada, ignoraba que la nueva religión prohibía el suicidio y glorificaba el martirio, y que lo que constituía una vergüenza á los ojos de los gentiles era una apoteosis á los ojos de los fieles.

Al llegar á algunos pasos de la puerta Metroni, más allá de la cual continuaba en la misma Roma el valle Egeria, por el que había venido desde las Catacumbas, le temblaron las rodillas y palpité su corazón con tal violencia, que se vió obligada, para no caer, á recostarse contra un árbol; iba á ver de nuevo al que no había visto desde la terrible noche de las fiestas de Minerva. ¿Encontraría á Lucio ó á Nerón, al vencedor de los juegos olímpicos ó al Emperador, al amante ó al juez? En cuanto á ella, comprendía que la especie de marasmo en que cayó su corazón durante la prolongada estancia en las Catacumbas, obedeció al frío, al silencio y á las tinieblas de aquella vivienda, y que volvía á la vida al encontrarse de nuevo á la luz del día, en donde germinaba otra vez al amor, como una flor al sol.

Por lo demás, como ya hemos dicho, todo lo que había pasado en la superficie de la tierra tuvo un eco en las Catacumbas, pero un eco fugitivo, lejano, engañoso; Actea había, por consiguiente, sabido el asesinato de Octavia y la muerte de Popea; pero todos esos detalles infames que los historiadores nos han transmitido estaban aún encerrados en un círculo de verdugos y cortesanos, fuera del cual no habían transpirado más que rumores vagos é indicios incompletos; únicamente la muerte de los Reyes arranca el velo que cubre su

vida, y tan sólo cuando Dios hace de la majestad de aquéllos un cadáver impotente, es cuando la verdad, desterrada de los palacios, regresa á posarse en las tumbas reales. Todo lo que sabía Actea era que el Emperador no tenía ya ni mujer ni amante, y una secreta esperanza le decía que el soberano había quizás guardado en un rincón de su corazón el recuerdo del amor que embargaba el alma de ella.

Volvió á ponerse en camino y franqueó la puerta de la ciudad: era una hermosa y tibia mañana de Julio, el VX de las calendas, día designado sobre los felices. Eran las dos de la mañana, que corresponde á las siete nuestras, hora también contada entre las dichosas. Fuera porque esta coincidencia de fechas condujera á cada cual á la realización de sus negocios ó placeres, fuese por el anuncio de una fiesta que atrajera á la multitud, ó bien porque un espectáculo inesperado hubiera sacado al pueblo de sus ocupaciones diarias y matutinas, las calles estaban llenas de transeuntes, los cuales se dirigían casi todos hacia el Foro.

Actea les siguió. Era el camino del Palatino, y en el Palatino esperaba encontrar á Nerón. Entregada por completo á la emoción que le inspiraba la próxima entrevista, avanzaba, sin ver y sin oír, por la calle que se extendía entre Celio y el Aventino, la cual estaba tapizada con preciosas alfombras y llena de flores como en las solemnidades públicas; al llegar al ángulo del Palatino vió á los dioses de la patria, revestidos con sus ornamentos de fiesta y con sus frentes ceñidas por coronas de césped, roble y laurel; tomó entonces á la derecha, y no tardó en encontrarse en la vía Sacra, por donde pasara en triunfo cuando su primera entrada en Roma. La multitud, que cada vez era mayor, se dirigía al Capitolio, en donde parecía que se preparaba alguna suntuosa solemnidad; pero nada importaba á Actea lo que sucediera en el Capitolio; á quien buscaba era á Lucio. Así que, al llegar á la altura del templo de Romo y Rómulos, tomó la izquierda, paró rápidamente entre los templos de Febea y de Júpiter Stator, subió la escale-

ra que conducía al Palatino, y se encontró en el vestíbulo de la morada real.

Allí comenzó para ella la primera revelación de la extraña escena que iba á desarrollarse ante su vista. Frente á la puerta del atrio se hallaba colocado un magnífico lecho, recubierto de púrpura de Tiro, bordada en oro, alzado sobre un pedestal de marfil y resguardado por ricos paños en forma de tienda de campaña. Todo el cuerpo de Actea se estremeció, su frente se llenó de un sudor frío y una nube pasó por delante de sus ojos; aquel lecho, expuesto á los ojos de la multitud, era un lecho nupcial; sin embargo, la joven quiso dudar aún; se acercó á un esclavo y le preguntó lo que significaba el lecho, y el esclavo respondió que era el de Nerón, quien, en aquel momento, se casaba en el templo de Júpiter Capitolino.

La joven experimentó en aquel instante un repentino y avasallador renacimiento de la pasión que la había perdido: olvidó todo; las catacumbas que la prestaron un asilo, los cristianos que habían puesto en ella sus esperanzas y el peligro en que se encontraba Pablo, el que la salvó, y al que ella, á su vez, venía á salvar; llevó la mano al puñal, que tomó como una defensa para el pudor ó un recurso contra la vergüenza, y, dando un salto con el corazón lleno de velos, se precipitó por la escalera y se lanzó al Capitolio para ver á aquella nueva rival, que le arrebatava el corazón del amante en el momento en que tal vez ella lo iba á reconquistar. La muchedumbre era inmensa, y sin embargo, con una fuerza que da una pasión verdadera, se abrió un paso, porque se comprendía desde luego, á pesar del velo que le cubría por completo el rostro, que aquella mujer, de andar resuelto y rápido, marchaba hacia un fin importante y no permitía que la detuvieran en el camino. De esta manera siguió la vía Sacra, hasta el punto en que bifurcaba bajo el arco de Escipión, y tomando el camino más corto, es decir, el que pasaba entre las prisiones públicas y el templo de la Concordia, entró con paso decidido en el templo de Júpiter Capitolino. Entonces, al pie

de la estatua del Dios, rodeados de los diez testigos exigidos por la ley y que habían sido escogidos entre los patricios más nobles, sentados sobre la piel del cordero que sirvió de víctima, vió á los novios con el rostro velado, de suerte que al principio no pudo reconocer quién era aquella mujer; pero en aquel instante el gran pontífice, después de haber hecho una libación con leche y vino mezclado con miel, se dirigió al Emperador y le dijo:

—Lucio Domicio Claudio Nerón, te entrego á Sabina; sé su esposo, su amigo, su tutor y su padre; te hago dueño de todos estos bienes, y los confío á tu buena fe.

Al mismo tiempo puso la mano de la mujer en la del esposo, y la despojó del velo para que todos pudieran saludar á la nueva Emperatriz. Entonces Actea, que dudaba todavía á pesar de haber oído el nombre, se vió obligada á rendirse á la evidencia cuando vió el rostro. No cabía duda, era la joven del buque y del baño, era Sabina, la hermana de Esporo.— ¡Ante los dioses y los hombres, el Emperador se casaba con una esclava...!

Entonces Actea se dió cuenta del sentimiento extraño que había experimentado siempre hacia aquel sér misterioso; era una repulsión instintiva, un presentimiento, uno de esos odios inconscientes que experimentan las mujeres hacia las que algún día han de ser sus rivales. Nerón se casaba con aquella joven que había dado á Actea, que la había servido, que fue su esclava, que ya desde entonces quizás compartía con ella el amor de su amante, sobre la que tuvo derecho de vida y muerte, y á la que no había ahogado entre sus manos por no sospechar que un día pudiera devorarla el corazón. ¡Oh! no era posible; por segunda vez la miró con expresión de duda; pero el sacerdote no se había engañado, era realmente Sabina, Sabina con traje de desposada, revestida con la túnica blanca unida, adornada con cintas, con el talle sujeto por el cinturón de lana de oveja, cuya ruptura estaba reservada al esposo, con los cabellos atravesados por la flecha de oro que recor-

daba el raptó de las Sabinas, y con el velo de color de fuego sobre los hombros, ornamento nupcial que la desposada no lleva más que un día, y que fue en todo tiempo elegido como un presagio feliz, porque es el adorno habitual de la mujer del flaminio, á quien las leyes prohíben el divorcio.

En aquel momento los desposados se levantaron y salieron del templo: en la puerta les esperaban unos caballeros romanos que conducían las cuatro divinidades protectoras de los matrimonios, y cuatro damas pertenecientes á la más alta nobleza romana, con sendas antorchas de pino. Tigelino aguardaba en el umbral con el dote de la nueva esposa. Nerón lo recibió, puso sobre la cabeza de Sabina la corona, y la echó sobre los hombros el manto de las Emperatrices; después subió con ella á una litera espléndida y descubierta, y el Emperador abrazó á Sabina á los ojos de todos y en medio de generales aplausos, entre los que se distinguían losacentos cortesanos de los griegos, quienes en su lenguaje, hecho para la adulación, osaban hacer votos por la fecundidad de aquella extraña unión.

Actea les siguió, creyendo que iban á volver directamente á palacio; pero al llegar al pie del Capitolio, torcieron por Vivo Tosco, atravesaron el Velabrio, llegaron al barrio de Aniceto y entraron en el Campo de Marte por la puerta triunfal. Nerón quería presentar al pueblo á su nueva Emperatriz. La condujo al foro Olitorio, al teatro de Pompeyo, á los pórticos de Octavio. Actea les siguió por todas partes, sin perderles un momento de vista; á los mercados, á los templos, á los paseos. Un festín espléndido estaba preparado en la colina de los Jardines. Actea permaneció de pie, apoyada en un árbol durante todo el tiempo que duró la comida. Regresaron por el foro de César, donde les esperaba el Senado para felicitarles. Actea escuchó la arenga, apoyada en la estatua del dictador; de esta suerte transcurrió el día entero, porque hasta la noche no tomaron el camino de palacio; y Actea permaneció todo el día en pie, sin tomar alimento, sin pensar en el cansancio ni en el



hambre, sostenida por los celos que ardían en su corazón y cuyo fuego corría por todas sus venas. Volvieron, por fin, á palacio, y Actea entró con ellos: la cosa era fácil, todas las puertas estaban abiertas, porque Nerón, al contrario de lo que sucedía á Tiberio, no temía al pueblo. Antes bien, sus prodigalidades, sus fiestas, sus espectáculos, hasta su misma crueldad, que no hería más que cabezas elevadas ó enemigos de las creencias paganas, le habían hecho amar de la multitud, y todavía hoy es tal vez en Roma el Emperador cuyo nombre haya conservado mayor popularidad.

Actea conocía el interior del palacio por haberlo recorrido con Lucio; su traje y su velo blanco la daban la apariencia de una de las jóvenes compañeras de Sabina; nadie, por lo tanto, se fijó en ella, y mientras que el Emperador y la Emperatriz pasaban al triclinio para tomar la cena, se deslizó en la cámara nupcial, á la que se había vuelto á llevar el lecho, y se escondió detrás de una de las cortinas.

Permaneció allí dos horas, inmóvil, muda, sin que su respiración hiciese ondular su estola delantera que pendía de su cuello: ¿á qué había ido allí?, no lo sabía; pero durante aquellas dos horas, su mano no se apartó del mango del puñal. Por fin, oyó un ligero rumor, sintiéronse pasos de mujeres que se acercaban, la puerta se abrió, y Sabina, conducida por una matrona romana, perteneciente á una de las primeras y más antiguas familias, llamada Calvia Crispinela, y que servía de madre á la desposada, como Tigelgino le sirvió de padre, entró en la cámara con su traje de boda, excepto el cinturón de lana, que Nerón rompió durante la comida para que Calvia pudiese desnudar á la novia; comenzó por desatar las trenzas postizas colocadas en lo alto de la cabeza en forma de torre, y los cabellos cayeron sobre los hombros; después la quitó el *flameum*, y, por último, la despojó de las vestiduras, de suerte que la joven se quedó con una sencilla túnica, y, cosa extraña, á medida que desaparecían aquellos diversos atavíos, parecía operarse ante los ojos de Actea una metamorfosis inaudita: Sabi-

na desaparecía para dejar el puesto á Esporo, tal como Actea le vió descender del navío y marchar al lado de Lucio, con su túnica flotante, desnudos los brazos y esparcidos los cabellos. ¿Era aquello sueño ó realidad? ¿Acaso no formaban más que un sólo sér el hermano y la hermana? ¿Se volvía loca Actea? Una vez que dió fin á sus funciones, Calvia se inclinó ante su extraña Emperatriz. El sér andrógino, fuera el que fuese, la dió gracias, y la joven griega reconoció la voz de Esporo tan claramente como la de Sabina; por fin, Calvia salió. La recién casada permaneció sola, miró á todos lados, y creyendo no ser vista ni oída de nadie, dejó caer sus brazos con abatimiento y exhaló un suspiro, mientras que dos lágrimas corrían por sus mejillas; después, con profundo sentimiento de asco, se acercó al lecho; pero en el instante en que iba á poner el pie en el primer escalón, retrocedió espantada dando un penetrante grito; había visto, entre las cortinas de púrpura, el rostro pálido de la joven corintia, la cual, al verse descubierta y comprender que su rival iba á escapársele, saltó hasta ella como una tigre; pero el sér al que perseguía era hartó débil para huir ó para defenderse; cayó de rodillas, extendiendo las manos hacia Actea, temblando ante la hoja del puñal que brillaba en manos de la griega; de repente se sintió iluminada por un rayo de esperanza, y exclamó:

—¿Eres tú, Actea, eres tú?

—Sí, yo soy—respondió la joven...—Soy yo, Actea. ¿Pero tú quién eres? ¿Eres Sabina? ¿Eres Esporo? ¿Eres un hombre? ¿Eres una mujer?... Responde, habla... pero ¡habla!

—¡Ah!—exclamó el eunuco, cayendo desvanecido á los pies de Actea;—¡no soy ni una cosa ni otra!

Actea, estupefacta, dejó caer el puñal.

En este momento se abrió la puerta, y varios hombres entraron precipitadamente. Eran esclavos que venían á traer las estatuas de los dioses protectores del matrimonio. Vieron á Esporo desvanecido y á una mujer desgredada, pálida, con los ojos fuera de las órbitas, inclinada sobre aquél, y un puñal en

el suelo: lo adivinaron todo, se apoderaron de Actea y la condujeron á las prisiones del palacio, junto á las cuales pasara la prisionera en aquella dulce noche en que Lucio preguntó por ella, y de las que oyó brotar quejidos tan lastimeros.

En la prisión se encontró con Pablo y Silas.

—Te esperaba—dijo Pablo á Actea.

—¡Oh, padre mío!—exclamó la joven corintia;—había venido á Roma para salvarte.

—Y no pudiendo salvarme, vienes á morir conmigo.

—¡Oh, no, no!—dijo la joven avergonzada;—no, te he olvidado; soy indigna de que me llames hija tuya. Soy una desgraciada, una miserable que no merece piedad ni perdón.

—Le sigues amando.

—No, ya no le amo, padre mío, porque es imposible que le ame todavía; pero repito que estoy loca; ¡oh! ¡quién me librará de mi locura! No hay hombre en la tierra ni Dios en el cielo con suficiente poder para realizarlo.

—Acuérdate del hijo del esclavo: el que cura el cuerpo puede sanar el alma.

—Sí;—pero el hijo del esclavo poseía la inocencia á falta de la fe: yo no tengo fe todavía, ni tengo ya inocencia.

—Y sin embargo—replicó el apóstol,—aún no se ha perdido todo si te queda el arrepentimiento.

—¡Ah!—murmuró Actea con acento de duda.

—Pues bien, acércate—dijo Pablo sentándose en un rincón del calabozo;—ven, quiero hablarte de tu padre.

Actea cayó de rodillas, con la cabeza apoyada en el pecho del anciano, y el apóstol la exhortó durante toda la noche. Actea no le respondió sino con sollozos; pero por la mañana estaba dispuesta á recibir el bautismo.

Casi todos los cautivos encerrados con Pablo y Silas eran cristianos de las Catacumbas; en los dos años que Actea vivió entre ellos, tuvieron tiempo de apreciar las virtudes de aquella cuyas faltas ignoraban; ahora bien, durante toda la noche se rezó á Dios para que dejara penetrar un rayo de fe en el co-

razón de la pobre pagana: así, pues, fue una declaración solemne la del apóstol cuando anunció en alta voz que el Señor iba á contar con una sierva más.

Pablo no ocultó á Actea la extensión de los sacrificios que iban á imponerle su nuevo título: el primero era el de su amor, y el segundo tal vez el de su vida; diariamente iban á buscar al azar en aquella prisión alguna víctima para las expiaciones ó las fiestas; en estas ocasiones eran muchos los que se presentaban por anhelar cuanto antes el martirio, y los cogían á ciegas, sin elegir: todo cuerpo que pudiese sufrir y testimoniar su sufrimiento, era bueno para que lo crucificaran ó lo arrojasen á las fieras; así, pues, una abjuración en semejantes circunstancias no era solamente una ceremonia religiosa, era una abnegación mortal.

Actea pensaba que el peligro mismo rescataría sus escasos conocimientos en la nueva fe: había visto lo suficiente en las dos religiones para maldecir la una y bendecir la otra; todos los ejemplos criminales se los habían dado los gentiles, todos los espectáculos de virtud procedían de los cristianos; además, y de una manera muy especial, la certeza de que no podía vivir con Nerón hacía que desease el morir con Pablo.

Por esta razón, con un ardor que á los ojos del Señor reemplazaría á la fe, se arrodilló en medio del círculo de los prisioneros, bajo la luz del día que descendía por una claraboya, á través de cuyos barrotes se entreveía el cielo. Pablo estaba de pie á su lado, con las manos elevadas al cielo y rezando, y Silas, inclinado, tenía el agua bendita. En el instante en que Actea concluía de rezar el credo, esa declaración de los apóstoles que hasta nuestros días ha llegado sin alteraciones, como el símbolo de la fe, se abrió la puerta con gran estrépito y aparecieron unos soldados capitaneados por Aniceto, el cual, asombrado ante el extraño espectáculo que se ofrecía á su vista, porque todos estaban arrodillados y rezando, se detuvo inmóvil y silencioso en el umbral:

—¿Qué quieres?—preguntó Pablo dirigiéndose al que venía tan pronto como juez, tan pronto como verdugo.

—Vengo por esta joven—respondió Aniceto, señalando á Actea.

—No te seguirá—replicó Pablo,—porque no tienes ningún derecho sobre ella.

—Esta joven pertenece al César—exclamó Aniceto.

—Te engañas—repuso Pablo, pronunciando las palabras consagradas y echando el agua santa sobre la cabeza de la neófita,—esta joven pertenece á Dios.

Actea dió un grito y se desvaneció, porque comprendió que Pablo había dicho la verdad, y que las palabras que habían pronunciado acababan de separarla para siempre de Nerón.

—Entonces, á ti es á quien llevaré á presencia de Nerón en lugar de ella—dijo Aniceto, haciendo una señal á los soldados para que se apoderasen de Pablo.

—Haz lo que quieras—dijo el apóstol,—estoy dispuesto á seguirte; sé que ha llegado el tiempo de ir á dar cuenta al cielo de mi misión sobre la tierra.

Pablo, conducido ante el César, fue condenado á la crucifixión; pero apeló de esta sentencia como ciudadano romano, y habiéndosele reconocido sus derechos como habitante de Tarso en Cilicia, le cortaron la cabeza aquel mismo día en el Foro.

El Emperador asistió á la ejecución; y como el pueblo, que había contado con un suplicio más prolongado, hiciera oír algunos murmullos, el Emperador le prometió, para los próximos días de Marzo, un espectáculo de gladiadores.

Se celebraría para conmemorar el tercer aniversario de la muerte del dictador Julio César.

*(Se concluirá.)*

# POETAS AMERICANOS

---

## SOL DE SANGRE

---

Por inmensos caminos solitarios,  
Huyendo de ignorados campanarios,  
Los peregrinos van—faltos de aliento.  
Y de aldeas siniestras y lejanas  
Les saludan al paso las campanas  
Con notas que cabalgan sobre el viento.

El horizonte, bajo el sol, se dora,  
Manchado por la sangre de una aurora  
Que se teme á la vez y que se espera;  
Las nubes se amotinan y se empujan,  
Y como buitres, al huir, se estrujan  
En el espanto de la noche huera.

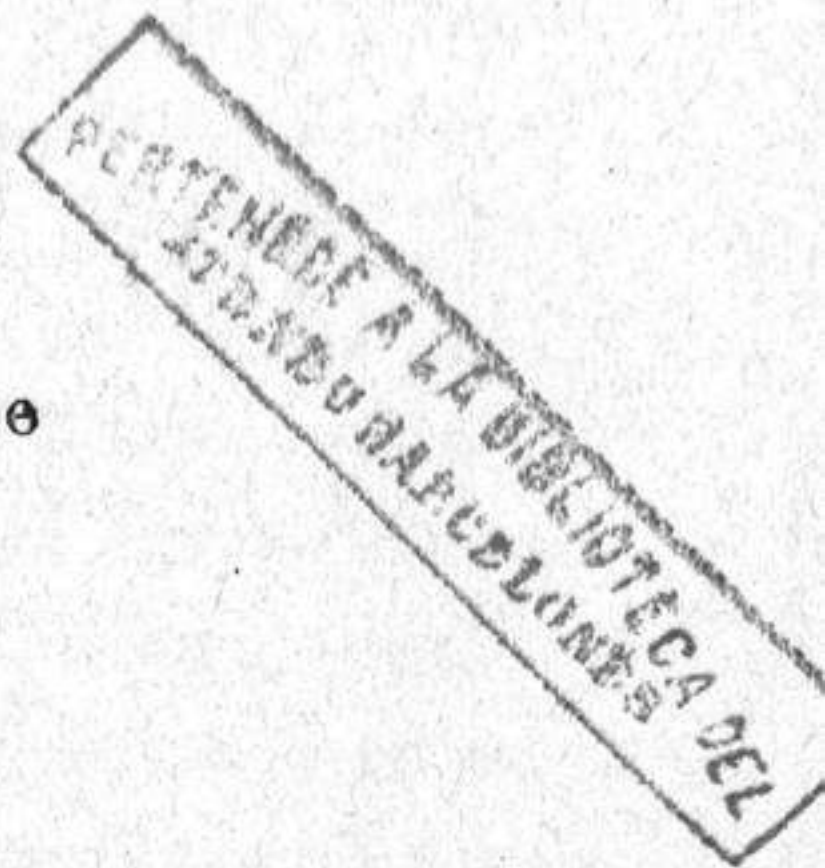
Tiembla y cede la tierra bajo el peso,  
Se abre un abismo en el dintel del beso  
Y todo es sepulcral, como una luna;  
Sólo se oye el rumor sordo y la queja  
De aquella muchedumbre que se aleja  
Con fatigas de mar hacia su cuna.

En la sangre del sol busca su origen;  
Torvos y extraños sentimientos rigen  
Su reflujo fatal hacia la aurora,  
Y jadeante, vencida y sin aliento,  
Se arrastra latigueada por el viento,  
Royendo el amargor que la devora.

Y mañana al triunfar, cuando derribe  
La absurda sociedad que la proscribe,  
Brillará como un sol á nuestros ojos.  
Sus pupilas extrañas y dementes,  
Empapadas en púrpuras ardientes,  
Parecerán dos corazones rojos.

Sus manos, impacientes de batalla,  
Removerán la gigantesca hornalla  
Donde alimenta el sol sus encarnados;  
Y en la ruda apoteosis del incendio,  
La Plebe se alzaré como un compendio  
De todos los sollozos ignorados.

MANUEL UGARTE.



# VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

---

POR LAS AFUERAS DE MARRAKESH

Dar Muley Alí, 27 de Mayo.

Nuestros paseos á caballo por los alrededores de Marrakesh son deliciosos. Constituyen nuestra distracción predilecta, y es natural, porque las afueras de la capital morisca son verdaderamente encantadoras. El valle del Tensif, y ya lo he dicho repetidas veces, viene á ser una especie de inmenso vergel cubierto por una vegetación lujuriente y espléndida, que surcan dos ríos, el Tensif y el Issyl, sin contar infinitos conductos que riegan las campiñas, distribuyendo las aguas en todas direcciones, y cerrado por un espléndido panorama que no se cansa uno de contemplar; la cordillera del Atlas, con sus erguidas cumbres cubiertas de eternas nieves. Sorprende desde luego el sistema de canales y acueductos establecido para repartir el precioso líquido por todos lados y en todos sentidos, y aunque hoy abandonado en su mayor parte, demuestra claramente el adelanto á que habían llegado los árabes de la Edad Media en la ciencia de la distribución de las aguas. En nuestro país dejaron también pruebas patentes de lo mismo, y estoy seguro que si la civilización europea ocupara algún día el valle del Tensif, aprovecharía aquellas vetustas construcciones para



convertir la vega de Marrakesh en uno de los campos agrícolas más fértiles del universo, que no tardaría en ser un emporio de riqueza.

Algunos días bordeamos las murallas de Marrakesh, y habiendo salido por *Bab-Dukala*, la puerta más próxima á nuestra residencia, describimos un gran rodeo para ingresar por cualquiera de las otras entradas que tiene la ciudad. En la actualidad, las tales murallas están sumamente abandonadas. Según dice Luis del Mármol y Carvajal (1), eran fuertísimas, «tan recias, que si dan con un pico en ellas, salta luego como si dieran en la peña viva». Hoy no resistirían al embate de un ejército medianamente organizado. Están construídas con una mezcla de cal, piedra y tierra rojiza, que les da ese color que ha hecho apellidar á la ciudad *la roja*. Su elevación es de seis á siete metros por término medio, tienen unos sesenta centímetros de espesor, se rematan con almenas, y de cada cincuenta á cien metros están flanqueadas por pequeñas torres cuadradas, arruinadas en su mayor parte, como ocurre con las mismas murallas, llenas de grietas y hendiduras en muchos sitios, salvo las que miran al Norte, que, como de más reciente construcción, se conservan en mejor estado. Se extienden en una circunferencia de doce kilómetros, sin contar el recinto del palacio imperial, y dan paso á la ciudad por medio de siete puertas, la de *Bab-Dukala*, que ya he citado; *Bab-el-Djemis*, que se abre sobre la plaza del mercado del jueves; *Bab-el-Debi*, ó puerta del barrio de los curtidores; *Bab-Aylan* y *Bab-Aghmat-el-Rumi*, del nombre de dos antiguas ciudades hoy derruídas; *Bab-el-Rho*, ó sea puerta de la batería, y *Bab-el-Amhra*, que comunica con el barrio donde residen los negros esclavos del Sultán, y en cuya construcción habita la banda de música de S. M. Scheriffiana. La *Kasbah* ó palacio imperial tiene además dos puertas que abren sobre el campo,

---

(1) Vide: *Descripción general del Africa*, 4 vol. in fol.—Granada y Málaga, 1573 á 1600.

destinadas únicamente al servicio del Emperador; son las llamadas *Bab-el-Amina* y *Bab-el-Karmut*: por esta última salimos de los jardines del *Agudal* el día de la recepción pública. Existe además otra puerta tapiada, que es probablemente la más antigua de la ciudad, que se denomina *Bab-Ben-Taxefin*, y se halla cercana á la tumba del ilustre fundador de Marrakesh, sin contar con que el palacio de la *Mamunia* tiene también una poterna para su uso particular, que nosotros solemos aprovechar algunas veces para evitarnos rodeos.

Aunque por lo general casi ninguna de dichas puertas tiene interés, la titulada *Bab-el-Djemis* merece fijar la atención de los españoles, por la circunstancia de que, según refieren los historiadores árabes, los fuertes postigos de madera, cubiertos de chapas de hierro, que se utilizan para cerrarla, fueron traídos de Granada por el famoso Yacub el Mansur. Bajo la bóveda que cubre el corredor en zig-zag que atraviesa la torre y en el muro que da frente al ingreso, hay una pequeña lápida de mármol, que, según pudimos divisar, contenía una inscripción, que fue imposible leer á ninguno de los que podían hacerlo, por la altura á que se encontraba y por la obscuridad del lugar. Es la única inscripción que he podido ver en toda la ciudad, y supongo que su contenido será interesante. La fachada que da á la extensa plaza donde se celebra el mercado del jueves, ó sea el día quinto, tiene algunas pretensiones arquitectónicas; la forman un arco de herradura, construído de ladrillos, circunscripto en otro elegante arco lobulado, ambos encuadrados por un amplio cornisón decorado por molduras salientes. Corona la construcción, que no deja de ser elegante por su marcada sencillez, una serie de almenas dentelladas de forma trapezoidal, si bien la afean mucho las sórdidas y asquerosas edificaciones que la rodean.

Muy cerca de esta puerta se hallan el santuario de Sidi Bel Abbés y las tumbas de los siete durmientes, que son los lugares más sagrados de Marrakesh, á los que no hemos podido ni siquiera aproximarnos. Desde allí se sigue por las orillas de

río Yssyl, que son muy pintorescas, hasta la puerta de los curtidores, á cuya salida se alza un puente de dos ojos que atraviesa el afluente del Tensif, casi siempre exhausto, no por falta de agua, sino porque ésta se distribuye por los infinitos canales de riego que á cada paso cortan la campiña. En todo este trayecto se observan numerosas chozas destinadas á la fabricación del salitre necesario para hacer pólvora, obteniéndose el producto deseado por medios toscos y primitivos. Todos los artefactos se reducen únicamente á unos cuantos pilones y morteros, extrayéndose la materia prima de los seculares montones de estiércol que rodean á la ciudad. También solemos encontrar grupos de adultos árabes que se entregan al juego de pelota, ya contra un paño de muralla, ya en campo abierto, arrojando la pelota con los pies, como se hace en el juego inglés llamado *foot ball*. La animación que produce este deporte es grande, y alguno de los contendientes demuestran poseer buenas facultades y una agilidad extraordinaria, haciendo gala, al lanzar la pelota, de ejecutar toda suerte de volteos y piruetas.

Las puertas llamadas *Ailang* y *Aghmat el Rumi* están próximas entre sí, y toman nombre, como ya he dicho, de dos ciudades vecinas á la capital; *Ailang*, que no tiene gran importancia, y *Aghmat*, que fue muy grande y fortificada en tiempo de los romanos. Se halla situada á unos cincuenta kilómetros al Sudeste de Marrakesh y en las vertientes del Atlas. Cuando los Almoravides ocuparon esta región del Magreb, ocuparon la primitiva ciudad romana, que les sirvió de capital, hasta que Yusef Ben Taxefin fundó en la llanura la gran población que hoy existe. Sin duda de las ruinas de Aghmat deben proceder las columnas de mármol y otras piedras ricas que suelen encontrarse adornando algunos edificios de Marrakesh, pues es sabido que los árabes en sus edificaciones utilizaban los restos antiguos, como aconteció en la mezquita de Córdoba, cuyas innumerables columnas fueron traídas de todas partes. No obstante, en las grandes construcciones de Marrakesh predominan sobre todo los pilares de mampostería.

Cuando el tiempo está claro, desde las cercanías de Bab-Aghmat-el-Rumi se disfruta de un panorama admirable. La vista se extiende por gran parte del valle del Tensif y por casi toda la cordillera del Atlas, que cierra por completo el horizonte desde Levante á Poniente. Utilizando los gemelos, se pueden apreciar las ruinas de la antigua colonia romana, las modestas construcciones del moderno villorrio de Aghmat, y más en lontananza, erguido en una altísima roca, el fuerte castillo de Urica, que domina el desfiladero por donde descienden de las cumbres nevadas las aguas que bajan á fertilizar la llanura. Dicha fortaleza debía ser muy importante en la Edad Media, pues defendía la entrada de uno de los pocos pasos que atraviesan aquel imponente sistema de montañas.

Por esta parte de la ciudad se encuentran extensos cementerios sembrados de tumbas, pero completamente abandonados, así como el pequeño y lindo santuario de Sidi Yusef Ben Alí, que se reduce á una kubba, cubierta por una techumbre de hechura piramidal de ladrillos esmaltados de verde, y rematada por tres bolas de metal dorado. Precede á este lugar sagrado un jardincito cubierto de árboles, de cuyas ramas penden innumerables de presentallas ó *ex votos*, formados por cuerdas llenas de nudos. En el interior del santuario, que sólo por tal concepto merece fijar nuestra atención, reposa su último sueño aquel ilustre Muley el Abbas, hermano de S. M. Muley el Hassan, que tan gran papel desempeñó en la guerra de Africa, y que tuvo el encargo de firmar el tratado de Wad-Rás, que puso término á la gloriosa campaña. Los historiadores nos lo pintan como hombre justo y probo, cumplido caballero y gran amigo de España. Me parece que son sobrados motivos para que consideremos su tumba con simpatía.

Y á propósito del Príncipe Muley el Abbas, debo consignar que uno de los *Kaids* de los *Fraiguia* que nos acompaña, anciano venerable á quien designamos con el epíteto de Kaid Cucú, y que, á pesar de su edad avanzada, se mantiene ágil, dispuesto y siempre alegre, asistió á la memorable batalla de

Tetuán, dada, como todos sabemos, en 4 de Febrero de 1860, en calidad de *fraiguia*, encargado de cuidar la tienda de campaña del Generalísimo de los ejércitos marroquíes. También es conocido el detalle de que, al finalizar tan memorable combate, la dicha tienda de campaña del hermano del Emperador Muley el Hassan cayó en poder de las fuerzas españolas, figurando hoy día, como trofeo de la victoria, en una de las salas del Museo de Artillería de Madrid. Como es natural, al conocer estos pormenores, no hemos dejado de preguntar al Kaid Cucú noticias sobre tan interesante particular, y el ladino musulmán, sin duda por no declararse ni culpable de abandono ni vencido, niega rotundamente que fuera la tienda del Generalísimo la que conquistaron los españoles, asegurando, con toda clase de protestas y juramentos, que sólo cayó en poder del enemigo la tienda del *Jalifa* ó lugarteniente del Príncipe Muley el Abbas. Relato todo esto sin concederle la menor importancia y únicamente á título de curiosidad, pues no desconozco lo aficionados que son los árabes á disimular la verdad y á falsear los hechos, sobre todo cuando tratan con cristianos. Además, Kaid Cucú, encargado de custodiar la frágil residencia del hermano del Emperador, tiene marcado interés en negar que fuera tomada por el adversario, afirmando, por el contrario, que al terminar la batalla él mismo, con sus compañeros, la recogió como era debido. Kaid Cucú es un tipo muy interesante, vivo y alegre, no obstante sus años y las miserias y privaciones sufridas, dado que el puesto que desempeña hace más de cuarenta años no es de gran importancia, y que no ha debido cobrar nunca sino sueldos mezquinos para mantener á su mujer y á la hija que tiene, según nos dice. Me gusta mucho hablar con él, que es uno de los servidores preferidos de la expedición, y por mi parte declaro, lisa y llanamente, que me place sobremanera hallarme en compañía de quien presencié y puede testificar, aunque sólo sea en su fuero interno, los triunfos que alcanzamos en la gloriosa guerra de Africa.

Toda la parte de la campiña que rodea el recinto del pala-

cio imperial, es la menos fértil del valle. Las murallas se extienden en larguísimo espacio, resguardando los jardines del Agudal y limitando la inmensa llanura, que se extiende más de cincuenta kilómetros en dirección al Atlas, y en la que no crecen más que pequeños y miserables arbustos. En este trozo de las murallas se abren las puertas reservadas al servicio del Emperador; *Bab-el-Amina*, puerta de los *Amines* ó Administradores, que comunica con los graneros y almacenes imperiales, donde se conservan toda clase de víveres y vituallas; *Bab-el-Amhra*, que abre paso al barrio de los negros esclavos del Sultán, y que choca por su aspecto de construcción europea. Por la parte que da al interior, se la tomaría por una casa de campo, cuya fachada consta de dos pisos: el bajo, en que sólo se abre un amplio portalón, y el principal, ornamentado con tres ventanas. Desde luego se observa que en esta construcción, que tanto se aparta del gusto y de las costumbres árabes, han debido intervenir artífices europeos. Allí habitan los músicos del Sultán, y no es raro oírles armar una infernal algarabía cuando se entretienen en ensayar alguna composición. En la parte exterior se ven algunos cañones que asoman sus bocas entre las almenas, con objeto de espantar al enemigo.

Paseando por estos lugares se admiran los grandiosos trabajos verificados en tiempos pasados para conducir, aprovechar y recoger las aguas que bajan de la cordillera. Todo lo que se diga de semejantes construcciones es poco. El aumento de canales y acueductos que aquí se observa es debido á los grandes estanques que existen en los jardines del Agudal y al inmenso depósito denominado *estanque de las vacas*, que se halla precisamente por aquellas cercanías. Varias veces he visitado esta soberbia construcción, y siempre me ha sorprendido por sus extraordinarias proporciones. El estanque de las vacas tendrá, aproximadamente, cuatrocientos metros de circuito por cuatro de profundidad. Forman sus cuatro paredes, elevadas por la parte externa unos tres metros de la superficie de la llanura, y á las que se sube por varias escalinatas, largos

paseos de mampostería, por los que pueden transitar con holgura cuatro personas de frente, y en los extremos se alzan elegantes pabellones cubiertos, desde los que se disfruta de hermosísimas vistas y del espléndido aspecto de aquel verdadero lago artificial. Es preciso reconocer que se trata de una obra grandiosa, que debía conservar hasta la época de la sequía inmensas cantidades de agua. He oído decir que fue mandada construir por un Sultán de la dinastía Almohade, con objeto de que el pueblo de Marrakesh la utilizara para bañarse, y así se explica el objeto de los cuatro pabellones de que antes hablé. Sentado en uno de ellos, el tebib Mariano me enseñó la *Menara*, huerta del Emperador, donde se verifican los banquetes con que S. M. Sheriffiana obsequia á sus huéspedes después de haberles recibido en audiencia de despedida; señalándome también el pueblecito de *Temezloj*, situado en las faldas del Atlas, pero ya á cierta altura, y que se dice ser en extremo pintoresco.

Pero el lugar preferido para nuestras expediciones vespertinas es la hermosa huerta llamada *Semelalia*, que se extiende por las vertientes del *Guiliz*, pequeños montes completamente aislados que se alzan casi en el centro del valle del *Tensif* y á escasa distancia de la ciudad. Para ir á dicha huerta se sale por la puerta de *Dukala* y se deja á un lado un pequeño arrabal, aislado por completo, donde se refugian y viven entre ellos los pobres leprosos que hay en la ciudad. Estos desgraciados son excluidos de la sociedad de los demás habitantes, nadie se atreve á acercarse á sus pobres viviendas, y yacen abandonados en la más espantosa miseria. Parte el corazón ver á todos aquellos infelices seres humanos que huyen azorados y se esconden en cuanto sienten aproximarse á algún individuo, quizá por vergüenza de enseñar las horrorosas pústulas y escoriaciones que cubren sus lamentables cuerpos, quizá temerosos de ser apedreados como animales inmundos. Las espantosas enfermedades cuya descripción nos hace la Biblia, y que gracias á la higiene han desaparecido de entre nosotros, se mantienen aquí en todo su lúgubre esplendor; y si no se

quiere sentir una impresión en extremo desagradable, acompañada de náuseas inevitables, conviene alejarse lo más pronto de aquel antro de horror, donde puede contemplarse claramente hasta qué grado de miseria y de abyección puede llegar el sér humano.

Habitaban también en aquellos alrededores grandes bandadas de cuervos, que forman una especie de colonia, y que los naturales aseguran descender de aquellos que á picotazos mataron á todos los gigantes que habitaban á Marrakesh en tiempo remoto, salvo al matrimonio que, para dejar memoria de su raza, edificó la hermosa torre de la *Kotubia*, cuyas piedras, como ya he dicho en otro lugar, fueron sacadas de las vecinas canteras del *Guiliz*. La leyenda asegura también que los grandes pedruzcos que en todo este terreno se notan, fueron los que sobraron de aquella construcción.

La huerta de *Semelalia*, á más de su exuberante vegetación, tiene para nosotros un interés histórico; el Emperador Muley Soliman la regaló al español Alí Bey, que residió en ella bastante tiempo. Según nos refiere el erudito viajero, el castillo que antiguamente existía y las plantaciones que aún hoy subsisten, fueron mandados hacer por el Sultán Sidi Mohammed, que fijó en aquel lugar su residencia, y se dedicó á embellecerla por cuantos medios tuvo á su alcance, ordenando plantar las mejores y más bellas especies de árboles frutales y haciendo construir magníficos jardines. La finca en su conjunto debía ser muy hermosa, puesto que el escritor citado dice al hablar de ella: «Tiene más de media legua de terreno, cercado todo de murallas; las grandes posesiones y las palmeras se hallan fuera de la cerca general, y por la parte de dentro, cada jardín de recreo, cada huerta ó plantación de olivos tiene su cerca particular. Grande abundancia de aguas, que vienen del Atlas por un conducto magnífico, aumentan el encanto de esta posesión.»

¡Qué hermosos debían ser los alrededores de Marrakesh cuando los jardines y plantaciones se extendían hasta mucha distancia de las murallas! Lo que hoy queda, aunque muy



abandonado, hace soñar con un edén maravilloso cubierto de espléndida vegetación. Las palmeras centenarias, los vetustos olivos, los graciosos granados, los naranjos, avellanos, morenas, en fin, infinitas variedades de árboles corpulentos y delicados arbustos cruzan sus ramas, en tanto que las vides, trepando por las alturas, enlazan un árbol á otro formando caprichosos y elegantes arcos de follaje. El bosque es tan espeso, que en algunos sitios no podemos pasar más que uno á uno, teniendo que recostarnos muchas veces sobre el cuello de nuestros caballos para que no nos azoten las ramas bajas de los olivos y granados. A pesar de su salvaje majestad, no puede imaginarse nada más apacible y bello que aquel bosque virgen, impenetrable á los rayos del sol y donde siempre reina la más deliciosa frescura. Como nadie los molesta, los pajarillos, las tórtolas y las palomas abundan en la umbría, y no es extraño que al escuchar el galope de nuestros caballos, huyan azoradas y crucen ante nuestros ojos casi rozándonos con sus alas.

No faltan en los claros del bosque algunas pequeñas plantaciones de hortalizas y verduras y campos de maíz que cultivan algunos pobres moros, pues, á decir verdad, todo aquello parece abandonado y se puede caminar largo rato sin encontrar ni una sola criatura. De los jardines de que nos habla Ali Bey no queda nada, y sólo restan ruinas de los cercos de murallas que separaban los diversos recintos de la hermosa posesión en que primero que él habitaron también, antes de hacer su entrada solemne en la capital, los individuos que formaban la Embajada que, presidida por D. Jorge Juan, envió el Rey Carlos III en 1767 á visitar al Emperador Sidi Mohammed-ben-Abdallah. En la curiosa relación que de esta expedición se conserva, se habla del hermoso jardín llamado *Semelalia*, ó sea *colección de frutas*, de sus galerías y miradores, de un terrado cubierto de azulejos y de dos fuentes de mármol. Todo esto ha desaparecido por completo; únicamente quedan restos de los canales y arroyos descubiertos y de los acueductos y conductos subterráneos que esparcían el agua de las infinitas

fuentes de las montañas por toda aquella extensión de terreno que fertilizaban, manteniendo la frescura y verdor de los jardines. El principal acueducto que provee de agua á *Semelalia* aún subsiste; es sumamente capaz, y no dudo que, conforme asegura Ali Bey, los hombres encargados de su limpieza pudieran caminar derechos bajo sus bóvedas hasta larguísima distancia. Pero ya en tiempos del ilustre explorador había comenzado la decadencia de Marrakesh, y el mismo escribe, después de contemplar tan grandiosos trabajos, «que el hombre instruído padece al ver aquella multitud de canales destruídos, y la tierra, que sus aguas hacían antes fértil y productiva, convertida en árido desierto». Si esto era en los comienzos de la décimanona centuria, ¿qué no será en sus postrimerías?

Insisto mucho al hablar del sistema de canales de riego que rodea á la capital magrebina, porque indudablemente constituye la obra más grandiosa de aquellos contornos y la única que patentiza con sus ruínas el grado de cultura y esplendor á que se elevó la civilización árabe.

El vegetal que más abunda en todos estos alrededores son las palmeras, algunas de las cuales se elevan á prodigiosa altura. Los árabes utilizan principalmente sus ramas y sus frutos; pero los dátiles que aquí se producen y llaman *billoh*, no son tan buenos como los de Taflete ni pueden conservarse secos todo el año. Yo creo que la abundancia de aguas perjudica á la palmera, planta que requiere más bien terrenos secos. Los frutos que he probado aquí son de ínfima calidad, muy inferiores á los más baratos que se comen en Europa, lo mismo por su tamaño que por su sabor.

La huerta de *Semelalia* se extiende al pie del *Guiliz*, y esta tarde precisamente, en compañía de Carlos Malmusi, hemos subido á la cumbre de la montaña, es decir, á la parte más elevada, puesto que se forman dos mesetas, una de las cuales, la situada hacia el Norte, es inabordable para los cristianos, por alzarse en ella un santuario, erigido sobre las ruínas del eremitorio que construyó el famoso Santón *Sidi-Bel-Abbes*, patro-

no de la ciudad de Marrakesh. En todos los sitios, desde donde pueden divisarse los muros consagrados, se encuentran grandes montones de piedras, piadosos *ex votos* que depositan los transeuntes en honor del venerado morabito. Los mahometanos tienen en gran aprecio este santuario, que consideran como lugar sacratísimo, y lo cierto es que la casualidad ha venido á ratificar su creencia. No hace muchos años, el Ministro plenipotenciario de Inglaterra, Mr. Green, se hallaba de expedición en Marrakesh. Era gran aficionado á la cacería, y con gran frecuencia, durante su estancia en la capital magrebina, se entregaba á su diversión favorita. Como sabía que las perdices abundaban en las faldas del *Guiliz*, decidió explorarlas á su antojo, sin tener en cuenta las supersticiones de los árabes, y llevado por su pasión, no vaciló en penetrar en el recinto consagrado. Los guardianes del Santuario formularon sus quejas ante el Emperador por la violación cometida, y su majestad Muley-el-Hassan se hubiera hallado en un gran conflicto con sus súbditos, dada la inviolabilidad del enviado de su Graciosa Majestad, si la casualidad no hubiera resuelto el problema, de modo lamentable por cierto, para el prestigio europeo, puesto que el bueno de Mr. Green falleció en Marrakesh víctima de una pulmonía, cogida precisamente el día que se permitió cazar en los terrenos de la ermita de Sidi-Bel-Abbes, con lo que, naturalmente, se confirmó solemnemente para los fanáticos musulmanes la indiscutible santidad de aquellos lugares.

Nosotros hemos cuidado de no aproximarnos á ellos, contentándonos con subir á la cumbre *non sancta*, desde la que hemos disfrutado de uno de los más hermosos panoramas que pueden imaginarse. Desde aquella altura, completamente aislada en medio del valle del Tensif, se domina la ciudad, toda la campiña que la rodea, cerrando el horizonte al Norte las montañitas, ó sea el *Djebilat*, y al Mediodía el *Atlas*, que se extiende de Este á Oeste, confundiendo sus picachos con el cielo. Marrakesh presenta un aspecto encantador, asemejándose á un inmenso jardín, en el que se encuentran pintorescas

construcciones que dominan las torres de las mezquitas de la Kotubia, Muley Yazid, Ben Yusef y el Moj, sin contar otra infinidad de cúpulas, minaretes y terrazas de formas caprichosas. Como los detalles se pierden en el conjunto, no pueden vislumbrarse ni los espacios desiertos, ni los edificios ruinosos que tanto abundan en la ciudad, que vista desde la altura, aparece compuesta únicamente de grandes palacios y suntuosos edificios rodeados de jardines. El sol poniente reverberaba en las rojizas murallas, y las eternas nieves de las altas mesetas del Atlas, heridas por sus últimos rayos, enviaban sus reflejos á la llanura, brillando con inusitado esplendor. La luz suavísima, de un tono dorado delicadísimo, permitía apreciar todos los términos del paisaje, dulcificando las asperezas, y, la extraordinaria belleza del conjunto, la poesía de la hora, el misterioso silencio que reinaba en absoluto, se apoderaron de mi alma, sumiéndola en un éxtasis de deliciosa contemplación. Creo que el panorama del valle del Tensif, visto desde la altura del Guiliz, especie de mirador puesto precisamente en aquel lugar por el Supremo Hacedor para facilitar la admiración de su obra portentosa, es uno de los espectáculos más sublimes que puedan soñarse, y comprendo los arranques de entusiasmo que ha inspirado á los poetas orientales, que no han vacilado en llamar á Marrakesh ciudad del encanto, edén de delicias, lugar de placeres, canastillá de flores enmedio de un mar de verdura, y qué sé yo cuántos epítetos á cual más delicados y poéticos, brotados de imaginaciones ardientes excitadas por tan gran derroche de bellezas naturales.

Hondamente impresionados descendimos al valle, y emprendimos el viaje de regreso. Era más tarde que de costumbre, y por una feliz casualidad la sensación deliciosa no se disminuyó en nada, pues como si todo quisiera contribuir á dejar en nuestra mente recuerdo imperecedero de aquella excursión, tuvimos la fortuna de encontrarnos con un grupo de susis, que volvían á la ciudad cantando alegremente y disparando tiros al aire. Habían pasado el día en una de las huertas de la

campiña, y tornaban á sus casas contentos y satisfechos. Llevaban varios instrumentos musicales, *guembris*, cuyas cuerdas punteadas producían sonidos delicados; *panderetas* que golpeaban para señalar el ritmo; *derbukas*, especie de tamboriles de barro, y esas *castañuelas* de metal propias del Sus, que resuenan con un timbre agrio, pero no desagradable. Con todos ellos se acompañaban una canción deliciosa, triste y sentida, verdadero suspiro cuyo estribillo, extraño y melancólico, era repetido por casi todos los que formaban el grupo. Y así siguió largo rato la voz solitaria cantando la melodía, que venía á ser una especie de *seguidilla*, pero aun si cabe más desesperada y dolorida, y el coro respondiendo con su estribillo característico. De cuando en cuando un tiro resonaba en medio de las carcajadas y gritos de alegría de los circunstantes, y la mezcla de aquellas manifestaciones espontáneas de satisfacción, con el cantar lleno de tristeza, resultaba extraña é incoherente, si bien cuadraba con el exotismo del paisaje y los admirables é inesperados cambiantes de un crepúsculo bellísimo, que comenzó incendiando al cielo para terminar en una noche casi luminosa.

Al pasar nuestros caballos junto á los trovadores caminantes, alguno de ellos debió conocernos como miembros de la Embajada española, puesto que un violín, el *camanya*, como aquí lo llaman, empezó á resonar tocando la Marcha real, aprendida sin duda de oído, y por consiguiente, un tanto disfrazada, pero siempre reconocible. Aquel recuerdo de la patria me conmovió, llenándome de agradecimiento hacia los desconocidos músicos que de tan delicada manera nos saludaban. Hubiera querido detenerme un momento y devolverles su salutación, pero era tarde y temíamos hallar cerrada la puerta de Dukala.

Los susis cantores se alejaron bordeando las murallas, y nosotros entramos en la capital del Magreb, precisamente cuando se apagaban en lontananza los últimos sonidos del *Himno nacional español*.

RAFAEL MITJANA.

(Se continuará.)

# HISTORIA DEL JABÓN

---

## I

Pocos asuntos hay que se hallen tan íntimamente enlazados con la vida y cultura de las sociedades, como el que indica el título de este artículo. La limpieza, el aseo, la pulcritud, el mejoramiento de la vida física, la higiene en todas sus espléndidas y simpáticas manifestaciones, la perfección de la salud y el bienestar moral y material; todo eso significa una substancia, que lo mismo el menesteroso que el opulento millonario necesitan para que su vida no se aniquile y extinga, envuelta en las impurezas resultantes de los actos que á la continua se realizan en torno de todos los seres, y que acumulan obstáculos que dificultan ó imposibilitan la continuación de la vida en condiciones adecuadas.

Ya expresó Tirso de Molina, de una manera tan poética como breve, la importancia de su empleo al decir:

«Cortezanos artificios,  
Cuyas manos blancas son:  
Ó mártires del *jabón*,  
Ó del sebo sacrificios.»

Por eso, tratándose del jabón, está justificadísima la necesidad de conocer su historia, que envuelve, no ya sólo un proceso científico, sino la consignación de datos curiosos, acumu-

lados en torno de la humanidad en su peregrinación á través de las edades. No es, pues, una curiosidad vulgar, es un deseo que ha de merecer el aplauso del erudito, la consideración del historiador, el respeto de todos. Hay en los datos de dicho estudio no pocas curiosidades, que merecen por muchos conceptos no darse al olvido, pues forman un archivo de verdadero mérito.

No es, por tanto, una de esas nimiedades que merecen el desdén y la indiferencia, porque se trata de un producto industrial, no sólo de primera é imperiosa necesidad, sino de gran significación, y cuya historia no deja de ofrecer incidentes que excitan la curiosidad y detalles dignos de que se fije la atención del observador y del sociólogo, al igual que del químico y del hombre de administración, para seguir paso á paso, con el estudio de lo referente á este cuerpo, la historia de las vicisitudes humanas en largos períodos de la vida.

No es, pues, de extrañar que esa substancia, en la cual el químico no conceptúa más que una sencilla combinación de los ácidos de las grasas con los óxidos metálicos, haya merecido un atento estudio, nunca de tanta transcendencia como grande es la utilidad que reporta y los beneficios que incesantemente suministra. De todos modos, resulta imposible fijar de una manera exacta y precisar, sin género alguno de duda, la fecha en que por vez primera se conoció el jabón.

Desde luego se emplearon con el objeto que se usa este cuerpo, muchas plantas que tienen la propiedad de formar espuma con el agua y que instintivamente se usaron como medio indispensable de limpieza, los cocimientos acuosos más ó menos concentrados de dichos vegetales, aun cuando no se consiguiera el resultado propuesto de una manera perfecta.

Análogas consideraciones pueden hacerse respecto á varios productos del organismo animal, como acontece con la bilis, que se empleó con el mismo fin.

No se habla del jabón ni de substancia alguna análoga entre los griegos. Cuando Homero en su Odisea nos presen-

ta á la Princesa Nausicaa lavando las ropas con sus esclavas, no dice que mezclaron con el agua substancia alguna que produjese el blanqueo, lo cual sólo alcanzaban en fuerza del mucho batido y de la combinada acción de la humedad y los rayos solares, con lo que procuraban, en efecto, la nítida y perfecta blancura que tenían las ropas que usaban.

El nombre de jabón, *sapo* en latín, *sepon* en griego, *seife* en alemán, *soap* en inglés, *sapone* en italiano, parece tener origen germánico, siquiera haya quien suponga que procede de la ciudad de Savona, hoy Génova, donde la casualidad realizó el hecho de que la mujer de un pescador calentase lejía de sosa en una vasija que había contenido mucho tiempo aceite de oliva, y del cual estaba impregnado, resultando una substancia en la cual se limpiaba perfectamente la ropa, por cuyo motivo desde entonces se repitió la operación diferentes veces, hasta que estudiados convenientemente los resultados, se llegó á determinar la obtención del cuerpo que constituye tan importante primera materia de la vida.

Las Sagradas Escrituras mencionan repetidas veces los productos resultantes de la acción de las cenizas de madera sobre los cuerpos grasos. Los celtas designaban esos productos con la palabra *Saboun*, que los griegos convirtieron en *Sepon*, que ha quedado en la lengua provenzal. Por otra parte, Plinio atribuía la invención á los galos, que utilizaban el jabón para dar lisura y pulimento á sus cabellos.

En las ruínas de Pompeya se han encontrado jabonerías, las cuales indican de un modo evidente que los romanos conocían dicha fabricación de un modo bastante aceptable.

Galeno dice que el mejor procedimiento para preparar jabón, consiste en tratar la grasa de carnero, de vaca ó de cabra, con una lejía de cenizas y cal. No menciona detalles de la operación, pero consigna, sin embargo, el fundamento de la saponificación.

Las primeras fábricas de jabón las establecieron los galos y germanos. Los elegantes de Roma se valían del jabón ger-

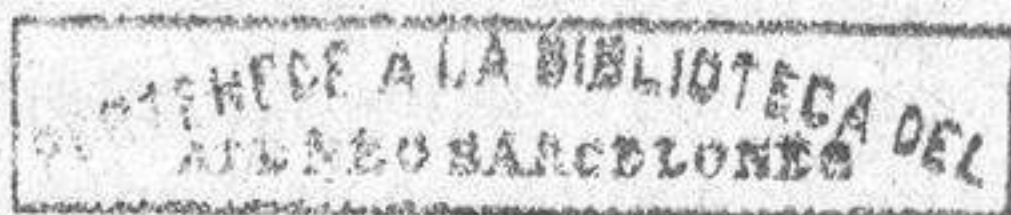


mánico para teñir sus cabellos de rubio, usándose ya en los tiempos de Ovidio y de Marcial.

Los médicos árabes indican frecuentemente el uso del jabón en medicina, así como también para el blanqueo de los tejidos.

Alguna vez empleaban la hiel de toro para la limpieza de las telas, cuyo uso, comenzado en el empirismo, condujo después á determinar la función química que desempeña la bilis en el organismo, la cual no es más que una especie de jabón, y favorece, por tanto, la interposición de muchos cuerpos grasos que de otro modo resultarían insolubles.

## II



De todos modos, la industria del jabón es una de las más antiguas que se conocen.

En los primitivos tiempos obtenían una especie de agua jabonosa hirviendo el agua de lavar las cenizas con aceite.

En el siglo VII los árabes fueron los primeros en dar solidez á la masa jabonosa, adicionando cal á la lejía vegetal.

Los galos empleaban la lejía de las cenizas de plantas marinas.

Los romanos fabricaban también jabón, pero era muy imperfecto, pues se componía de sebo y una solución alcalina, resultando un producto grasiento, sin cohesión, de olor desagradable, que ni aun para el lavado de las ropas era á propósito como no se aromatizara.

Aconteció con la industria del jabón lo que con todos los trabajos humanos. Rudimentaria, defectuosísima primero y tosca, fue poco á poco perfeccionándose á medida que el transcurso del tiempo y las mayores necesidades del producto fabricado iban marcando los problemas que había que resolver, los defectos que era necesario corregir y los obstáculos que forzosamente se habían de vencer.

Se implantó en primer término en Italia, en España y en Provenza, lo cual se explica fácilmente, porque en dichos países se producía en más abundancia la primera materia empleada, y las condiciones meteorológicas, por otra parte, ahorran la mitad del camino en la fabricación de la substancia.

En España y en Italia era ya conocido el arte de hacer jabón en el siglo VIII, y sólo cuando llegó el siglo XII es cuando adquirió gran extensión en Francia, aumentándose algún tanto las fábricas en esta centuria, observándose que guardó relación con haberse extendido el uso de las telas de algodón, por la necesidad que naturalmente había del continuo lavado, que llevaba en pos de sí el empleo de estos tejidos, por otra parte muy útiles y ventajosos en diversidad de conceptos, á los que antes se usaban.

Savona era, como hemos dicho, el nombre de la población en que se establecieron por vez primera jabonerías, cuyo nombre se substituyó más tarde por el de Génova que hoy lleva.

El alquimista Artephius, en el siglo XI, describe de una manera concisa la preparación del jabón, en los siguientes términos: «Si se toma agua filtrada á través de cenizas y se hierve este líquido (después de concentrado á un grado conveniente) con aceite y otras substancias parecidas, se obtiene el jabón».

Esta descripción se consigna en la obra titulada *Clavis majoris sapientiæ* del referido autor, lo cual no deja de ser muy digno de tomar en consideración, pues ya en esa época se tenía una perfecta y clara idea de la fabricación de la referida substancia.

En el siglo XVII era el territorio de Arlés el que suministraba á Marsella cuanta sosa necesitaba. Pero la inmensa producción y la demanda constante de producto hizo que resultara bien pronto insuficiente la cantidad que de dicho sitio se extraía, por cuyo motivo la imperiosa necesidad de la referida primera materia exigió sosas vegetales á Italia y á España, que con sus plantas barrilleras suministraban en las

cenizas abundante caudal de un cuerpo indispensable para estos trabajos.

Nuestra patria figura honrosamente en la historia del jabón. Sevilla, Málaga y Cartagena tuvieron fábricas de alguna importancia antes del siglo xvii; pero á partir de esta fecha empieza su decadencia, á medida que adquiere preponderancia la fabricación marsellesa. Zaragoza, á principios del siglo último, surtía de esta substancia á todo Aragón, Cataluña, La Rioja y Castilla, si bien fue decayendo con la facilidad de las comunicaciones, así como con las fábricas de Marsella y de otros puntos.

El químico sueco del siglo xvii, Otto Tachenius, que consignó, en numerosos escritos recogidos con avidez por la historia, gran número de datos, resultado de sus multiplicados experimentos, residió gran parte de su vida en Venecia, donde dió á conocer la inmensa mayoría de sus obras. La perla del Adriático tuvo durante mucho tiempo el monopolio de los jabones. Estos eran blandos, medicinales, y los preparaban con la sal lixivial de las cenizas, ó sea el carbonato potásico, que caustificaban añadiendo cal viva. Como ejemplo de la acción cáustica de la potasa, dice Tachenius que un obrero, empleado en una fábrica de jabón, se cayó, embriagado, en una caldera donde se concentraba este álcali, y al muy poco tiempo sólo se encontraron los huesos, pues sus vestidos de lana y las carnes se habían consumido en totalidad.

Habla el referido autor de dos grados distintos de concentración de las lejías; en el primer grado flota un huevo en su superficie, y en el segundo, cae al fondo del líquido. Esta última, que es la más débil, es la que se trata por aceite ó grasa, para formar con ella el jabón.

Es muy de notar la idea que expone, cuando dice: «En la saponificación, un ácido se combina con el álcali, porque el aceite ó la grasa contiene un ácido oculto, *oleum vel pinquesto-acidum enim occultum continet.*»

Estas frases revelan todo un cúmulo de ideas que la his-

toria de la ciencia no puede menos de acoger con grandísimo interés, pues ya hace cerca de tres siglos hubo quien, anticipándose notablemente á su tiempo, dió idea exacta de la composición de las grasas, donde sabido es que existe, no ya un ácido, sino varios; pero indudablemente hace gran honor á la perspicacia de un sabio que sabe leer en las páginas de la Naturaleza, inspirándose en lo que dicen los hechos y dándoles la verdadera interpretación con singularísimo acierto.

De todos modos, es una industria que ha ido engrandeciéndose de día en día, constituyendo uno de los signos de la civilización y cultura. Por lo cual las naciones que más consumo hacen de este producto son, indudablemente, las que más significación é importancia tienen en el concierto político y social, pues se halla en íntima relación el gasto de esa substancia, lo mismo con la higiene física individual, que con la prosperidad y bienestar de los pueblos, y, no hay que dudarlo, cuanto más jabón consumen, tanto más valen y son acreedores á la general consideración y estima.

### III

En la historia del jabón merece ocupar un puesto honroso el francés Nicolás Leblanc, que en críticos y azarosos momentos salvó al comercio de su país de una segura ruina, descubriendo en la época de la Revolución francesa, ó sea en 1793, un procedimiento para fabricar barrilla artificial, lo cual equivalía á poder hacer jabón sin necesidad de emplear las plantas barrilleras, cuyo hecho fue de grandísimo interés social y de una importancia de primer orden para la industria y el comercio.

En la pasada centuria, Francia era tributaria de nuestra nación de la barrilla, ó sea la primera materia para fabricar el jabón; pues las costas españolas, sobre todo las próximas á Alicante y Málaga, están pobladas por inmenso número de

plantas barrilleras del género *salsola*, que se cultivan con gran cuidado y se destinan á servir de materia en esta industria. Pero la guerra del fin del siglo XVIII entre España y Francia interrumpió toda relación comercial, y, por tanto, se vió esta última privada de las barrillas españolas.

Era España la verdadera patria de la barrilla, pues las plantas referidas se incineraban en hornos adecuados, transformándose en una substancia de aspecto vítreo, dura y frágil, la cual, tratada con agua, daba una lejía que se empleaba en la preparación del jabón. Era, por tanto, un verdadero conflicto lo que acaecía con la ruptura de relaciones entre ambos países, pues no importar barrilla en Francia era lo mismo que privarse de jabón y sufrir todos los inconvenientes de la desaparición de una substancia tan indispensable.

¿Qué hacer en tan críticas y angustiosas circunstancias? ¿Someterse á la dura ley de la adversidad y renunciar resignados á la falta de aquella substancia, arrojando la ruina de una gran industria, la miseria de miles de individuos y todas las consecuencias de tamaño conflicto social? Era imposible. Por eso, ante las grandes contrariedades y luchas de la vida de los pueblos, y en medio de sus épocas azarosas, surgen ideas sublimes y genios que marcan con la luz que brota de sus inteligencias los nuevos senderos por que hay que dirigirse para resolver el conflicto.

Precisamente en esas ocasiones es cuando puede observarse la grandeza de los pueblos y cómo se aprecia el valor de las personas ante los golpes del infortunio. Se crecen y agigantan en vez de rendirse, y así aconteció á la nación francesa, que no tardó en encontrar medio de salvarse de aquella crisis tan aterradora.

La Junta de Salvación, en orden de 8 de pluvioso del año segundo de la República, hace un llamamiento á los químicos franceses, abriendo un certamen para galardonar con un premio al autor del mejor procedimiento de fabricación de barrilla, valiéndose de substancias extraídas del suelo, sin que hu-

biera necesidad de emplear las plantas procedentes del extranjero, ó sea barrilla artificial. Presentáronse más de veinticinco proyectos en opción al premio, pero mereció los honores del concurso el de un pobre y obscuro cirujano, Nicolás Leblanc, al que se le asignó la recompensa después de maduro examen, con verdadera justicia, entre todos los procedimientos sometidos al concurso.

Consistía dicho procedimiento en utilizar la reacción que á una temperatura elevada tiene lugar entre el sulfato sódico, el carbón y la creta. Colócanse estas substancias en horno de reverbero adecuado, el sulfato sódico se transforma en sulfuro por la influencia del carbón, para después este sulfuro reaccionar sobre el carbonato de cal y dar origen á carbonato sódico y sulfuro cálcico, desprendiéndose el gas anhídrido carbónico. Con esto se resolvió el anhelado problema; no necesitaban ya el auxilio de extranjeros productos, y empezaron á florecer las industrias ya extinguidas de una manera espléndida con el uso de la nueva barrilla. Fue una idea feliz la del concurso que dió tan brillante resultado.

Debemos también consignar, aunque sea por incidencia, que aquel pobre sabio no alcanzó más tarde de su patria, á quien tan inmenso servicio prestara, la recompensa y el apoyo que le debía. Las contrariedades políticas, en una época que la intransigencia revolucionaria ha calificado con razón de período del terror, tuvieron no pequeña parte en sus inmerecidas desgracias, y á la manera de Palissy, si no vió quemar sus muebles, tuvo la amargura de presenciar su venta en subasta pública, y murió víctima de los horrores de la más espantosa miseria en 1806, lo cual no habla muy alto en favor de la gratitud nacional hacia un individuo tan benemérito.

La ciencia ha perfeccionado después los detalles de la saponificación, que en principio es sencillísima. La formación de la lejía de sosa de una concentración conveniente, la adición del aceite á una temperatura elevada y agitando para producir lo que se llama *empastado*, la nueva adición de lejía sódica más

concentrada, y, por último, una disolución de sal común, para después terminar con lo que llama cocción, todo ha sido el resultado de las lecciones de la práctica que ya desde lejana fecha ha adquirido la industria de este producto. De igual modo que la adición de perfumes y materias colorantes para dar aroma y matices diversos á los jabones ha sido ya de época relativamente moderna, con respecto á la primitiva fabricación.

Por lo cual, ya comenzara este conocimiento en un hecho producto del acaso que fortuitamente la feliz unión de dos cuerpos ocasionó, y su aprovechamiento inmediato, ó ya fuera transmitido de unas á otras generaciones y pueblos, lo cierto es que indudablemente su empleo está íntimamente ligado á la historia de la civilización, y ha seguido, como es natural, á través de las edades de una manera constante.

Su empleo en medicina es muy antiguo. Desde luego lo usaban en las enfermedades de la piel desde muy remota época. Después la medicina y la farmacia han ideado multitud de preparaciones en que la palabra jabón es sólo genérica, conociéndose multitud de especies, como el jabón amigdalino, quirúrgico, amoniacal, de brea, de plomo, de Starkey, de alcaloides, etc.

Los notabilísimos trabajos que acerca de las grasas realizó el eminente químico Chevreul en 1813, no debe omitirlos la historia, pues ilustraron en gran manera lo referente á la obtención del jabón, interpretando de un modo exacto los hechos y enseñando á leer con claridad en las elocuentes páginas del libro de la Naturaleza para saber el verdadero significado de lo que acontece cuando se ponen uno enfrente de otro un álcali con un cuerpo graso, y sacó de la noche del empirismo los hechos, iluminando con la luz de su privilegiada inteligencia este importante asunto.

Dos progresos industriales en esta fabricación se han ido marcando en varias localidades, como sucede en Marsella, donde se consumen anualmente en la fabricación del jabón más de 60 millones de kilogramos de sosa, y hasta los comien-

zos del siglo XIX, el único aceite usado con este objeto era el de oliva, pero su elevado precio obligó á los fabricantes á reemplazarle con los de cacahuete y sésamo, empleando á veces los de nabina, lino, colza, etc.

Hace ya bastantes años existían en dicha población 62 fábricas de jabón, que consumían anualmente 1.200.000 quintales de aceite de adormidera, 150.000 quintales de aceite de oliva, 250.000 quintales de nitrato sódico, 165.000 quintales de cloruro sódico y 200.000 toneladas de carbón, y hay multitud de libros que se ocupan de este importante tratado de la química de la industria, á cuyos interesantes pormenores es muy necesario atender si ha de resultar un producto en buenas condiciones. Nuestro objeto en las presentes líneas no es otro que el puramente histórico, por lo cual no penetramos en este terreno.

Por el adjunto ligerísimo resumen puede apreciarse lo que ofrece de curioso el estudio del origen del jabón, en cuanto á lo que corresponde á este aspecto del conocimiento de este producto, que era el único fin que nos proponíamos.

**JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,**

Académico de número de la Real de Medicina  
y correspondiente de la de la Historia.



# FILOSOFIA DE LA LONGEVIDAD

---

## BREVE PREFACIO (1)

Juan Finot, autor de la *Filosofía de la longevidad*, que hoy ve la luz en castellano, y de la cual acaba de publicarse la traducción alemana, hecha sobre la *décima* edición francesa, es un escritor de acción; en su activo figuraba materia suficiente para veinte volúmenes, cuando aún no se sospechaba que pensase en trazar un artículo. A semejanza de algunos autores franceses, se servía de diversos pseudónimos para emitir y propagar ideas que han dado la vuelta al mundo, difundidas por la Prensa y comentadas y discutidas sin saberse de dónde venían á agitar el pensamiento europeo, dotadas de esa virtualidad misteriosa que es como la quinta esencia de la labor periodística, en lo que tiene de intelectual.

Quien ve y habla á Finot — el cual podrá tener unos cuarenta años,—siente en primer término la impresión de que en aquel cerebro hay mucho fósforo, mucha electricidad, una vida nerviosa intensa. De no muy alta estatura, rubio, descolorido y delgado, Finot demuestra en la conversación vivacidad extraordinaria, la curiosidad insaciable del pensador, pero de un pensador ni distraído ni ensimismado, sino dispuesto á chapu-

---

(1) Ha de servir de prólogo á la edición española de este famoso libro.

zarse, buzo resuelto, en la realidad, y revelar y difundir lo observado, entregando la perla que recoge. Ante todo y sobre todo, Finot es un hilo de comunicación, un transmisor de la corriente eléctrica; su oficio y su servicio, relacionar al público con la cultura universal.

El medio de que Finot se sirve, el instrumento, es la *Revista*, antigua *Revista de Revistas*, que ha fundado y dirige. Obra capital, iniciada modestamente, tan modestamente, que el primer año de publicación no había más redactor ni colaborador que el propio Finot, el cual desempeñaba á la vez las funciones de regente, corrector, administrador y tipógrafo. Una vez compuesto el número, Finot en persona lo llevaba al correo, hazaña no muy difícil, pues la tirada de los primeros meses oscilaba entre cincuenta y cien ejemplares. Verdad que al cabo del año llegaba á mil, y á trece mil transcurrido un decenio. Hoy, la *Revista* es una fuerza, una autoridad en Europa, y posee un carácter inconfundible que la distingue entre las numerosas publicaciones del mismo género. Es ley en la *Revista* de Finot la brevedad; es divisa «pocas palabras, muchas ideas». Condensar, extractar, resumir,—he aquí la aspiración que se manifiesta siempre en los números de la atractiva *Revista*. Yo comparo—y perdóneme Finot esta comparación de economía doméstica,—á una taza de sabroso *consommé*, que ofrece, reducida y condensada, la substancia de mucha materia alimenticia. Es la *Revista* animosa y original; casi siempre se inclina á las causas buenas y simpáticas (y hago la restricción del *casi* por ciertas campañas en que España no salía bien librada, ni estaba bien informado Finot); es cosmopolita; presta oído á los latidos y á los balbuceos del pensamiento en países extraños y remotos; promueve debates, suscita cuestiones arduas,—todo ello aprisa,—recogiendo la flor de cada asunto y el aspecto característico de cada problema. Es además la *Revista* independiente, neutral en lo que más ha apasionado y dividido los ánimos durante estos últimos años en Francia; ha sabido no atollarse en el memorable asunto Dreyfus, ni en ninguno; cuida sus alas y las

bruñe, como ágil mosca que quiere volar ligeramente en todos sentidos; y el éxito, ese otro volandero antojadizo y á veces de olfato tan sutil, se ha fijado en la *Revista*, de la cual Finot sigue siendo el alma, y que está en el año XII de su publicación. †

No pensaba Finot en libros; le animaron á juntar en un volumen, no artículos publicados y fiambres, sino ideas emitidas en conversaciones filosóficas, y su primer aventura libresca, afortunadísima, es esta *Filosofía de la longevidad*. Libro muy nuevo, extraño y curioso, de tesis halagueña y consoladora para los pobres hijos de Adán, sentenciados á ver desde la cuna proyectarse en su horizonte la tétrica sombra de la Muerte. Yo creo innecesario decir que no acepto muchas de las conjeturas de Finot; hago mis reservas en cuanto al fondo filosófico de la obra; pero, lo mismo que todos, encuentro gran alivio y tranquilidad en esperar que, si se tercia, podré vivir unos doscientos y pico de años y hasta echar dentadura y pelo nuevo á los ciento cincuenta. Sería doblemente grata esta prórroga á los escritores, porque muy mal viento había de soplarnos si en dos siglos no alcanzábamos á producir una obra que inmortalizase nuestro nombre y nos salvase para siempre del olvido. ¡Y qué gustoso poder abarcar, en el espacio de una existencia humana, el desarrollo de acontecimientos cuya solución tanto nos preocupa! Lo dijo la Sabiduría: nuestra vida es sobrado corta; poco vemos realizado en su curso. El árbol, como el hombre, necesita ser centenario para llegar á su total desenvolvimiento.

Finot, en su interesantísima obra, nos hace entrever la perspectiva del aumento de centenarios, hasta que lo hoy excepcional se convierta en general, y el término medio de la vida sea el plazo de un siglo. Todo ello muy documentado, con rico alarde de erudición en el terreno de la ciencia, y corroborado por los hechos, pues el libro de Finot, si francés por lo sugestivo, parece inglés por lo sólido. De su lectura se desprende lo que he solido afirmar: que la humanidad no ha

sido nunca tan feliz ni ha estado en tan buenas condiciones como ahora; que cualquiera tiempo pasado fue peor. No miremos á España; que la ojeada sea de conjunto. Siempre se murió la gente más temprano; hoy la vida acrece á compás de la normalidad y de la salud — porque la planta está mejor cultivada, porque se sabe algo más de higiene y de medicina usual, porque hay más aseo, menos aprensiones y supersticiones, hasta más ropa blanca — más de todo lo que necesitamos para vivir. Y sólo esta consecuencia que del libro de Finot clara y seguramente se deduce, bastaría para recomendarlo, ya que demuestra, con números y datos, que el progreso no es palabra vacía de sentido, como gritan esos pesimistas reaccionarios, los cuales, sin embargo, aceptan y aprovechan todas las conquistas de la civilización, sin dejar de maldecirla.

Otros muchos puntos de vista dignos de meditarse encierra el libro de Finot, y los lectores españoles y americanos han de saborearlos y seguir con placer la bien coordinada y aguda exposición y crítica con que el autor los desarrolla. Encontrarán justificada la popularidad que ya va mereciendo, y aguardarán con interés la aparición de otro libro de empuje: *Filosofía de las razas*, que Finot animado por el aplauso que mereció la primer lanza que rompe, alzada la visera, se dispone á publicar en 1902. Y he aquí que Finot será una nueva demostración palmaria de que no se necesita vivir ciento y pico de años para influir en la mentalidad de un siglo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

# VIAJE DE UN ESPAÑOL Á TIERRA DE CHINA

---

## I

### YO, LA MAR Y MI COMPAÑERO

Yo, señor, soy castellano viejo, nacido en la Rioja y criado hacia la parte de Santander. Muchos años llevaba sin salir del pueblo, cuando al diputado por mi distrito, para recompensar lo mucho que en las elecciones pasadas trabajé en pro del contrario, se le ha ocurrido enviarme la credencial de Vicecónsul en China. Podía haber renunciado, pero mi padre no lo consintió, y aquí nos tiene su merced, á mí, navegando por estos mares de Dios, y á nuestro diputado muy tranquilo en Madrid, porque para lo sucesivo se ha quitado del medio á su más seguro servidor y ferviente adversario.

No hay que negar que ha dado el golpe con arte, hame alejado á mí, y ha ganado todos los votos de que mi padre puede disponer, pero, ó mucho me equivoco, ó la idea no ha salido de él, sino de su famoso administrador Juan López.

Sea como fuere, lo principal del caso es que yo, que en mi vida salí de la Península, me encuentro en pleno mar Mediterráneo y en marcha para recorrer medio mundo. No hay en todo el barco otro español que yo.

Y es lo que más me carga de todo, lo mucho que voy á

aprender; porque sepa, que el día que me gradué de Licenciado, juré á Dios y á Santa María no recibir más lecciones como no fueran de gramática parda, que de eso ya sabía yo que en el pueblo mucho me habían de enseñar, y hasta ahora llevaba muy bien cumplido el juramento, mas veo que en lo sucesivo va á serme imposible seguir dentro de él.

Ayer, cuando aún estábamos á la vista de Marsella, tocaron la campana para la comida. Procuré ser fino, no puse el brazo izquierdo debajo de la mesa, no me até la servilleta al cuello, ni hice ruido al tomar la sopa; verdad es que tampoco ofrecí aceitunas á una señora que estaba á mi izquierda; pero pensándolo despacio creo que hice bien, porque nadie ofreció maldita la ccsa ni á su madre; pues así y todo, al levantarme de la mesa se me acercó uno de los camareros á decirme que mi traje azul indudablemente era muy elegante, muy correcto..... pero que á la comida de la tarde se debe *ir de negro*.

Yo creía que el mar Mediterráneo, por ser pequeño, debía ser tranquilo; pero cá, travieso es como todos los chicos del mundo. El diablo del vapor, que es más largo que un día sin pan, va rompiendo las olas que encuentra; pero ellas en cambio lo inclinan á un lado, vuélvenlo del otro, levántanle la proa para dejársela caer después, y con semejante diversión no estamos sosegados ni un momento, ni el piso del barco se está medio segundo en una posición. Y si por eso no fuera, lo confieso, sería un placer estar aquí. Hace un día tan claro, el mar es tan azul, tan blanca la espuma, que cuando la brisa pasa arrancando gotas de agua á la cima de las olas, ó cuando éstas rompen su lomo abombado y terso, parece que todo ello es un juego, y que el mar se ríe bajo las caricias de sus buenos amigos el sol y el viento.

En mi camarote somos dos: un señor alemán y yo. Cuando bajé por primera vez, me lo encontré sacando libros y ropa de un baúl, y llenando todas las perchas y rincones que encon-

traba. Aún no había acabado yo de cerrar la puerta, cuando ya él me había preguntado de qué nación era y á dónde y á qué iba. Le respondí con la concisión del Astete, y cuando me dejó lugar á hablar, dije:

—¿Usted es alemán?

Levantó la cabeza sorprendido, y casi estoy por decir indignado.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

Debo decir que hablábamos en inglés, único idioma de que sé tres palabras y media.

—Lo he conocido—contesté.

—Mucho me sorprende—dijo,—porque ni los mismos ingleses me notan el acento.

No tenía gana de discutir, y riéndome salí del camarote, donde mi compañero quedó entregado á su trabajo de ocupación.

A poco rato subió á cubierta y se acercó á preguntarme si sabía cuánto andaba el vapor. Contestéle que no, y mirando al agua, dijo:

—No creo que vayamos á más de doce millas.

Indudablemente, este señor debe saberlo casi todo.

Tiene la costumbre de hacer preguntas, y en cuanto uno manifiesta algo que pueda parecer opinión propia, se echa encima con un *No Sir* categórico y rotundo, acompañado de tal sonrisa de conmiseración, que deja frío á cualquiera.

## II

### ORILLAS DE LA MAR AZUL

Ayer vimos las costas de Córcega, hoy, á la mañana, las islas Lipari, á medio día Mesina; en este momento empiezan á borrarse en el horizonte los contornos de los montes de Italia.

Todo el mundo sabe que hay tales tierras; pero eso no disminuye la satisfacción que causa el verlas. Ciertamente, ciertísimo estaba de su existencia antes de emprender el viaje, y, sin embargo, sentí un verdadero placer al verlas surgir del mar en el sitio preciso donde la Geografía las pone. Antes no eran para mí más que nombres; hoy son recuerdos.

Córcega me representará siempre una costa abrupta donde las olas rompen bramando, y Bonifacio, un pueblo de casas blancas subido en lo más alto de la costa, que asoma sus galerías y los aleros de sus tejados sobre el precipicio que cae al mar. En éste y por allí cerca hay un peñón solitario, donde se eleva un sencillo obelisco de piedra, rodeado con una verja. Volviendo de Crimea, un buque de guerra inglés se hundió allí, y millares de hombres que las balas rusas habían respetado, fueron al fondo de las ondas azules con todas sus ilusiones y esperanzas, y la imagen de un hogar lejano apareciendo entre los horrores del postrer momento.

A Stromboli lo veo al amanecer. Es un cono perfecto; en la falda, tendida en sombra aún, véanse algunas casitas perdidas entre los árboles, y en torno de toda la isla resplandece un halo de gloria dorado y luminoso, como el que pintan rodeando la cabeza de los santos. Luego va aumentando la luz, el sol aparece tras la montaña, y cuando rodeándola vemos la falda opuesta, allá, en el Cabo más distante, divísase un pueblo de pescadores, un puertecillo, y saliendo de él barcas de vela latina grande y blanquísima, que interrumpen el azul unido de la mar y el cielo.

¡Scilla! ¡Ah, es una población curiosa! Imagínese usted que en la costa acantilada un gigante hubiese dado dos tajos y llevándose un trozo, y que otro gigante, después, saliese del mar con un saco de casas al hombro, y, derramándolas, hubiese subido de la playa á lo alto, ó si no, figúrese un ejército de casas que desde el cantil de la costa bajara por la quebrada á mirarse en la mar, eso es Scilla. Su fama es mala, y sin querer se asocia su nombre al recuerdo de naufragios; pero para mí



no hay tal, porque, mirando, mirando, no encontré á Caribdis, y, se lo juro á su merced, desde entonces, lo que se llama creer, no creo en su existencia. Y como sin Caribdis no hay Scilla, la impresión que conservo de los temerosos escollos nada triste es. De la parte del continente veo las montañas de Calabria, sus cimas rosadas, los valles que entre las estribaciones de la sierra bajan á la costa, los secos cauces de las ramblas por los que en tiempo de invierno correrán ríos de revuelta agua; entre una y otra torrentera campos verdes, pueblecillos, alegres quintas, y, cruzándolo todo, la línea del camino de hierro con puentes para salvar los cauces y túneles que taldran las últimas ramificaciones de las montañas. Y del lado de Sicilia, un panorama completo, que empieza con la torre esbelta y blanca de un faro, alzándose al par de la playa, y un pueblo de casas bajas, delante de las que se ven redes y juegan bandadas de chiquillos. Cuando el pueblecillo pasa, empiezan huertos y viñedos, casas de campo, caminos que suben las colinas; en un seno, trepando la montaña, vese luego á Mesina con el puerto lleno de buques á sus pies, y sobre la cabeza una corona del humo de sus fábricas, y, al fin, los contrafuertes del Etna, que se hierguen buscando las nubes á la vista de Reggio de Calabria, que desde la orilla italiana las contempla. Y todo eso se ve de cerca; en los caminos distínguense los coches y los carros que marchan; en la plaza de un pueblo un perro persigue á un bando de gallinas; á las puertas de las casas, hombres y mujeres hablan con los vecinos ó nos miran pasar; el sol hace brillar los cristales de las casas de Mesina; de una estación de ferrocarril sale el tren: parece estar viendo un cosmorama de movimiento, y eso mismo piensan, sin duda, las figurillas que ven pasar el vapor desde los umbrales de las puertas, ó que para mirarlo levantan un momento la cabeza de su trabajo en los prados.

Extraños unos á otros, nos hemos cruzado para no volvernos á ver jamás, y entregados á sus alegrías y sus penas, en la tierra que cada vez veo más borrosa, seguramente habrán ol-

vidado ya el gran vapor que sigue mar adentro, llevando á Oriente otras penas y otras alegrías.

Mar sereno nos lleva, cielo purísimo sin rastro de nubes se extiende sobre nosotros, y por primera vez, desde que emprendí el viaje, veo en torno mío la inmensidad azul al subir á cubierta esta mañana, mañana de primavera, fresca y alegre.

El mismo bando de gaviotas que ayer dejó las costas de Italia por seguirnos, continúa marchando en pos del vapor, y si alguna se deja caer sobre las aguas, álzase y vuelve á lanzarse de nuevo en nuestro seguimiento; se la ve avanzar con vuelo poderoso desde la lejanía azul, y á poco alcanza otra vez la blanca bandada que repite en los aires el surco blanco de espuma trazado en la ilímite llanura.

Después de no ver en todo el día más que mar y cielo, al caer la noche hemos divisado hacia el Norte la luz intermitente de un faro. Brilla por un momento un destello vivo, pasa luego, vuelve á aparecer menos duradero y fuerte, y tras un intervalo de obscuridad de nuevo surge el resplandor intenso. Diríase que una estrella burlona, asomada al horizonte, os hace guiños.

Allí está la tierra, y la luz que de ella parte dice con su parpadeo:

—Mírame, barco, que vas por la mar; mírame, que yo no te veo. Todas las noches me encienden hombres que tú conoces para guiarte á tí y á cuantos pasan, porque, según parece, son amigos de todas las gentes. Cuando en otras playas veas brillar á las luces, mis hermanas, salúdalas y diles que, como ellas, velo por los navegantes.

## III

## PORT-SAID

El placer de ver tierra no lo conoce su merced, que no ha viajado por mar ni sabe tampoco lo que significa eso de *llegar mañana á puerto*. Y no hablo ahora de la vuelta á España, que esa (Dios me la dé pronto) no encontraría palabras para contarla, sino de la llegada á cualquier costa, por extraña que sea, después de algunos días de navegación.

Todo el de la víspera me lo pasé pensando en cómo sería el tal Port-Said, que al día siguiente iba á ver, tan lleno de ilusión como chiquillo que espera juguete nuevo. Amaneció Dios, y me encontró ya paseando por cubierta, dispuesto á desembarcar; pero la tierra no tenía tanta prisa por verme, como yo por descubrirla, y á pesar de que, con la claridad que del cielo caía, se hubiera divisado el más pequeño islote, ni sombra ví de lo que esperaba.

Unos tras otros fueron subiendo los pasajeros, y á mi lado vino el Sr. Cohen, con su sonrisa de siempre, que es un gesto entre risa de burla y contracción de cara castigada por el frío, en partes tan iguales, que sería imposible decidir si lo que experimenta es alegría ó pena.

—¿Aún no se ve la tierra?—preguntó.

—No.

—Pronto debe verse.

—No sé.

A poco pasó junto á nosotros el segundo de á bordo, á quien había conocido en Marsella, y me dijo, en una jerga más provenzal que catalana, pero que él tiene por castellano correcto:

—Mire usted los barcos fondeados en Alejandría.

Enfilé los anteojos, que desde que me embarqué llevo siem-

pre al lado, y donde la mar y el cielo se juntan percibí unos trazos oscuros que parecían salir del agua. Cuando acababa de poner los gemelos en la caja, se acercó el Sr. Cohen á pedírmelos. Alguien le había dicho que se veían palos á lo lejos, y no quería perder el espectáculo.

Cuando se hubo cansado de mirar, me dijo:

—¿Ha visto usted los cascos de los buques?

—¿Qué buques?

—Los de Alejandría.

—Si nunca he estado allí, ¿cómo quiere usted que los haya visto?

La sonrisa se resolvió por un momento en una carcajadita corta y hueca, y después el Sr. Cohen dijo:

—¿Qué ha visto usted con los anteojos?

—Unas rayas.

—Esos son los palos de los barcos.

—Bien... ¿y qué?

—Que eso, entiende usted, prueba que la tierra es redonda.

Porque sepa su merced que mi compañero de camarote tiene la felicidad de creerse al tanto de las últimas novedades, y da por tales noticias que eran viejas cuando Noé salió del arca.

—De modo—repuse—que si en Alejandría no hubiera barcos, ¿seguiríamos creyendo que la tierra tenía puntas?

—No es eso, no... ¿Pero usted no conoce la Geografía?

—Sí que la conozco, y maldito si nombra los barcos de Egipto.

Por esto verán la clase de persona que es el Sr. Cohen. Sonriendo se fué, y más satisfecho que nunca, al considerar el abismo de ignorancia en que vivimos los españoles.

Port-Said, pensaba yo, está en Oriente, que debe ser un país sin igual, y aun sabiendo bien que no había de encontrarme vistas de telón de teatro, ni de etiqueta de caja de dátiles, descontando lo de Cortes de Califas, bailes de almeas y

caravanas de árabes que reposan en los oasis, todavía ese nombre de Oriente me hacía esperar algo muy hermoso en la tierra que por momentos se acercaba.

Qué me imaginaba yo, no lo sabría decir á ciencia cierta; pero sí que en nada se parecía á lo que ví en Port-Said. Mas sería muy extraño que un solo desencanto destruyera una ilusión de toda la vida, y hoy sigo creyendo como antes en un país de maravillas y tesoros que se llama Oriente, todo lo que de mi experiencia he sacado es la idea de que Port-Said no está en él, y es lisa y llanamente una estación del gran viaje á China, la primera según se va.

Porque, eso sí, el nombre de estación le cuadra de arriba á abajo; fondas, bancos, tiendas y bazares, todo espera al viajero, y vive de él y para él. Cuando en el puerto no hay vapor de pasaje, descansa la ciudad y sus habitantes duermen; pero que éntre un correo á media noche, y veréis abrirse las tiendas, encenderse las luces, salir á las puertas los numerosos mercachifles ciudadanos de tan famosa población, y romper á tocar la orquesta del café concierto.

Yo llegué á media mañana, y por lo tanto, no tuve la honra de que por mí dejaran el blando sueño los vecinos de Port-Said, pero en todo lo demás, disfruté de la calurosa acogida que invariablemente hacen á cuantos pasan.

Seis de ellos, que no parecía sino que por mí sólo esperaban, me acometieron apenas puse el pie en tierra, y se disputaron el honor de acompañarme. Y si digo se disputaron, sépase que es porque no encuentro palabra más á propósito, pues el hecho es que nada se decían los unos á los otros; y si contra alguien parecían estar furiosos, era contra mí. Hablaban todos á un tiempo, y todos y cada uno hablaban francés, italiano, inglés, alemán, y otros muchos idiomas que ni colegir pude lo que serían. Por primera vez se me ocurrió dudar que lo de la torre de Babel haya sido verdad. En todo caso, los de Port Said deben haber estado en la veleta, y ellos solos aprendieron á una todas las lenguas.

Ninguno hablaba español, indudablemente porque no calculaban que yo lo fuera; pero yo, torpe de mí, deduje que no le conocían, y satisfecho de cogerlos en falta, los mandé á paseo en el castellano más claro y enérgico que usted puede imaginarse. Cuatro de los seis se retiraron vencidos; pero uno de ellos, triunfante por todos, se me plantó delante, diciendo:

—Señor, soy José;—en tanto que otro, señalándome, repetía:

—Sí, sí, José;—para añadir su importante garantía, por si la sola presentación del interesado no bastaba.

Repetí la cortés invitación de antes, y para mejor convencerlos del gusto con que los vería irse de mi lado, dí á cada uno un empujón, que cariñoso quizás no lo fuera, pero expresivo, sí.

Mas todo eso debía estar en el programa, porque uno y otro se sonrieron como diciendo: «lo mismo de siempre»; y cuando eché á andar hacia la calle principal que frente por frente se abría, José siguió tras mí, y poniéndoseme luego al lado, fue diciendo una retahíla de palabras que representaban sin duda alguna el catálogo completo de lo que, en su opinión, puede desear el que llegue á Port-Said.

Por desgracia, lo único que yo deseaba en aquel momento, que era su apreciable ausencia, no estaba él dispuesto á proporcionármelo, y así seguimos; yo mirando las tiendas y la gente que pasaba, y él empeñado en meterme por todas las puertas y hablando como si le hubieran de pagar las palabras á tanto el ciento. Juro á Dios que las horas que me pasé en tierra hice cuanto en mí estuvo para convencer á José de que ni aun con llamarse así lograba hacer deseable su compañía á un buen español; mas como dudo haberlo conseguido, voy á poner sus señas personales para que si su merced llegara á poner pies en Port-Said, huya de él como del pecado.

José es un joven de diez y seis años, quizás de diez y ocho, que en lo de desastrado y mugriento puede dar quince y raya

á todos los jóvenes de diez y seis y de diez y ocho años que conozco; gasta pantalón, blusa, babuchas y fez sin borla. Todas esas prendas debieron tener color alguna vez, pero también una vez hubo un rey, como dicen en mi pueblo.

Sólo unas horas disfruté de la no buscada compañía de José; mas en ellas aprendí muchas cosas, y entre otras, que el traje que he apuntado era el de invierno, el de verano y el de los días de fiesta. Los pantalones bajaban hasta el tobillo, y las mangas de la blusa, en su ser natural, debían llegar cuatro dedos más allá que el del medio, por lo que, y para dejar ver que era persona provista de manos, iban las tales mangas dobladas cosa de una cuarta, con todo lo cual resultaba aparente no ser él hombre que se pare en pequeñeces de indumentaria, ni tampoco de los que hacen los trajes á medida.

Después de bien pensado, digo que José debe ser moreno; pero si usted ha visto muchos que á la tez blanca acompañen ojos y pelo negro, puede igualmente suponer que José sea blanco, pues sólo por el color del pelo y de los ojos saqué por consecuencia cuál debía ser el de la piel. De otra suerte, no lo podía haber averiguado sin ser zahorí.

Por no cansar demasiado, sólo añadiré que de los peines ha huido hace mucho tiempo, casi tanto como del agua; que el mirar lo tiene de pillete, y el ahorrar el pañuelo de presidario; que sabe andar sin mirar á dónde pisa, y, en fin, que es de tan buen contentar, que cuantas tiendas veía le parecían las mejores, siendo tan mal correspondido su buen natural, que en ninguna le daban entrada.

Con estas señas, seguro estoy de que usarcé sabrá reconocerlo si con él topa, y si sucediere que, confundiendo la filiación, tomara por José á otro que se le parezca, dése por servido que con haberle enseñado á que buya de él, séase quien se fuere, le habré prestado señalado favor.

En más de una tienda entré con la esperanza de encontrar otra salida y abandonarlo; pero lo adivinaba el muy maldito, y cuantas veces dí con una segunda puerta, me lo encontré al

par de ella tan puntual como si lo hubiésemos convenido de antemano.

Las calles, si no son todas iguales, á mí, que por primera vez las recorría, me parecieron muy semejantes. Las casas son grandes, muchas de ellas de dos pisos, aunque casi todas acaban en terrados y tienen galerías corridas en la fachada; su aspecto es perfectamente europeo, y cuando se las ve llenas de cuanto en otros países se produce, formando calles matemáticamente rectas, que van á parar á la mar ó al desierto, y se repara la casta de gentes que por allí anda, piensa uno que todo aquello es postizo; la ciudad una gran feria y las casas barracas inmensas, que el día menos pensado van á plegar muros y techo y salir con cuanto contienen mundo adelante.

Es increíble el número de minutos que tienen las horas cuando se emplean en recorrer una población desconocida en la que no se tiene nada que hacer. Poco más de dos habrían transcurrido cuando ya había yo dado veinte vueltas á Port-Said, y hasta conocía de vista á muchos de los distinguidos sujetos que desde las puertas de las tiendas llaman al que pasa en cuantas lenguas puede usarcé imaginarse.

A juzgar por el espacio que en mi memoria ocupa, he debido pasar en Egipto bastantes semanas; pero según el reloj de á bordo, y él no miente, no llegó el tiempo que allí estuve á un cuarto de día. El me bastó para ver más fotografías, más lacas del Japón, más sándalo y coral, más bordados de China, tapices de Persia y tejidos de la India, más rosas de Jericó y chucherías de Tierra Santa que pienso ver en el resto de mi vida; y todo eso, con los escaparates llenos de ropas europeas, las pilas de sombreros y zapatos y los montones de bufandas y toquillas que llenaban las tiendas, se me recuerdan tan fácilmente y tan en junto, que aun hoy vuelvo á pasearme de memoria por aquel enorme bazar con sólo que se me presente un pisapapeles que de allí traje con el santo nombre de Jerusalem puesto en las dos caras, en escritura de judíos.



Y no crea usted que sólo tiendas y mercancías ví, que muchas otras cosas recuerdo. Ví mujeres vestidas de negro, tan tapadas, que sólo aparecía de ellas lo que hay de las cejas á la boca, y aun eso no del todo, porque del trapo que les caía sobre la cabeza, pendía un canuto de bronce que les descansaba en la nariz y se la ocultaban; ví niños, criaturas, que en cualquier país del mundo serían inocentes, ocupados en llevar viajeros á lugares cuya existencia debían ignorar en muchos años; ví librerías donde lo que se mostraba, que no era poco, sólo servía de tapadera á lo que estaba dentro, que más valiera que nunca se hubiese impreso, y en suma, encontré tantas tiendas que bajo una muestra honrada escondían comercio de vicio, que en la cara de todas aquellas gentes se me antojó ver escrito engaño y bajeza, y aunque no soy santo, sentí asco de lo que me rodeaba y busqué donde meterme.

En ese momento oí una música que echaba á tocar, entre-me en la casa de donde salía el ruido y dí en un teatro, café cantante ó algo que á las dos cosas se parecía.

Al fondo de la sala veíase un escenario con el telón corrido; delante de él estaba la orquesta, y el resto de la pieza lo ocupaban mesas de mármol y sillas de rejilla.

Eran las once de la mañana, y ya estaban aquellos pobres rascando los violines y dando zambombazos, y en tal forma seguirían mientras hubiera barco en el puerto y pasajeros en tierra.

La orquesta se componía de una docena de mujeres y cuatro ó seis hombres; el público de cinco personas, contándome á mí. Había entrado por distraerme, mas no lo conseguí. Sonábame triste la musiquilla, retumbando en los muros del salón desierto; sonábame triste bajo la luz vivísima que el sol derramaba por todas las ventanas. A los cinco minutos de estar allí, habría jurado que músicos y público teníamos la cara mustia y lacia como si tras una noche de vela el pleno día nos hubiera sorprendido en una juerga estúpida, y todos deseáramos irnos á dormir y perdernos de vista unos á otros. Ellos no

podían hacerlo, yo sí, y usando de tan precioso privilegio, salí de la sala.

Frente á ella había otra, y allá entré yo. Cuatro prójimos, sentados alrededor de una mesa, apuntaban, y otro, que tenía delante una caja cerrada, hacía rodar la bola de una ruleta y cantaba los números. Presencí más de veinte tiradas, y aunque tenía los ojos clavados en la caja, no pude ver una sola vez en qué número se había parado la bolita. El banquero alzaba la tapa, decía el número y tornaba á cerrar; todo ello, en apariencia, despacio, pero realmente con celeridad pasmosa.

Y los que apuntaban, ¡Dios de Dios!, podrán ser capitalistas ó hijos de casa grande que vayan allá á jugarse los dineros; pero personas con más cara de puntos figurados, no las ha visto su señoría. Ponían y tomaban libras esterlinas y lises de oro como quien apuntara ochavos á un juego de perinola, y me miraban de soslayo, no sé si porque no apunté una sola peseta ó porque querían darme á entender que si yo tuviera la bondad de irme, podrían descansar.

Esperé que levantaran la tapa de la caja una vez más; parecióme ver tres ceros, y salí.

Los músicos seguían aún tocando, el banquero probablemente continuaría dando vueltas á su aparato y poniendo en orden las monedas de todos los países que tiene para cebo de pasajeros.

Cuando volví á la calle me encontré con un espectáculo inesperado. Dos guardias de orden público corrían detrás de un zagalote del pelaje y la facha de mi guía José. Los tenderos salían á las puertas, la gente parábase en mitad de la calle.

—Lo mismo que siempre.

—Pero ¡qué listo es!

—¿A que no le cogen?

Se adivinaba que decían eso.

El, atravesaba las tiendas, entraba por las puertas de los

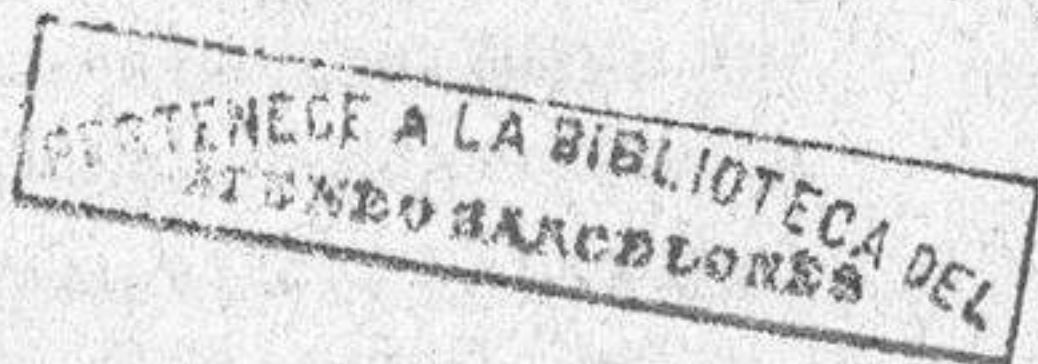
café y salía por las ventanas; subíase á las mesas, llenas de vasos y tazas, de los parroquianos; derribóle el narguilé á uno de ellos, pero nadie se mostraba incomodado por eso; todos simpatizaban con él abierta, francamente, no ocultándolo, como se habría hecho en país más civilizado.

Y los policías corrían desalados, cogiéndose el sable para que no se les enredara entre las piernas, dando mil rodeos para no atropellar á la gente, convencidos de que los deseos de todos era verlos á ellos por el suelo, y al perseguido libre y en salvo. Así fue; en una de las revueltas, éste consiguió escaparse de la vista de los guardias, y terminó la escena.

Me alegró el ánimo todo aquello; como que me lo refrescó, y cuando, terminadas las horas de alto, volví al vapor, casi me había reconciliado con Port-Said y su gente.

#### IV

#### EL CANAL



Era medio día, ni minuto más ni minuto menos, cuando dejamos á Port-Said, y lenta, suavemente, entramos en el Canal.

Extendíanse á nuestra izquierda las arenas sucias del desierto; á la derecha, hasta los pies mismos de los terraplenes que forman la orilla, venían á morir las aguas del Mediterráneo, encharcadas en la cuenca del lago Menzaleh; sobre ellas, allá donde la mar empieza, veíanse líneas sonrosadas, que eran bandadas de flamencos. Alzábase uno, seguía tras él todo su bando, y la fila entera, en correcta formación, desplazábase, con aleteo medurado, para ir á caer, en igual orden, en otro lugar de la marisma.

Flota en la atmósfera ardorosa de aquellos parajes un vapor tenue, y cuando, á través de él, pasan los ejércitos de pá-

jaros, marchando con vuelo cadencioso, creéis ver el aire que los plumajes blancos y rosados agitan.

Port-Said va quedando atrás, ante la proa ve su merced extenderse el Canal en una recta de 50 kilómetros, y el barco marcha despacio, despacio, para que el aguaje de la hélice no desmorone las orillas.

El Canal es gran obra, sin duda alguna; magnífico atajo entre dos mares, por el que pasa y se cruza la vida de tres continentes; gran obra para nosotros que, gracias á él, ahorramos tiempo y dinero, pero por lo demás..... Las aves jamás lo necesitaron; para los habitantes del mar profundo no existe, la madre tierra no se ha dado cuenta de él, es un arañazo insignificante que cicatrizaría en pocos días si el trabajo incessante de miles de hombres no lo mantuviera abierto.

Desde la cubierta del vapor, que va muy por encima de la orilla, véñese á uno y otro lado llanos desiertos, llanos que fueron siempre como los *contemplais*, que estarán así siglos de siglos, que son la haz de la tierra, serena, imperturbable, majestuosa.

Allí no hay formas que distraigan la vista, no hay verdor que encubra ó disimule; es el solar del hombre grande y desnudo; el que vió pasar pueblos y generaciones que ni de nombre existen, y seguirá mirando al cielo azul cuando la raza entera vuelva al polvo.

De cuando en cuando véñese las estaciones del Canal pintadas y limpias, como si acabaran de llegar de Francia; chozas ruinosas, de las que salen á pordiosear chiquillos desnudos; algún árabe que pasa al borde del agua mecido por el andar acompasado del camello, ó máquinas disformes; dragas con apariencias de monstruo de pesadilla, que vuelven al desierto hechas fango las arenas que arrastró el viento.

A media tarde vimos por un momento el espejismo, palmeras, una charca de agua, y algo como montañas cerrando el

cuadro. Cuando con más interés procurábamos distinguir todo ello, se comenzó á borrar, y desapareció á modo de cuadro disolvente.

Poco después amarramos á la orilla, para dejar paso á un vapor que venía. Era alemán, grandote, el *Sachsen* de nombre; sobre cubierta tocaba una murga infame, y algunos pasajeros bailaban. Agolpábanse los más á la borda para mirarnos, como nosotros para verlos mejor á ellos, nos decían adiós sin concernos, pronto pasaron.

Soltaron de tierra los cabos, seguimos nuestro viaje, y aunque todo parecía hacerse con la mayor lentitud, á poco habíamos dejado de oír la algarabía de la banda, y el *Sachsen* era una mancha más y más pequeña en la cinta sin fin del Canal.

Cerca ya del anochecer pasamos por el lugar donde cruza el camino de Siria. Arrimada á la orilla estaba una balsa pequeña; en tierra, un montón de personas y bestias.

Había mujeres tapadas hasta los ojos, chiquillos, árabes con jaique y turbante, camelleros, mozos de carga, empolvados y sucios los que menos, los más, astrosos y harapientos.

Cuando nosotros hubimos pasado, la balsa, atestada de hombres y animales, cruzó á la otra orilla, luego volvió otra vez, y otra, y otra. A pie unos, en burro, á caballo ó á lomos de camello, habían venido aquellas gentes de algún rincón de Africa, y marchaban á Palestina ó Siria. Dios sabe dónde, por un camino que por más que miré no pude descubrir; en la llanura siempre igual.

¡Y pensar que el rebaño, la caravana aquella iba al país de los cuentos! ¡Que los contemporáneos de Harum-al-Raschid probablemente andarían más desastrados que los que acabábamos de ver! ¡Que allí irían mercaderes del Oriente, doncellas árabes, pastores errantes, tantos y tantos personajes, que siempre me había figurado yo suma y compendio de cuanta hermosura y poesía hay en el mundo!

Y cuando cayó la noche y los focos empezaron á funcionar á proa, el mismo avanzar suave por el canal, obscuro á nuestra espalda, lleno ante nosotros de luz azulada. Luego el lago Timsah, cruzado á todo vapor entre la doble fila de boyas, tan brillantes, que, al reflejar la luz, parecen irradiarla, allá á nuestra derecha, en el fondo obscuro, una línea de puntitos luminosos, que es Ismailia, y al fin del lago, otra vez la marcha lenta y la hélice que bate el agua reposadamente como si quisiera contar sus golpes y no errar la cuenta.

Bajé al camarote soñoliento y rendido, igual que si hubiera venido por mi pie desde Port-Said hasta el lugar por donde andábamos. Entre sueños, ya, parecióme sentir que el vapor se paraba.

No fue imaginación mía, no, ni invención del sueño; quedos nos estuvimos un buen rato esperando que volviese á flotar un vapor que embarrancara en un recodo. En ese tiempo nos alcanzaron otros cuatro más, y cuando, por fin, pudimos seguir la marcha, echamos canal adelante á la cabeza de la escuadrilla.

Así nos encontró el sol, avanzando lentamente por el cauce, otra vez estrecho, tan igual al que pasábamos al atardecer, que se hubiera podido jurar que era el mismo, si no viéramos ahora en la costa de África una línea de verdura, á modo de alameda, que estaba menos distante de nosotros cuanto más adelantábamos en nuestro camino. La cual, por más que se aproximaba, no llegó á estar bastante cerca para que pudiera cerciorarme de lo que fuese; y cuando aún dudaba si tenerla por acequia de agua de beber ó restos del canal de los Faraones, la angostura por donde marchábamos dió su fin y entramos en plena bahía de Suez.

RAFAEL FARIAS.

## CRÓNICA LITERARIA

---

Del predominio de unos géneros literarios sobre otros.—La novela contemporánea en España.—Novelistas nuevos.—*Capuletos y Montescos*, por D. Luis M. López Allué.—*Huella de almas*, por D. Francisco Acebal.—*Andróminas* (cuentos), por D. E. Gutiérrez Gamero.

Con razón hace notar D. Juan Valera, en un reciente artículo suyo, el florecimiento que está alcanzando entre nosotros la novela. Aunque el hecho es de aquellos que nos muestra claramente la experiencia diaria, me place ver confirmada por un literato de tanta autoridad como el autor de *Pepita Jiménez* esta observación, que he consignado más de una vez en las *Crónicas* de LA ESPAÑA MODERNA al hablar de los novelistas nuevos que van dándose á conocer ventajosamente y que abundan más, y por lo general, consiguen mayor perfección en sus escritos que los cultivadores de otros géneros literarios.

El Sr. Valera da á entender que en el predominio del cultivo de la novela sobre el de los demás géneros, influye, sin duda, el ser éste de los que menos preparación técnica requieren, y para demostrarlo, pone por ejemplo la poesía lírica, afirmando que el poeta necesita saber de antemano más cosas que el novelista, puesto que aquél ha de tener conocimiento de la métrica, ha de saber hallar con facilidad los consonantes y asonantes, y necesita, en suma, poseer diferentes habilidades que no le son precisas al escritor de novelas, el cual, con saber escribir y con poseer el don de observar y describir los

personajes y sucesos que le ofrece el espectáculo de la vida humana, tiene toda la preparación necesaria para cultivar el género de que se trata.

Es indudable que en el cultivo de los géneros literarios, como en el ejercicio de cualquier profesión ó forma de actividad, la facilidad que supone el necesitar menor suma de condiciones previas, contribuye á que sea mayor el número de los que consagren su inteligencia á alguno de estos fines, puesto que naturalmente prefieren los hombres las ocupaciones que no exigen largo y trabajoso noviciado, y á cuyo cabal ejercicio puede llegarse por camino más fácil y expedito. Con todo, á otras causas debe de obedecer el predominio de unos géneros literarios sobre otros en las sucesivas épocas de la historia, pues de lo contrario, los más fáciles hubieran sido siempre los preferidos. Y antes de pasar adelante, bueno es advertir que yo no considero más fácil tarea la de escribir buenas novelas que la de hacer versos armoniosos y bien aconsonantados.

Hay algo de ilusión subjetiva en creer que el predominio de un género es resultado del libre albedrío de los escritores que se dedican á cultivarle, prefiriéndole á las demás manifestaciones literarias. Subjetivamente resulta, en efecto, que cada escritor cultiva el género que más le agrada ó del que espera mayor gloria ó provecho, y cuando concurren en favor de un determinado género las preferencias de un gran número de escritores, entre los cuales los hay de mérito, dicho género prospera, se perfecciona y se sobrepone á aquellos otros menos favorecidos en aquel país y en aquel momento del tiempo. Pero mirando las cosas objetivamente, observamos que el predominio de los géneros literarios no es cosa arbitraria y caprichosa, que podamos atribuir á la casualidad ó al gusto individual de los literatos, sino que se nos muestra guardando tan estrecha relación y tan acabada armonía con las creencias, las costumbres, el género de vida y, en suma, con la civilización de cada pueblo en cada época de su historia, que bien podemos colegir



que el alza y baja de los géneros literarios, la decadencia de unos y la prosperidad de otros, la desaparición de los que han perdido su razón de ser y el nacimiento de los llamados á reemplazarlos, obedecen á leyes históricas semejantes á las que rigen los demás hechos sociales, ó mejor dicho, á las mismas leyes.

Así vemos, en el período que Comte llama teológico, florecer los grandes poemas teogónicos y míticos, desarrollarse la sátira en las épocas de corrupción de costumbres, aparecer los libros de caballería cuando la sociedad está prendada del ideal caballeresco y el Quijote, cuando ese ideal declina. Y dentro de cada género y subgénero, podrían señalarse análogos fenómenos de correspondencia entre el estado y ambiente social y las manifestaciones del arte literario.

Pueden conciliarse los dos aspectos, subjetivo y objetivo, ó si se quiere, individual y social, que ofrece la cuestión del predominio histórico de los géneros literarios. El escritor se guía ciertamente, al consagrarse á la novela, á la poesía lírica, etc., por su gusto ó por la recompensa que espera; pero ese gusto suyo está modelado en el ambiente social, y esa esperanza de conseguir fama y riqueza está fundada en el gusto del público, que á su vez se deriva de las ideas dominantes y del género de vida de cada pueblo. A ningún literato se le ocurriría hoy, para hacerse famoso, escribir una epopeya ó un poema mitológico; y aunque por ventura algunos escriban todavía obras de estas clases, lo hacen como restauradores eruditos de géneros desaparecidos ó poco menos, y sus obras tienen algo, y aun mucho, de reconstrucciones arqueológicas.

La novela no es ciertamente un género nuevo, pero sí es nuevo el hecho de la extraordinaria preponderancia que ha conseguido modernamente sobre los demás géneros. En ninguna otra clase de obras literarias puede comprobarse tan á lo vivo como en la novela lo que hay de verdad en la teoría de Ribot, según el cual la literatura es una mitología degenerada y racionalista (quizá sería más exacto decir positivista).

Según esta doctrina, así como el hombre imaginaba en otros tiempos dioses y portentosas maravillas, hoy se contenta con idear imágenes ó fantasmas de hombres y sucesos humanos, con los cuales forma entretenidas y deleitosas fábulas. Estas son las obras de literatura recreativa. Y si bien se mira, la novela, género de poesía en prosa que apenas tiene límites para su contenido, que permite tratar todo género de asuntos, explicarlo todo, desentrañar lo más complejo de los fenómenos psíquicos y sociales, analizar lo más hondo de los personajes y representar con igual intensidad lo sensible y lo espiritual; la novela, que puede ser, según convenga, sátira, poema, idilio, tragedia, narración, descripción y comentario, es el género que mejor se amolda á las necesidades y á las aficiones de una época como la actual, en que la vida ofrece tanta complejidad, en que hay tal ansia de saber y de experimentar sensaciones nuevas y en que el predominio de lo intelectual sobre lo sensible hace que se dé poca importancia al atractivo musical de la rima, en otros tiempos tan poderoso. Hasta la predilección con que la novela contemporánea pinta escenas y personajes de las clases medias y del pueblo, eligiendo raramente por protagonistas á príncipes y personajes de fuste, corresponde muy bien con el carácter medio democrático y medio mesocrático de la sociedad en que vivimos. Comparando su sencillez y llaneza con el majestuoso y altisonante estilo de la epopeya y de la tragedia clásica, y aun con la afectación y el atildamiento de algunas especies de poesía lírica, como la poesía pastoril del siglo XVIII, la novela es democracia pura; es, dentro de las letras, un hecho correlativo del sufragio universal, de la igualdad ante la ley, y de tantas innovaciones niveladoras introducidas en la sociedad moderna.

\*  
\* \*

Ese predominio de la novela de que venimos tratando, es un fenómeno general que en casi todas las literaturas observa-

mos al presente. Los españoles hemos seguido el movimiento de los demás pueblos como en otras cosas, pero en ésta lo hemos hecho con fortuna, y nuestra novela contemporánea ocupa un lugar honroso entre las de Europa, y exceptuando á la francesa, á la que ninguna disputa el primer puesto, puede la nuestra resistir la comparación con cualquiera de las otras, sin gran desventaja de su parte.

En el desarrollo de nuestra novela contemporánea observamos el signo más evidente que puede dar un género literario de hallarse en pleno florecimiento: la renovación de autores, esto es, la aparición de nuevos novelistas en quienes vemos ya los sucesores y herederos de los que más se han distinguido en este género de escritos. Una generación literaria brillante se extingue pronto, y no basta para desarrollar por completo un género. Pero no sólo tenemos varios novelistas de gran mérito, como Pereda, Pérez Galdós, Varela, la Sra. Pardo Bazán, Ortega Munilla, Palacio Valdés, etc., sino que en estos últimos años se han dado á conocer otros, como Blasco Ibáñez, Unamuno, Gutiérrez Gamero, Pío Baroja, Campión, Arturo Reyes y algunos más, cuyos nombres no acuden en este momento á mi memoria, y á cada paso aumenta con nuevos escritores de mérito la legión de los novelistas.

Dos nombres nuevos hay que apuntar en ella: el del Sr. López Allué, autor de *Capuletos y Montescos*, y el del Sr. Acebal, autor de *Huella de almas*.

Si las citas latinas no estuviesen mandadas recoger, en estos tiempos en que la lengua del Lacio, base ayer de toda la educación literaria y científica, está amenazada de desaparición y acaso llegará á ser pronto una curiosidad erudita; si no fuese por esto, se podría aplicar al libro del Sr. López Allué el conocidísimo *Habent sua fata libelli*. Los libros tienen sus destinos... como los hombres, y los destinos de la novela del señor López Allué han sido hasta ahora poco propicios, puesto que no ha encontrado en la proporción correspondiente á su mérito el calor del aplauso y el pregón halagüeño de la publicidad.

Por mi parte, confieso haber tenido mucho tiempo sobre la mesa esta novela, sin que me decidiera á leerla, y cuando al cabo lo hice, lo agradable de su lectura me hizo arrepentirme de no haber sido más diligente.

Novela de costumbres aragonesas la llama el autor. Me declaro incompetente para censurar el *color local*, lo aragonés de la obra, por no conocer á fondo las costumbres y los rasgos típicos de aquella región, si bien hay en la obra del Sr. López Allué cierto aire de sinceridad que nos induce á creer que los personajes están fielmente tomados de la realidad en sus rasgos provinciales ó regionales, esto es, en sus costumbres, opiniones, y señaladamente en el lenguaje, en la alteración popular del castellano que hablan las personas de esta novela, es decir, aquellas que por su condición se valen del *sermo vulgaris* y no aspiran á usar un lenguaje florido y elegante, guiándose en materias filológicas por el sistema consuetudinario, por la anónima tradición del pueblo y no por el sistema legislativo, ó sea por los cánones escritos de la Gramática y del Diccionario.

Por la indicación que acabo de hacer, se ve cuán relativo es el mérito del *color local*, puesto que sólo una parte reducida del público puede apreciarle debidamente. A muchos lectores de *Capuletos y Montescos*, ó de cualquier otra obra semejante, les pasará lo que á mí: que sólo podrán juzgar de la fidelidad de la pintura de las costumbres locales por esa vaga inducción del *aire de sinceridad* de la obra. Así como en las novelas en que se retratan más ó menos disfrazadamente individuos reales, sólo puede ser apreciada la exactitud y gracia de estas representaciones novelescas por los que conozcan á los modelos, así en las novelas de costumbres provinciales se necesita haber vivido en la provincia en cuestión y haberse familiarizado con sus tipos y con sus particularidades para juzgar de la fidelidad de la pintura. Para la inmensa mayoría del público, las exigencias relativas al color local son las de la verosimilitud, no las de la verdad histórica ó social. Sólo el círculo

pequeño del público local puede apreciar lo local con entero conocimiento de causa. Y excusado es decir que, á medida que cambian las condiciones de lugar y tiempo, es decir, á medida que transcurre el último y varía el primero, por pasar el libro á otros públicos, mediante la traducción ó sin ella (sirva de ejemplo el caso de un libro español leído en América), todo lo que en la obra literaria es determinación concreta de circunstancias históricas ó locales, pierde gran parte de su interés ó lo transforma en interés meramente retrospectivo. Lo que subsiste y dura es lo humano, lo general, lo que no pertenece á tiempo ni lugar determinado. Donde mejor se observa esto es en las grandes obras que nos ha legado la antigüedad. En ellas, todo lo que es determinación histórica, sólo interesa desde el punto de vista arqueológico y erudito; lo que nos encanta en ellas, desde el punto de vista del arte, son sus representaciones de lo permanente de la naturaleza humana, que es lo inteligible en cualquier época. Si dentro de dos ó tres siglos se leen, como es de esperar, las novelas españolas contemporáneas de Galdós, lo que menos interesará en ellas será la pintura de la sociedad madrileña del último tercio del siglo XIX.

Nada de lo anteriormente dicho debe entenderse en sentido de censura para el libro del Sr. López Allué, ni mucho menos significa la pretensión de que se prescindiera en la novela del *color local*, y sean sus personajes ciudadanos de un país imaginario ó indeterminado. Sólo he querido indicar que, por lo general, es secundaria la importancia de ese elemento descriptivo en las novelas, á excepción de aquellas que tratan solamente de presentar cuadros de costumbres.

El asunto de la obra del Sr. López Allué es independiente, por otra parte, de las costumbres aragonesas, que tan sólo forman, por decirlo así, el fondo del cuadro. Como lo indica su título: *Capuletos y montescos*, se trata en esta novela de presentar la lucha entre dos parcialidades locales, cosa común en todas partes. Muy bien figurados están los personajes: Doña Rufina, la hidalga que quiere sostener á todo tran-

ce la primacía de la casa infanzón de los Torralvas, ya medio arruinada; el señor José de la Retora, labriego enriquecido, que viene á ser la exaltación del estado llano frente á la aristocracia tradicional, representada por Doña Rufina; los enamorados Julia y Pablo; el maestro de escuela D. Cándido, y otros, que sería prolijo enumerar, acreditan la maestría del novelista. Como los hechos menudos se enlazan con los grandes, y las variaciones sociales que ocurren en una aldea son reflejo de las que alteran las naciones y los continentes, en la novela del Sr. López Allué vemos, en pequeña escala, el drama histórico representado desde la Revolución francesa; la sustitución de la aristocracia tradicional, que vivía de prestigios y recuerdos, por la nueva aristocracia, ó *burguesocracia*, del estado llano enriquecido. La ficción novelesca tiene, pues, su filosofía, y, lo que importa más, es interesante.

No parece esta obra (aunque lo es) primera producción de un novelista, por el aplomo y seguridad con que el autor procede en el desarrollo de la acción, en el diálogo, en la presentación de los personajes, etc. El autor de *Capuletos y Montescos debuta* de un modo brillante como novelador. Algunas descripciones, como la de los preparativos electorales, la de la rogativa, la del ajuste de las capitulaciones matrimoniales de Pablo y Encarnación por los padres de los novios, tienen una intensa realidad. Y en toda la novela se ve la huella de un ingenio equilibrado y sano que ve con claridad las cosas y las expresa con arte y discreción.

\*  
\* \*

D. Francisco Acebal, autor de la novela *Huella de almas*, se dió á conocer ha poco por el premio que obtuvo en el certamen de novelas cortas abierto por *Blanco y Negro*.

Fundó después la interesante revista *La Lectura*, y ahora se estrena como novelista, dando á la estampa el libro cuyo título acabo de escribir.

De él puede decirse, como del Sr. López Allué, que en su primera obra de este género se nos presenta ya como novelador formado, sin los tanteos, la vacilación y el desequilibrio que se suelen observar en los principiantes, los cuales con dificultad consiguen *impersonalizarse* ó eclipsarse tras los acontecimientos, como requiere la forma dramática de la novela moderna, é incurren frecuentemente en otros excesos y defectos, debidos á su inexperiencia.

El libro de Acebal se distingue por el delicado gusto que en sus páginas revelan así la forma exterior del estilo, como la concepción psicológica de los personajes y la representación plástica de los sucesos. El Sr. Valera dice que el autor de *Huella de almas* abusa un poco de los diminutivos. Es cierto. La naturalidad es la gran preocupación de los novelistas modernos, y no desdeñan medio alguno para que el estilo parezca familiar y llano. Por eso el defecto que el autor de *Pepita Jiménez* señala en esta novela, y que es ciertamente un pecado venial, puede descubrirse igualmente en obras de maestros.

En *Huella de almas* no hay grandes conflictos psicológicos, ni tampoco grandes dramas exteriores. Reina en esta novela el ambiente de tranquilidad y placidez de las existencias obscuras y modestas, que se mantienen alejadas de las grandes tormentas de la vida. El mal supremo de que ningún sér temporal se libra, la muerte, da, sin embargo, una nota de melancolía á sus páginas. El atractivo de las vidas sencillas y los amores tranquilos que tan bien describe y pone en acción el señor Acebal, es comparable al interés que despierta á veces en nosotros un bosquejo solitario de un paseo, que nos parece plácido retiro, ó una calle apartada del bullicio de las arterias urbanas principales, en cuyas casas silenciosas coloca la imaginación la morada de existencias que se deslizan suavemente, como el agua de un río. Quisiéramos echar el ancla en estos lugares, á los cuales la inquieta inventiva de la fantasía presta el encanto de una misteriosa calma. Igualmente se deleita el ánimo en la serena atmósfera de esta fábula novelesca.

*Huella de almas* es una novela de amores, de amores honestos de los que van por sus pasos contados á la vicaría. El protagonista ama sucesivamente á dos hermanas; muerta la primera, su cariño pasa como por una transmisión natural é invencible á la segunda. Con gran habilidad ó espontánea inspiración (para el efecto es lo mismo) están vencidas las dificultades que en una novela tierna y sentimental ofrece este asunto, tan dado á caer en lo cómico; y digo á caer, porque caída habría en efecto, en que resultase cosa festiva el segundo amor que pone término á la viudez espiritual del novio. Las segundas nupcias, aunque sean espirituales las primeras, son un tema escabroso y difícil para la poesía que quiere mantenerse en el terreno ideal y sublime del amor, pues parece que un gran amor ha de llenar forzosamente la vida, cuando la flaqueza é inconstancia, propias de la condición humana, demuestran á cada paso lo contrario. Pero el Sr. Acebal ha sabido sortear acertadamente estos escollos, y expresa de un modo muy feliz la disolución, digámoslo así, del primer amor en el segundo, al cual llega en cierto modo á incorporarse aquél, quedando reducido á un suave y tierno recuerdo, al culto á una sombra querida, tutelar y amiga.

Mucho puede esperarse, en verdad, de un novelista que tan felizmente comienza.

\* \* \*

Para terminar, diré algunas palabras de la notable colección de cuentos, titulada *Andróminas*, que acaba de dar á la estampa el excelente novelista Sr. Gutiérrez Gamero, de cuya novela *El ilustre Manguindoy* hablé tiempo atrás á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA.

Como la novela, el cuento tiene entre nosotros muchos y buenos cultivadores.

Recientemente se han publicado varios libros de esta clase, dignos de mención, entre ellos *Sanos y enfermos*, de Fran-



cos Rodríguez, que, además de ser un excelente periodista, es un literato de positivo mérito; *Fuertes y débiles*, de Gabriel Briones, y *La tristeza de vivir*, de León Roch (Francisco P. Mateos), ambos también periodistas muy expertos y buenos escritores; *Las flores rojas*, de Rodrigo Soriano, periodista igualmente, de espíritu batallador en política y de gusto muy culto, depurado y selecto en materias de arte y literatura. Sin dificultad se explica la preferencia de los periodistas por este género de relatos cortos, ya por el hábito de brevedad que se adquiere escribiendo periódicos, ya porque siendo esta ocupación muy absorbente, no suele dejar los ocios necesarios para proponerse con constancia escribir obras de considerable extensión.

El libro del Sr. Gutiérrez Gamero contiene, tras una notable carta dedicatoria dirigida á Unamuno, diez cuentos, casi todos primorosos, ninguno indigno de la pluma del autor de *Sitilla*. Hay en estos cuentos, no sólo la natural variedad de asuntos, sino la del tono y el punto de vista desde el cual considera el escritor los lances de la vida humana. Predomina en ellos la nota satírica, pero más cercana á la ironía filosófica del *humour* británico que á la franca carcajada rabelaisiana, que se refocila con lo picante y lo subido de color. No todos los cuentos, sin embargo, son humorísticos; *Santiaguillo* es un relato tierno, sentido, conmovedor, de los que llegan al alma. La tristeza y el desamparo de la orfandad están expresados de un modo magistral en este cuento, que me parece el mejor de la colección, aun figurando en ella otros tan ingeniosos como *A caza de gangas*, *El rasgo de Pañizosa*, *Vicenia Augusta* y *Polín de Navajas*.

El autor de *Andróminas* ha sabido vencer la gran dificultad de este género, que consiste en ser expresivo sin dejar de ser conciso. Su dominio del idioma y la elegante naturalidad de su estilo, completan los méritos de fondo y forma de esta colección de cuentos.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# REVISTA HISPANOAMERICANA

---

SUMARIO: ESTADOS UNIDOS. — Adquisición de una isla en las Azores. — Propositiones para la venta de las Antillas danesas. — Los depósitos de carbón norteamericanos en el Perú y el Ecuador. — La venta de la isla del Carmen en Méjico. — Aprobación por la Asamblea cubana de la enmienda Platt. — Aplazamiento de la concesión de la independencia para después de la celebración del Congreso Panamericano. — Aspecto que éste ofrece, deducido del éxito de la Exposición de Búffalo y de la actitud de Chile y el Perú en la cuestión del arbitraje. — Guerra de opinión suscitada en los Estados Unidos contra Europa. — El *americanismo europeo*. — El fracaso anticipado de la Conferencia Panamericana de Octubre. — Lo que dice *La Nación*, de Buenos Aires. — Paralelo entre los egoísmos capciosos del pensamiento yanqui y la espléndida generosidad del pensamiento argentino. — Sucesos últimos de esta República. — El mensaje del Presidente Roca. — Las maniobras navales. — La unificación de las Deudas. — Las fiestas mayas. — El Congreso de la Prensa.

La aproximación de los Estados Unidos á Europa es ya un hecho que descansa sobre una tentativa más de elocuencia indiscutible. Desde Washington han anunciado á toda América las Agencias telegráficas que el Gobierno norteamericano está negociando con Portugal la cesión de una de las islas Azores para establecer en ella una estación carbonífera. Si esto es así, como lo parece, demuestra que la famosa doctrina de Monroe, que consagra el exclusivismo de América para los americanos, no es una ley de reciprocidad; pues si bien no admite que Alemania pueda establecer un depósito de carbón en la isla Margarita perteneciente á Venezuela, los Estados Unidos, que en la ocupación de Hawai y de las Filipinas y en una de las islas Marianas han demostrado que su pensamiento es adquirir po-

sesiones en otras partes del planeta fuera del continente americano, se arrogan la facultad de esta libre expansión, sin respeto á la condición recíproca que debía surgir de lo que ellos se empeñan en constituir como un estado de derecho respecto á los territorios del Nuevo Mundo. Aunque los despachos de Washington revelan cierta confianza en la posibilidad de que el Gobierno del Rey Carlos acceda á lo que el de Mac-Kinley solicita, no se puede creer que Portugal quiera desposeerse de ninguno de los territorios que forman su poder colonial. La influencia que de Londres se ejerce sobre las resoluciones de esta gravedad del Gobierno lusitano, no ha de ser favorable á la cesión. La inteligencia entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña no establece una alianza tan íntima, que en Washington pudiera esperarse que también coadyuvara en esta ocasión al éxito de su empeño. Inglaterra sabe bien que los Estados Unidos es sólo un amigo circunstancial de hoy y un rival peligroso de mañana. El choque que se ha de verificar más temprano ó más tarde entre los dos continentes, ha de tener por inexcusable campo de acción el mar, y ha de estar sostenido principalmente por estos dos combatientes; pues cuando los Estados Unidos se consideren con fuerza suficiente para poder disfrutar la supremacía de los mares, á lo que visiblemente camina, no ha de tratar de adquirirla sobre potencias navales de rango secundario, sino que ha de procurar ir desde luego á la cabeza, como España en el siglo xvi fué en el Mediterráneo contra el poder otomano, y como Inglaterra, desde la desgraciada expedición de la *Invencible* hasta la sangrienta jornada de Trafalgar, únicamente se propuso concluir con el poder militar de España en el Atlántico. Dejar aproximarse á los Estados Unidos á Europa y adquirir posiciones estables que, en caso de un conflicto, le sirvieran de base de operaciones, no puede estar en el pensamiento ni en las condescendencias de Inglaterra respecto á los Estados Unidos, con quienes toda América ha presenciado la actitud, á la vez serena y firme y resuelta, que ha mantenido ante la cuestión del Canal de Nicaragua, la

cancelación del tratado Clayton Bulwer y las enmiendas no admitidas hechas por el Senado americano al tratado Hay-Pauncefote. No obstante, si los Estados Unidos, por cualquier camino—que no lo creemos—pudiera recabar de Portugal la cesión de la isla que solicita en el archipiélago de las Azores, inmediatamente España tendría que ponerse de nuevo en guardia, pues es indudable que en la escala de progresión con que la política de los yanquis, con admirable perseverancia, persigue la consecución de sus proyectos, podría fijar otra mirada ambiciosa sobre el archipiélago de las Canarias, sobre las que trabajan sin descanso muchas ambiciones.

\*  
\* \*

La fiebre de expansión que se ha apoderado de los Estados Unidos, ni sosiega, ni cede, ni se mitiga. Las negociaciones para la adquisición de las Antillas danesas, si hemos de creer al *Sun* de Nueva York, avanzan siempre en el sentido de un arreglo satisfactorio con el Gobierno de Copenhague, y parece que el Ministro del Rey Cristián, en Washington, ha presentado al departamento del Estado las proposiciones siguientes, como términos previos para proceder á la formalización de la venta: 1.º, la población de Santa Cruz, Sant Thomas y San Juan será convocada á un plebiscito para decidir si las tres islas deben continuar bajo la nacionalidad dinamarquesa, ó si quieren pasar á formar parte de la Unión norteamericana; 2.º, si el plebiscito es favorable á los Estados Unidos, los habitantes de las islas pasarán inmediatamente á ser, no sólo súbditos de los Estados Unidos, sino además ciudadanos de esta República, con todos los derechos de los individuos nacidos en el territorio de la Unión; 3.º, los Estados Unidos pagarán por las islas á Dinamarca cuatro millones de dollars al contado; 4.º, los productos de las tres islas serán admitidos, libres de derechos, en todos los Estados de la Unión.

Si estas proposiciones son ciertas, lo que todavía no puede

afirmarse, es indudable que serán aceptadas por el Gobierno de Mac-Kinley, y que la cesión será un hecho que no tardará el telégrafo en comunicarnos. En lo que la diplomacia yanqui parece que hasta ahora no adelanta un solo paso, es en las negociaciones entabladas con el Perú y el Ecuador, cuyos Gobiernos están solicitados para ceder, el primero, un territorio sobre la costa del Pacífico para el establecimiento de un depósito de carbón, y el segundo, la venta del archipiélago de los Galápagos.

Tampoco adelanta nada lo de la curiosa dispensa reclamada al Gobierno de Méjico para que permita al súbdito norteamericano Sr. Viosca, vender á un sindicato yanqui, formado en la Paz de la Baja California, la isla del Carmen, que Viosca cree pertenecerle por haber sido adjudicada, cuando las guerras memorables de Libertad y Reforma, á uno de sus antecesores, de quien él las ha heredado, por el Gobierno de Benito Juárez, como recompensa de ciertos servicios prestados. La Cancillería mejicana, que carece de documentos sobre esta adjudicación, sospecha y sostiene que en la isla del Carmen sólo debió otorgarse á Viosca la explotación de las salinas que en dicha isla se encuentran, pero de ningún modo lo que constituye la soberanía inalienable, que sólo corresponde á la del Estado. De cualquier modo, Méjico no permitirá la substanciación de hechos que hagan presumir algún día que la isla es un territorio anexionado ó anexionable á los Estados Unidos.

\*  
\* \*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATUNDO BARCELONA DEL

La que á todo cede y se somete es Cuba. Su Asamblea constituyente, aunque por un solo voto de mayoría, ha aprobado al cabo la enmienda que á su Constitución se impuso por la moción del senador O. H. Platt. Este se ha creído en el deber de explicar el espíritu de su enmienda, por medio de un artículo publicado en *The Worlds Work*, con el título de *Cuba y los Estados Unidos*. En él ha examinado el problema cubano

bajo el punto de vista de la anexión y bajo el de la constitución de la isla en una República independiente. Por ahora excluye la idea de la anexión hasta que entre la población que la habita y la de los Estados Unidos, el tiempo y la educación formen las condiciones bajo que la asimilación fuera más fácil que ahora, porque el pueblo cubano actualmente nada tiene de común con el pueblo yanqui. Pero mientras esas condiciones se cultivan y se adquieren, el senador Platt cree que los Estados Unidos no pueden quitar á Cuba el cingulo de las andaderas con que debe ser llevada de la mano. Platt no podía dejar de recordar la doctrina de Monroe para justificar la protección material y continua que los Estados Unidos están obligados á ejercer sobre Cuba para asegurar su conservación, no pudiendo correr peligro ésta sino de alguna influencia ó de alguna invasión europea. Para rechazar el peso de toda influencia exterior, Cuba tiene que quedar desnuda de relaciones personales internacionales, y no teniendo diplomacia, ejército ni armada, los elementos de previsión sobre las eventualidades futuras, y los elementos de defensa en el caso de cualquier conflicto, tienen que residir, de hecho y de derecho, en el protectorado de los Estados Unidos, en su derecho de revisión de todos los actos de la Administración cubana y en la presencia personal de algún aparato de su fuerza en las costas de la misma isla.

Lo más curioso del artículo del senador Platt, es lo que da cuerpo á las pretendidas previsiones de los Estados Unidos sobre la acción que sobre Cuba pudiera ejercer cualquiera nación del viejo continente. «Nuestro trabajo — dice — fue hecho solamente á medias, cuando Cuba fué libertada de sus opresores. Una nación que echa abajo el mal Gobierno (!) de un vecino, debe hacer que se constituya otro Gobierno en buenas condiciones. Las naciones tienen derechos que conservar é intereses que proteger, y esta doctrina se extiende ahora en el mundo mucho más que antes. Por el derecho natural, no sólo por su propio interés, los Estados Unidos están obligados á

mantener en Cuba un buen Gobierno y hacer que su política siga ese derrotero. No debemos evadir esta responsabilidad. El nuevo Gobierno de Cuba, que no puede tener un ejército ni una armada, tiene esparcidos por varios mercados de Europa más de seiscientos millones de pesos de bonos españoles, emitidos por el Tesoro de Cuba y que carecen hoy de garantía, después de la intervención norteamericana (?). La mayor parte de esos bonos están en poder de súbditos alemanes y ciudadanos franceses. Es más que probable que, careciendo Cuba de medios de defensa, los Gobiernos de esas naciones demanden su inmediato reconocimiento. La única garantía que puede tener Cuba para evitar ese atentado, es la fuerza y el poder de los Estados Unidos.»

Nos tienen los norteamericanos acostumbrados á su manera particular de presentar las cuestiones y discutir, y no asombra ya á nadie los argumentos de que se valen para justificar sus actitudes. Además, ya toda discusión sería baldía. La Convención Cubana, aunque por un solo voto, ha aprobado ya la enmienda del Senado americano introducida en su Constitución, y ya en Cuba no hay que hacer más que prepararse á adquirir las condiciones con que su población pueda ser asimilable á la población de los Estados Unidos. Entonces, si en Washington no se dispone otra cosa, que indudablemente se dispondrá para mucho antes de que ese caso pueda llegar, entonces será la oportunidad de discutir sobre la anexión. Con todo, en Washington ya se le dijo á Méndez Capote y á la comisión Cubana: «*Pedid la anexión: más tarde ó más pronto, ese ha de ser vuestro destino: pedid la anexión, pero no desde aquí, desde la Habana.*» Aprobada la enmienda, tampoco será inmediata la declaración de la independencia. Se anuncian plazos, el menor para Diciembre; pues aunque Cuba probablemente concurrirá al Congreso Panamericano de Octubre próximo en Méjico, conviene que allí no hable sino al dictado de lo que le imponga el General Wood.

\*  
\* \*

Verdad es que acerca del Congreso Panamericano de Octubre próximo hay mucho que hablar. Es innegable que el resultado de la Exposición de Búffalo ha arrojado no un buche, sino un río de agua, sobre cuanto toma el carácter del exclusivismo interesado de la gran República del Norte. Los mismos periódicos de Nueva York no ocultan que al mes de abierta, nadie tiene nada que hablar ni escribir sobre un suceso que había sido anunciado con tanto bombo y que ha costado algunos sacrificios de consideración. El discurso de Roosevelt, en lugar de inflamar los entusiasmos que pretendía, ha contribuído á hacer caer la venda de todos los ojos, y en todas partes se han tomado notas de las declaraciones que contiene, pero en seco y sin comentarios. El empeño de los Estados Unidos en levantar todo el espíritu de la América de las dos lenguas contra los peligros europeos, no hace sino poner en descubierto más y más el peligro de la absorción yanki, que es el único real y efectivo que queda patente en las palabras de Roosevelt y del senador Lodge, después de estas diatribas contra los europeos, tan oficiosas y tan injustificadas. Los intereses de América no están en la sumisión á la especie de vasallaje que, como preliminar de otras intenciones, á título de panamericanismo y de la doctrina de Monroe, de Washington se trata de imponer sobre todas aquellas jóvenes Repúblicas independientes, ni en entregar las producciones que son el nervio de la prosperidad de aquellos pueblos á los monopolios sin freno de los *trusts* de Nueva York. América quiere la libertad de sus relaciones con Europa, de donde recibe sin cesar un río de beneficios, y con quien cada día fomenta más y más las relaciones y los intereses del tráfico, y cada país de la América latina tiene en sí mismo fuerzas propias y suficientes para hacerse respetar, rechazando, si fuera preciso, cualquier invasión extraña que sobre sus respectivos Estados pudiera caer. Pero ¿de quién y contra quién hay que recelarse y precaverse contra esos soñados peligros europeos? ¿Es, por ejemplo, peligro europeo para la República Argentina, en es-



tos momentos, el fácil apoyo que en los tenedores de sus deudas y en los banqueros de Londres ha encontrado para proyectar su unificación? ¿Cuántos tenedores de deudas argentinas hay en los protectores Estados Unidos? Lo repetimos: en toda la América latina, el discurso de Roosevelt no ha hecho más que atizar las desconfianzas, siempre crecientes, que se abrigan contra los sostenedores del panamericanismo en las grandes ciudades de los Estados Unidos, y todo el mundo no ha hecho más que tomar con desdén notas, así de sus exhortaciones á la formación de la gran unión panamericana, como á la pretendida oposición hacia las llamadas ambiciones europeas y á los llamamientos contra la expansión del comercio continental, «*al cual también—dice el orador—ha llegado la hora de poner trabas*».

\*  
\* \*

Que de algún tiempo á esta parte en toda Europa se observa una gran corriente de atracción hacia lo que se llama *americanismo*, es indudable; pero esta corriente, que se nutre de movimientos de simpatía hacia toda la América de sangre ibérica, en nada atenta á la libertad, á la personalidad ni á la independencia de ninguno de los 18 Estados que la forman y de los 62.850.000 habitantes que los pueblan (1).

(1) Según los últimos censos verificados al finalizar el siglo, la América latina tiene en la actualidad la siguiente población:

Brasil.....	18.000.000
México.....	14.000.000
Argentina.....	5.000.000
Chile.....	4.000.000
Colombia.....	4.000.000
Perú.....	3.500.000
Venezuela.....	2.500.000
Bolivia.....	2.000.000
Ecuador.....	1.800.000
Guatemala.....	1.500.000
Haití.....	1.500.000

Lejos de tender á ninguna clase de monopolios, ni en el tráfico ni en los tratados que con ellos se celebran, lo que en Europa se discute son los *trusts* de la gente especuladora del Norte; y si se proponen ligas y se formulan protestas como las que la *Kolnische Zeitung* recientemente ha propuesto, no es contra la libertad del comercio de las Repúblicas hispano-americanas, sino contra los promovedores de esos *trusts* que inconsideradamente amenazan con una perturbación profunda á la producción, al comercio y á la economía de todo el universo. Ese *americanismo* europeo tiende realmente á apoyar ese gran movimiento de unidad sudamericana que explícitamente se ha planteado ya en el Congreso científico de Montevideo, y hasta el mismo *Morning Post*, de Londres, al celebrar ese movimiento, para el cual ve admirablemente preparadas todas las condiciones que le favorecen, lo reconoce como un movimiento de interés universal, exigido por conveniencias que estima oportunas, lógicas y racionales, y no titubea en declarar que, promovido primeramente en el Congreso Hispanoamericano de Madrid, dará lugar á todas sus consecuencias, para bien de las naciones americanas que en él toman parte y para bien de la civilización y de la humanidad. Claro es que á la perspicacia del *Morning Post* no se escapa que este movimiento de unión sudamericana, ó mejor

Santo Domingo.....	1.000.000
Uruguay.....	1.000.000
Salvador.....	1.000.000
Paraguay.....	800.000
Nicaragua.....	500.000
Honduras.....	450.000
Costa Rica.....	300.000
	62.850.000

Contando con la población de sangre y habla española de Cuba y Puerto Rico esta cifra pasa de los 63.500.000 almas, y aún habría que añadir á ella la de los Estados que fueron antiguas colonias de España ó provincias de Méjico en los Estados Unidos, de donde la sangre latina y el idioma castellano aún no se ha logrado proscribirlos.

dicho, de unión iberoamericana, es un movimiento isócrono, en oposición al movimiento de la unión panamericana, iniciado y sostenido por las ambiciones absorbentes de los Estados Unidos; pero su pasión de raza no le impide inclinarse resueltamente del lado en que se defienden los intereses salvadores que se relacionan con el bien de toda la humanidad.

Se censura á este *americanismo*, que impulsa á Alemania á enviar á las Repúblicas hispanoamericanas que lo han solicitado los maestros y jefes y oficiales de sus Academias militares para extender por aquel mundo, juntamente con la educación de las armas, la organización de ejércitos y de todos los elementos de la guerra y de la defensa; pero cuando aquellos países piden á Alemania sus soldados, sus ordenanzas militares y sus armamentos, no es porque se proponen defenderse contra esa misma Alemania que los auxilia, sino contra otros enemigos que de más cerca los amenazan. Venezuela, que desde la cesión de Puerto Rico á los Estados Unidos por el Tratado de París, se halla bajo el peso incesante de alguna reclamación diplomática ultrajante, de alguna presión material de fuerza y de toda clase de amenazas de parte de sus ya por esta razón vecinos Estados Unidos, parece que condesciende con conceder al Gobierno imperial de Guillermo II una estación carbonífera en la isla Margarita, en cambio del suministro de los armamentos de que tiene necesidad. La casa Krupp le construye 40.000 rifles de repetición, y en varios arsenales alemanes algunos destroyers del sistema Schickau y otros buques militares; pero el Presidente Cipriano Castro, digan lo que quieran, en retribuída convención, la *Saturday Review* de Londres y el *New York Sun*, no hubiera entablado estas negociaciones sin los ultrajes que con motivo de las reclamaciones de las Compañías norteamericanas, que acudieron á explotar los pozos de asfalto, se han hecho sufrir al Gobierno venezolano, ultrajes que debían ser considerados como los preliminares capciosos de otras empresas de mayor humillación. De todas maneras, la isla Marga-

rita no vale lo que los territorios que los Estados Unidos han inducido para que se otorguen á Inglaterra en el laudo de las Guayanas. En Europa, Pietri-Daudet, desde Amberes, excita á todo el viejo continente á interesarse en la política, en la cultura, en la prosperidad de los pueblos de la América latina, cuya intimidad de relaciones con los pueblos de este continente puede ser fuente poderosa y perenne de todas las solidaridades de la política, de la riqueza y de la civilización común; y en la Argentina, *La Nación*, el periódico del ilustre General Bartolomé Mitre, responde á estas excitaciones:— «Sumamente beneficioso es para toda la América de nuestra sangre el movimiento que se nota en Europa hacia nosotros, sobre todo después de la celebración del Congreso Hispanoamericano de Madrid, que lo ha despertado. Hay que secundar con toda resolución este movimiento, que estrecha las relaciones de Europa entera con nuestros pueblos latinos. Las extensas regiones que se desarrollan desde el antiguo imperio de los aztecas hasta la encumbrada mansión de los cóndores, deben prestarse solícitas á esta fraternal acogida de la mente europea. El hecho se explica. Las Repúblicas latinoamericanas, que sólo tratan de robustecerse pacíficamente por la educación, la economía y el tráfico cordial con los demás pueblos, no pueden menos de cooperar á la necesidad que por todas partes se siente de detener algo la desmesurada ambición de los Estados Unidos, que amenazan tragarse el orbe.»

\*  
\* \*

No es, por lo tanto, preciso que la cuestión del arbitraje, que en tan gran desacuerdo pone los intereses particulares de las dos únicas Repúblicas verdaderamente rivales que existen en todo el continente latino, Chile y el Perú, sea la manzana de la discordia que haga abortar el objeto íntimo del Congreso Panamericano de Octubre próximo en Méjico, como ya ha abortado la tendencia ínterin preliminar de la Exposición de

Búffalo. Cuando en un principio los periódicos de Lima, alborozados, publicaban el programa del Congreso, creyendo que de sus resoluciones podría el Perú sacar alguna ventaja para sus pleitos territoriales, de sostener los Estados Unidos los efectos de retroacción que llevaba aparejada la consagración del principio jurídico internacional del arbitraje obligatorio, *El Tiempo*, de aquella capital, cantaba una especie de *trágala* contra Chile, y restaba de la concurrencia á Méjico, á los delegados de esta República y á los de sus aliados de una y otra banda de los Andes, cortos en número y en poder material, porque á su vez se creía robustecido con alianzas como las de la Argentina, el Brasil y Bolivia, que en cualquier evento hubieran podido inclinar la balanza del éxito en su favor. Se han vuelto las tornas. Al representante de Chile en los Estados Unidos, Morla Vicuña, el Ministerio de Relaciones Extranjeras de la Casa Blanca ha dado, al cabo, seguridades de que los acuerdos que en la conferencia de Méjico se tomen acerca del arbitraje, sólo se referirán al porvenir y en manera alguna serán aplicables á lo pasado; y esta declaración, comunicada por telegrama de Washington á Lima, tal efecto causó en la capital del Perú, que no sólo se protestó en el acto en todos los periódicos contra ella, sino que se trató que el acento de su contrariedad se repitiera en las Repúblicas amigas de las dos faldas y de las cumbres de la cordillera.

La verdad es que el dualismo que surgió desde la primera invitación que los Ministros norteamericanos dirigieron á las Cancillerías sudamericanas cerca de los Gobiernos con quienes estaban acreditados, en los primeros meses del año pasado de 1900 entre los dos criterios irreconciliables profesados por Chile y el Perú, delineó de tal modo su carácter de absoluta incompatibilidad, que ya desde entonces pudo sospecharse que el conflicto sería inminente é irresoluble. Riva Agüero, Ministro de Relaciones Extranjeras del Perú, contestando el 10 de Abril al Ministro yanqui acreditado en Lima, Mr. Iwing B. Dudley, se asoció presurosamente y con entu-

siasmo á la idea del Congreso bajo el supuesto de que en la acción de los Estados Unidos se esforzarían «para establecer entre los pueblos americanos la unión estrecha que á la vez que acreditara su prestigio ante los demás, *extendería y normalizaría sus propias relaciones sobre bases de común derecho y recíproco respeto;*» mas Errázuriz Urmeneta, que ejercía el mismo cargo en el Gobierno de Chile, con fecha 21 de Mayo contestó á la comunicación de invitación del Ministro yanqui Henry L. Wilson: «Si, como es de esperar, dada la rectitud de intención y el sentido pacífico del Gobierno invitante, el programa de la proyectada conferencia fuere tal que satisficiera los anhelos de los Estados americanos, *no se prestase á suscitar entre ellos cuestiones enojosas y no pretendiese tomar resoluciones de carácter retroactivo, avocándose el conocimiento de asuntos actuales ó pasados en que tenga interés cualquiera de estos Estados,* mi Gobierno aceptará gustoso la invitación que se le hace....» Después de estas manifestaciones, un año entero hace que dura la polémica diaria en las relaciones de Gabinete, en la prensa periódica y conferencias y discursos especiales como los pronunciados en el Ateneo de Santiago de Chile por Gonzalo Bulnes, y Chile no ha dado una respuesta categórica sobre su asistencia al Congreso hasta que en Mayo último su Ministro en Washington, Morla Vicuña, recibió del Subsecretario de Estado Mr. Hill, en ausencia del Ministro John Hay, las seguridades de que en la cuestión del arbitraje sólo se resolverá en el sentido de que su aplicación «no tendrá efecto sino para las cuestiones futuras y no para las que actualmente se discuten, y menos, por supuesto, para las pasadas». Estas seguridades no se han dado por Mr. Hill á Morla Vicuña, sino después de haber sido la cuestión puesta al debate y al acuerdo de los vocales que componen la Oficina de las Repúblicas Americanas en Washington. La petición de Chile fué llevada al Comité Internacional por el mismo Secretario de Estado, y la resolución del Comité fue favorable á lo pretendido por Chile. Mas como esta resolución modifica una

parte del programa del Congreso, y este programa, que había sido redactado por el mismo Comité, fue pasado á la Cancillería mejicana y por el Gobierno de Méjico comunicado á las Repúblicas invitadas, las cuales, conformándose con él, ofrecieron su adhesión y prometieron concurrir, desde el momento que ha sido modificado, ha movido escrúpulos en muchas de estas Repúblicas, que han amenazado con dejar de asistir á la conferencia.

El Gobierno de Méjico, lejos de comunicar la modificación, se ha limitado á reservar la comunicación que ha recibido de la Secretaría de Estado de Washington para dar de ella conocimiento al Congreso en sus sesiones preliminares; pero el Perú ha reclamado así en Méjico por medio de su agente diplomático el Dr. Maurtua, como directamente por su propia Cancillería, y el telégrafo ha comunicado á Méjico, á Washington y á Europa que, dada la actitud asumida por Chile y las seguridades que en la Casa Blanca se han dado á sus pretensiones, se abstendrán de concurrir al Congreso la Argentina, el Uruguay, Bolivia, el Perú, el Brasil y el Paraguay, si antes no se les garantiza que en las sesiones de Méjico «podrán tratar ampliamente, y sin restricciones de ninguna clase, la cuestión del arbitraje y tomar cuantas resoluciones se consideren oportunas para dar inmediata aplicación». Los Ministros del Perú y Bolivia en Washington formalizaron esta abstención en notas de oficio, que pusieron en manos del Secretario de Estado, y Mr. Hay ha contestado al Ministro peruano Alvarez Calderón «que una vez acordadas las excepciones del arbitraje, presentadas por Chile, como condición de su aceptación, es imposible volver atrás de lo que se ha resuelto». El *World* y la *Tribune*, de Nueva York, á pesar de todo, confían en que las gestiones que hace la Secretaría de Estado eviten á todo trance las abstenciones; mientras toda la prensa sudamericana á coro proclama que la informalidad cometida demuestra la mala fe con que se las trata, y que desde luego puede darse por fracasada la conferencia internacional. Hasta

la sesuda *Nación*, de Buenos Aires, que refleja las opiniones del General Mitre, no puede ocultar que son graves estas complicaciones, y dice explícitamente que «á medida que se conocen los antecedentes relativos á la conferencia Panamericana, se fortalece la convicción sobre la poca seriedad con que en Washington se procede, y en un artículo que titula *El Congreso Panamericano y sus complicaciones*, se leen ideas como las siguientes:

«Nuestra diplomacia debe renunciar á la ingenuidad con que se prestaba á secundar el Congreso Panamericano, como una iniciativa sincera de solidaridad moral americana»...— «Nuestra actitud debe ser de espectadores...»—«El primer deber de solidaridad lo tenemos con nosotros mismos, y con Congreso Panamericano ó sin él, nuestra política comercial y económica no obedece á más móvil que al de la propia conveniencia. De modo que si alguien hubiera creído que á la sombra de la solidaridad internacional y de sentimentales y abstractas declaraciones podían apanñarse planes de expansiones gratuitas ó exclusivas, deben darse cuenta de que hemos salido de esa infancia en que era fácil establecer estas tutelas que se pretenden, y los que las abriguen en su pensamiento, deben renunciar á tales devaneos.»

El cuadro bosquejado, que no es más que un pálido bosquejo de lo que en estos momentss se está discutiendo en los Gabinetes y en la prensa de toda la América latina, como preliminar de la Conferencia Panamericana de Octubre próximo, ¿no es la demostración palmaria que nos acercamos á la segunda derrota del panamericanismo yanqui, que ya ha sufrido en Búffalo un desengaño tan elocuente?

\*  
\* \*

Mientras la política yanqui ocupa toda la actividad de su inquieto pensamiento entre los proyectos de la capciosidad con que disfraza sus ambiciones desapoderadas y las coalicio-



nes del agio, simbolizadas en sus tremebundos *trusts*, el espíritu se ensancha al ver la proba y perseverante tarea impuesta á sus deberes por los Gobiernos hispanoamericanos de levantar su fuerza y su prestigio de las naturales consecuencias de un afán que no descansa en promover y realizar empresas que á la vez llevan por simpáticos signos de su generosidad el engrandecimiento y la prosperidad por el trabajo, y la verdad y la honradez por garantía. El mes último se ha señalado en la América del Sur por una suma considerable de acontecimientos de carácter público, de que ha sido teatro la Argentina, y que sucediéndose sin tregua unos á otros, á la vez que parece que entre sí se emulan por revelarse á cual más gallardos, forman un conjunto digno de atención, porque en sí entrañan la inmensa vitalidad que en la República del Plata se desarrolla.

El primero de estos sucesos ha sido la reapertura de las Cámaras y el Mensaje del Presidente Roca. ¿Cuáles son los puntos radicales que abraza? El de las relaciones americanas; el de la situación económica, así del país como del Gobierno; el del fomento de las relaciones comerciales y de la emigración, y el del arreglo y unificación de las Deudas. La Argentina del lado allá de la cordillera, sólo espera con Chile la resolución de Inglaterra en el largo pleito de la frontera andina. «Las dos naciones están dispuestas á aceptar la decisión arbitral.» Sobre las orillas del Atlántico presenta, como prenda de pensamientos pacíficos, la aproximación al Brasil después de la visita de su Presidente Campos Salles. El cuadro económico del país se bosqueja bastante bien con los resúmenes de algunas cifras. El presupuesto se ha cerrado en *superavit*. Las rentas calculadas para 1900, produjeron mayores rendimientos en todas sus entidades; y respecto á la Deuda del exterior, después de diez años de suspensión, han vuelto á reanudarse las operaciones de amortización, destinando al servicio de 1.º de Julio la suma de 1.300.000 libras esterlinas, de las que estaban ya localizadas en Londres un millón de libras oro.

El crédito nacional se mejora en términos, que el 4 por 100 exterior, que á principios del 900 se cotizaba á 51,50, se ha valorizado á los 68 en que ahora se halla, y hasta el 98 ha llegado en el mismo período de tiempo el 5 por 100. El Banco Nacional crece siempre en continua prosperidad, y el movimiento del tráfico exterior ha ascendido á un valor de 268.085.481 pesos oro, de los que han correspondido 154.600.412 á la exportación y 113.485.069 á la importación. Por último, la emigración jamás cesa en su corriente continua, y en el año último han entrado en el territorio argentino 105.000 emigrantes de diversas nacionalidades del Viejo Mundo. A este estado de prosperidad que camina siempre en feliz aumento, se ha impuesto la oportunidad de un despejo necesario en las complicaciones del crédito público, mediante un proyecto de unificación de las Deudas exteriores que tenga por objetivo: primero, disminuir el servicio de la Deuda pública en cinco millones de pesos oro anuales, más ó menos; segundo, refundir y consolidar en un solo título argentino de igual interés y amortización los treinta empréstitos actuales, y tercero, pagar el saldo de la Deuda flotante en Europa, que vence en el presente año y en el próximo por un valor de 18.000.000 de pesos.

El pensamiento económico del Gobierno del General Roca no ha podido menos de ser juzgado con tonos satisfactorios por los periódicos de Londres, que reflejan las impresiones del Stock-Exchange, y, como es natural, lisonjea y abre el camino á la confianza y á la seguridad de una situación financiera, que á fuerza de solicitud, probidad, asidua atención y economía, cada vez resulta más desahogada. El nuevo servicio de amortización ha sido recibido con explícitos aplausos por la *Westminster Gazzette* y el *Daily Mail*. En Alemania y Francia se ha considerado verdaderamente consoladora la firmeza con que la Argentina marcha resueltamente á soluciones que llegarán á levantar su crédito al grado que Méjico lo ha hecho en la administración de Porfirio Díaz; y aunque no faltan periódicos que, como el *Financial Times*, el *Financial News* y el

*Economist*, que á fuer de presumir de profesionales, se encierran en la expectación de los resultados, ello es que en el fondo de todos los juicios se nota un voto unánime de esperanza en favor de los esfuerzos argentinos, que da el grado de la simpática observación con que se contempla su gallardo desenvolvimiento.

\* \* \*

Si de los progresos económicos de la Argentina se pasa al aparato majestuoso con que organiza el poder material con que procura afianzar su posición, su inviolabilidad, su influencia y su porvenir, la hermosa y opulenta República del Plata gana también cada día en consideración, conforme se la ve consagrar una atención sabiamente dirigida á la organización de aquellos elementos defensivos, que si tal vez sólo le sirvan por mucho tiempo de respeto respecto á todas sus fronteras terrestres, en el mar le son absolutamente necesarios, teniendo en su vasta extensión territorial costas tan dilatadas, aun poco pobladas y la mayor parte sin fortalezas, donde en cualquiera de las convulsiones en que es de presumir que entre la América meridional el día en que los problemas panamericanos ofrezcan cualquier otro aspecto que el paternal y pacífico que ahora simulan, la Argentina se vea en el caso de desplegar sus fuerzas, no ya sólo para defenderse á sí misma, sino para cumplir la halagüeña misión con que el destino la brinda en todo el continente que nuestra raza ocupa. A la revista naval que ha tenido lugar del 15 al 20 de Mayo en el puerto Belgrano, han concurrido con 299 bocas de fuego los acorazados *San Martín*, *Puñyrredón*, *Belgrano*, *Garibaldi* y *Brown*; los cruceros *Buenos Aires*, *9 de Julio*, *25 de Mayo* y *Patria*; el cazatorpedero *Espora*, los destroyers *Corrientes*, *Misiones* y *Entre Ríos*, y los avisos *Bahía Blanca* y *Gaviota*. Ha habido hermosas maniobras mandadas por el Contralmirante Solier; ejercicios de tiro con luz natural del día, y de noche con reflectores eléctricos; simulacros

de desembarco; cargas á la bayoneta, y en el almuerzo oficial y de gala ofrecido al Presidente Roca, á quien acompañaba el Ministro de Marina Betveder y un gran número de Senadores, Diputados y otros personajes conspicuos de la política y de la Administración, el General Presidente pronunció un discurso de tonos elevados, cuya síntesis se encerraba en el siguiente período: «El Gobierno, el honorable Congreso y el pueblo todo de la nación, están satisfechos del espíritu de orden, trabajo, disciplina y nobles emulaciones que reinan en vuestras filas; confiando que sabréis conservar estas costosas y respetables máquinas navales listas, sin que les falte un tornillo ni un grano de pólvora para levar el ancla á la primer orden; que no olvidaréis jamás, en ningún caso, que lleva cada una de ellas en su tope la bandera argentina, y que el amor á la patria y á la gloria son el móvil más poderoso de las grandes acciones en la guerra.»

¡Tiene razón en enorgullecerse de su actual poder naval la República que lo ha creado tan igual y tan formidable por el noble esfuerzo de tantos colaboradores insignes que, alentados por el amor de la patria, fueron capaces de precaver las exigencias del porvenir! De los trece buques de combate reunidos en Puerto Belgrano, el acorazado *Brown* data de la época de Avellaneda; el *25 de Mayo* y el *Espora*, del de Pellegrini; el *Garibaldi*, el *Buenos Aires*, el *Patria*, y los destroyers *Entre Ríos*, *Corrientes* y *Misiones*, de la de Sáenz Peña, y el *San Martín*, el *Belgrano* y el *Puuyrredón*, de la de Uriburu. Pero allí estaba presente el General Roca, creador del nuevo Ministerio, que imprime á esta fuerza autonomía y unidad, y allí mismo, al tener la complacencia de evocar el recuerdo glorioso de su primer Ministro de Marina, Rivadavia, al lado de su también glorioso sucesor Betveder, reivindicó también para sí un título que la Argentina le reconoce entre los propulsores insignes de esta institución en que ya descansa la plena confianza de la seguridad nacional.

Como inmediatamente, después de la revista naval de

Puerto Belgrano, vinieron las fiestas de la Independencia, *La Nación*, en medio de sus solemnidades, publicó un número extraordinario de diez y seis páginas para resumir la idea de la situación actual de las fuerzas de mar y tierra que la Argentina posee. La Armada nacional argentina está constituida por ocho grandes acorazados, de 6.840 á 1.535 toneladas de desplazamiento y de 46 á 2 cañones de diversos calibres; cuatro cruceros de 4.700 á 1.530 toneladas y de 34 á 16 cañones; dos cruceros torpederos de 1.070 y 520 toneladas y de 10 á 7 cañones; tres cazatorpederos; ocho torpederos de mar y seis torpederos de río. Estos buques de combate tienen como auxiliares tres cañoneras, diez transportes, un buque-escuela, seis avisos, una grua flotante, una cisterna, un polvorín, tres pontones, los cinco barcos de la flotilla de Río Negro, tres faros flotantes, siete remolcadores y el guardacosta del Río de Santa Cruz. Todo este material flotante, que forma el poder naval de la República Argentina, desplaza 39.673 toneladas y está artillada por 436 cañones.

\* \* \*

Al espectáculo de la fuerza sucedió inmediatamente el espectáculo de la organización del principal instrumento que hoy tiene la difusión de la inteligencia. Este espectáculo, contraído á la celebración de un *Congreso de la prensa argentina*, fue prometido cuando se verificó el aún reciente centenario de la publicación del primer periódico que se fundó bajo la dominación española en el antiguo virreinato del Río de la Plata. Sus sesiones han tenido lugar del 27 al 31 de Mayo; lo ha presidido el Dr. Estanislao Zeballos; han asistido, en presencia ó representación, todos los que profesan ó han profesado en los Estados de la República el periodismo, y entre estruendos aplausos recibió en su primera sesión la adhesión escrita del General Mitre, y formulada así:

Bartolomé Mitre saluda á la comisión directiva del Círculo

de la Prensa, representante de la institución que mantiene encendida la antorcha de sus principios tradicionales, dando unidad á sus trabajos, y se adhiere con todas sus simpatías á su iniciativa para celebrar su primer Congreso nacional conmemorativo, agradeciendo la invitación que ha tenido á bien dirigirle, con el sentimiento de no poder concurrir personalmente á sus sesiones, pero acompañándolo con sus votos por su mejor éxito, en la esperanza de que agregará una nueva página memorable á la historia de la prensa argentina, á la vez de ilustrar sus cuestiones de actualidad, promoviendo sus intereses y sus progresos.

Juntamente con el Congreso se ha verificado una *Exposición de diarios*, y los temas más importantes de que se han tratado versaron sobre *la moralidad en la noticia; la difusión del periodismo; la propaganda política por la prensa; el duelo, el suicidio y el crimen; los corresponsales ¿son periodistas?; los redactores militares; los periodistas extranjeros; las escuelas de periodistas; Asociaciones nacionales y de socorros mutuos de la prensa, y los Congresos periodísticos*. Indisputablemente son interesantísimas las conclusiones acordadas respecto á cada uno de estos temas; pero no cabiendo todas ya aquí, deben ser conocidas en un trabajo especial y más extenso. El Congreso terminó con un gran banquete de despedida, en cuyos brindis quedó proclamada la unidad de la gran familia del periodismo argentino.

\*  
\* \*

El espectáculo franco, leal, abierto de todas estas cosas, que, constituyendo la vida pública de la Argentina, imprimen un carácter tan noble, progresivo y tan generoso á aquella nueva sociedad americana, hemos de confesar que ofrece más atractivos que el de las miras solapadas y astutas de la política de los americanos del Norte, que se disfrazan con máscaras de intenciones elevadas y grandes, para ocultar tras ellas

tendencias que aniquilan el espíritu de los pueblos, encerrándolos en un estrecho recinto que no tiene otros límites ni horizontes que los del engaño y el interés. El latido de la vida nacional argentina vibra más alto, en su propia espontaneidad y sencillez, que el latido de la vida política panamericana, que mintiendo y ofreciendo grandezas hiperbólicas, encierra á los individuos y á los pueblos en las estrecheces donde siempre viven, en perpetua fiebre de codicias criminales, los agios del *trust*. En todas las emociones que hemos referido de la vida argentina palpita la alegría del bienestar presente y la alegría de la esperanza futura; es decir, todo lo contrario de lo que transpira la vida en aquella ya corrompida sociedad norteamericana, en que sólo se meditan la absorción de los incautos, por las astucias de la falacia, la irresolución de las empresas, como se ha visto en la de los canales, las emboscadas de la avaricia, como en las asociaciones mercantiles de Morgan, ó las horas y las semanas de locura que estos días se han descrito por el telégrafo norteamericano, á propósito de las especulaciones escandalosas en Wall Street, entre los grupos de Gould y Harrison y de Morgan é Hill, sobre el ferrocarril Northern-Pacific. Uno de estos despachos así describe la escena de la mañana del 2 de Mayo, antes de la hora oficial de la cotización, á la puerta de la Bolsa: «Mientras llegaba, dice, la apertura de la Bolsa, salían de la multitud gritos y exclamaciones, blasfemias, ruegos y amenazas. Los policeman, apretados por la gente, se hallaban en la absoluta imposibilidad de intervenir, y dejaban que un ruido cubriera al otro, resultando una algazara infernal. A las once de la mañana, hora en que se abrieron los portones de la Bolsa, puede decirse en verdad que Wall Street era un infierno suelto. Mil y cien corredores corrían, atropellando cuanto hallaban en su camino, gritando los precios de las acciones, que abrieron con un alza repentina de 120 puntos. A los pocos momentos las acciones del Northern-Pacific se cotizaban con un alza de 300, y minutos más tarde á 400 puntos. A las once y cincuenta,

pasado meridiano, el alza había llegado hasta 1.000 puntos. Los corredores, sin sombrero, con las levitas hechas jirones, haciéndose entender con ademanes de energúmenos, arrojaban excelentes valores á cualquier precio, con tal de poder pagar. Esas ventas representaban pérdidas enormes, que afectan á todas las plazas de América y de Europa.»

Los americanos del Sur, en medio de su vida, todavía un poco atrasada con relación á la de los americanos del Norte, sin duda alguna no votarán por que éste sea el único panamericanismo verdadero que los Estados Unidos les ofrezcan en las insinuantes ensaladas de rosas, curtidas con vinagre, con que les han invitado para la Exposición Panamericana de Búffalo y para el Congreso Panamericano de Méjico.

Hay que guardar la ropa; hay que saber resistir.

Iob.



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—ESTUDIOS HISTÓRICOS: Psicología del amor en el siglo XIX.—LITERATURA: Conferencias y conferenciantes.—Pompeyo Gener y las literaturas castellana y catalana.—Pérez Galdós.—La muerte de los dioses.—Los copleros de Montmartre.—Herejías literarias.—ESTÉTICA: La poesía y la vida.—BIOGRAFÍA: La juventud de Leonor Duse.—PSICO-FÍSICA: Psicología del pudor.—FILOSOFÍA: El pensamiento místico.—Pensamientos de Tolstoi sobre el sentido de la vida.—CUESTIONES SOCIALES: Reformas sociales en España.—IMPRESIONES Y NOTAS: La segunda enseñanza.—La religiosidad en la juventud japonesa.—Dos nuevos sueros.—La mujer y la familia en la Manchuria.—París bajo el consulado.—Napoleón y la señora de Stael.—La medición de la sensibilidad.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS

PSICOLOGÍA DEL AMOR EN EL SIGLO XIX. — A mediados del siglo — dice Miguel Salomón en la *Revue Bleue* — Michelet lanzó un gran grito de alarma; las gentes se amaban poco, y los nacimientos disminuían; Francia estaba enferma. Mucho antes, en 1837, otro teórico del amor, que viajaba observando lo que pasaba á su alrededor, se asombraba de encontrar en los jóvenes «almas de setenta años»; las «realidades burguesas» — como las llamaba Jorge Sand — se sobreponían ya á todo sentimiento.

¿Quién hubiera podido prever semejante huelga del amor algunos lustros antes? En los triunfantes años del consulado Francia se embriaga con su savia, prodigándola sin regateos; ama con alegría, con pasión brutal, sin pararse en cortesías,

abolida la noción del pudor. Bonaparte pretendió restablecer la moral pública; pero tras un revoque de decencia en la fachada, la licencia del Directorio prosiguió en el interior. El nuevo tipo de mujer es la mujer *imperio*, sin virtud, pero imponente, severa, altiva de porte y de tocado, con los cabellos á la antigua, cuello alto y traje de líneas rectas, enamorada de laureles y trofeos y sentimental hasta caer en todas las debilidades. *Werther* y *René* flotan ya en la atmósfera, y están á punto de hacer estragos en aquellos tiernos corazones. El énfasis sentimental es rasgo bastante frecuente en los soldados del Imperio; sin hablar de Luciano, aquella *garrafa de horchata*, como le llamaba su hermano, que escribía á la señora Recamier (Julieta), excitándola «á pensar en Romeo con aquella turbación deliciosa que es la aurora de la sensibilidad», véase la ampulosidad con que Bernadotte expresa á la misma señora «la amistad y la ternura que inflaman por ella su alma amante».

Abiertos de nuevo los salones, se habla, se murmura y se ama, pero no como antes; los supervivientes de la gran tragedia revolucionaria se entregan al amor gravemente, dolorosamente. Hecha la restauración, los pensadores conquistan los corazones como antes los conquistaban los militares del Imperio. Es la moda de los suspiros rimados, y las mujeres se entregaban entre espasmos á quienes mejor sabían expresar en verso sus sentimientos; entonces se amó, y se amó mucho, cuando el siglo tenía veinte años. Pocos años después, el atento viajero Stendhal observa en los jóvenes la afectación de «no encontrar ningún placer en compañía de las mujeres»; y cuenta de un sarao en una quinta de Borgoña donde los mozos dejaron libre el campo á los viejos; el matrimonio por amor está desacreditado, burlándose los jóvenes de semejantes debilidades, y preocupándose tan sólo del dote que deben exigir á la mujer con quien se casen. Ocho días antes de su muerte, Begle confesaba que las mujeres «no eran ya de moda».

¿Desde cuándo este cambio? Desde 1830. ¿Es que se había

extinguido la ardiente llama del lirismo? Lamartine no había creado todavía su *Jocelyn*; Musset no había escrito sus *Poesías*, y Jorge Sand estaba preparando sus *Indiana*, *Valentina*, *Lelia* y *Santiago Mauprat*, verdaderos trozos de prosa lírica. La literatura de los jóvenes de 1837 no se eleva, sin embargo, más allá de las *Memorias* de la Dubarry, la Pompadour, Fleury, etcétera, donde se ven gentes que ganan mucho dinero, y cuya vida se alegra de cuando en cuando con escenas de libertinaje. Este era el gusto general; y los libreros no tardaron en ponerse á su nivel, comenzando entonces la difusión de la «literatura industrial», denunciada por Sainte-Beuve. La bandera del ideal dejó de flotar. Se ha dicho que el sistema censual, que reservaba los derechos políticos á los ricos, contribuyó á esta transformación, y es posible. Tocqueville, sin embargo, imputa á la preponderancia de la clase media este rebajamiento universal; los instintos de esta clase, instintos de enriquecimiento, de ahorro, de egoísmo, dieron al Gobierno el aspecto de una gran Compañía industrial, prosperando el tipo de los contrastistas y empresarios, gentes «operadas del sentido moral», como Dumas hijo las llamaba, que tuvieron su encarnación en el *Roberto Macario* de Philippon, llegando á su más alto desarrollo épico en el *Bautrin*, de Balzac.

Balzac es el pintor nato de esta época; para él lo moral está determinado por lo físico, y el amor especialmente le parece mal librado de sus orígenes animales. Augusto Comte elaboraba al mismo tiempo su positivismo con sus ribetes sentimentales del culto público y privado á la mujer, como primer grado del culto fundamental de la humanidad. Comte, sin embargo, con su estrechez de miras, era el menos autorizado para ser el restaurador del amor, á pesar de su devoción caballeresca y de su ritual del culto erótico. La depresión se acentuó, y Scribe ofreció á la sociedad el grado de ideal que necesitaba: la naturaleza humana, tomada desde el boulevard Bonne-Nouvelle, es decir, ni muy ancha ni muy profunda; lo novelesco con surtido de positivo, de intriga y de goce; el industrialismo adorna-

do, elegante y dorado. Es realmente lo bastante para llenar sus sueños, añadiendo los brillantes ocroneles con los gloriosos galones de sus uniformes flamantes. La República de Febrero, á pesar de las generosas aspiraciones de algunos de sus hombres, no sólo ya pudo contener, sino que aceleró este movimiento. La propiedad atacada identificó su causa con la del orden, y se hizo la tercera persona de una trinidad compuesta por la religión, la familia y la propiedad.

El segundo Imperio empezó por una novela, que fue el matrimonio del Emperador, desquite del sentimiento á expensas de la política. Weiss exagera sin duda al decir que entre el 2 y el 10 de Diciembre de 1851 el aparato nervioso de la raza sufrió un súbito endurecimiento; pero es evidente que el materialismo práctico progresó extraordinariamente bajo Napoleón III, efecto de una prosperidad sin ejemplo. Taine y Renán dominaban las inteligencias, y á ellos sobre todo es debida la difusión de la fe en la ciencia, que fue la religión de tantos espíritus. El artículo fundamental del credo de 1850 es el de la ciencia reducida á los hechos, y la explicación de los hechos por los hechos; con un poco de transformismo, algo de progreso, de selección natural y de eliminación de los débiles, se tiene el compendio filosófico de las gentes cultas del tiempo, cierto apetito de goce con repugnancia por toda pasión, un epicureismo con salsa de ingenio, una *guasa* cuya irreverencia llega á todo: tal es el carácter de la época, cuya expresión encontramos en *La bella Elena* con su estúpido Aquiles y su Menelao con clámide amarilla.

En 1867, Dumas hijo, decía en el prólogo de *La Dama de las Camelias*: «Hay que reconstituir el amor en Francia», repitiendo la advertencia formulada por Michelet y renovada por Aubray. El amor es la base del matrimonio, asiento de la familia en que se funda la sociedad; este es el axioma del dramaturgo, que, sin embargo, excluye el amor de la existencia del hombre superior, como derivativo inútil y peligroso de las fuerzas que el genio debe concentrar sobre un pensamiento

único. «En estado de naturaleza—dice,—el amor es una necesidad estúpida de nuestros sentidos; en estado de sociedad, una sobreexcitación ficticia de nuestra imaginación.» Augier representa mejor su tiempo: burgués de nacimiento y de espíritu, encarna la *poesía* de la clase media preponderante; se ha podido preguntar si en todo el teatro de Augier hay un solo enamorado; el amor á la mujer es sustituido por el amor al dinero, con el que se tiene todo, incluso la mujer misma.

No parece que la catástrofe del año terrible haya producido cambio alguno en nuestras costumbres. La sola novedad digna de atención es una moda, bastante efímera, de diletantismo, personificada en el héroe de *Mentiras* de Bourget; se bosquejan intimidades, vigilándose uno mismo para detener á tiempo el brote del sentimiento; se presta todo sin entregar nada. Así enriquece uno su experiencia embelleciendo su yo, convertido en un mosaico de sensaciones.

Sobre la moral de la generación siguiente, la que ahora llega á la madurez, tenemos un documento precioso: la *Confesión de un hijo del sitio*, es decir, de un nacido en París en Enero de 1871, de Miguel Corday. ¿Cuál es la sensibilidad de estos jóvenes? Flaubert profetizaba á la Francia de Napoleón III que haría echar de menos por su bajo realismo á los burgueses de Luis Felipe; hoy, ser *segundo imperio* equivale á «ser conmovedor». Desde el colegio la pasión del juego domina á los jóvenes, y los grandes sucesos públicos les sirven de temas de apuestas y los libros de Zola circulan en sus salas de estudio. ¿Se necesita más para marchitar á un joven? Marcelo Riviere maldice, con razón, la influencia de ese triste genio de la novela contemporánea. ¿De qué amor han de ser capaces espíritus así desflorados? Nada que se parezca á corazón se encuentra en las frases amorfas de estos fantoches del vicio.

¿Y el matrimonio? Se va á él como á una carrera, porque hay que colocarse; pero se va, aun así y todo, cada vez menos. La crisis del matrimonio es la cuestión del día; el divorcio, que se creyó mejoraría las cosas, es tenido por una modificación ano-

dina por los apóstoles del evangelio de la dicha, y hasta la unión libre, por lo que tiene de fijo, no les satisface; el «amor libre» es el que proponen como fin á nuestra ascensión en lo futuro. El teatro, por otra parte, se encarga de rematar con sus adulterios fáciles esta disolución á que asistimos, y el público sin moral que aplaude comprueba el juicio de Bourget, que ve en el nihilismo moral la última forma del mal del siglo.

Y sin embargo, como en todas las épocas de gran sensualismo, el misticismo ha reaccionado. Después de Zola, vienen Tolstoi, Ibsen, Mœterlinck. Amores de almas, celos de almas en decoraciones legendarias, con refinamientos y quintas esencias, nos revelan las figuras del novelista flamenco; crisis de conciencia, rescates por sacrificios, inmolaciones al ideal, pone en escena el escritor noruego; un realismo que se baña siempre en el misterio, con una caridad activa, á veces dolorosa, es la característica de las creaciones de Tolstoi. Y algo de todo eso va penetrando en nosotros, y almas llenas de elocuencia han lanzado á las generaciones nuevas el *sursum corda*.

## LITERATURA

CONFERENCIAS Y CONFERENCIANTES.—Recuérdese la sátira mordaz é ingeniosa de Pailleron—dice Chevallier en la *Revue Bleue*—tanto sobre los profesores de bien decir para mundanas idealistas, como sobre los jóvenes *arribistas* (1): en *El mundo donde uno se aburre* se ve al profesor Bellac, exaltado hasta las nubes por su auditorio, con motivo de una conferencia so-

---

(1) El francés llama *arriviste* al hombre que persigue el logro de una alta posición, de un nombre ilustre, porque su ideal es «llegar», *arriver* á la meta de sus aspiraciones. En castellano tenemos *arribar* en el mismo sentido, y no hay inconveniente en aceptar el neologismo *arribista*, que expresa perfectamente la misma cosa que el *arriviste* francés, ajustándose á las leyes neológicas de nuestra lengua.

bre el amor.—¡Oh, soberbio!—clamaba la señora de Saint-Reault.—¡Bello, bello, bello!—vociferaba, delirante, la señora Arriego.—¡Ideal! ¡Sois uno de los dioses de mi Olimpo!—suspiraba la señora de Loudan, poniendo los ojos en blanco.—En los *Farsantes* se veía la banda de los Tomates, Asociación de admiración mutua, en la que músicos, periodistas, pintores, escritores, médicos y magistrados, todos charlatanes astutos, hacían del salón del vanidoso advenedizo Laversée la tribuna de sus apologías personales. «Empezad por tener éxito—decía uno—y siempre habrá alguien que os encuentre talento.»

Desde entonces, el número de los farsantes ha crecido, y hoy son un verdadero peligro para la nación, ocupando ó empuñándose en ocupar los puestos de los hombres de mérito, rectos y sencillos, á quienes paraliza y ahoga la falta de audacia y de espíritu de intriga. Hoy han extendido su campo de acción, y no se presentan ya con la espalda apoyada en la chimenea de un salón, sino que aparecen en salas públicas, donde se paga la entrada, habiendo escalado las tablas del escenario público.

Hasta 1890, los intelectuales de la burguesía parisiense no tenían para pasar la tarde más que los cursos del Colegio de Francia, la Sorbona y las conferencias semanales del Odeon; los conferenciantes eran personas conocidas, que exponían sus ideas sobre toda clase de asuntos, y el público pertenecía á todas las clases burguesas sin distinción de camarillas ni de partidos. Desde aquella época empieza la transformación, y la antigua conferencia literaria ó científica se ve reemplazada por la presuntuosa *causerie*, hija de la farsa y de la vanidad. Sarcey encanta al auditorio con razón; pero la competencia nace, y cómicos, poetas, dramaturgos, novelistas, críticos, periodistas y hasta mujeres, se lanzan á la lucha para conquistar un público. Su voz se convierte, de paternal y docta, en acariciadora; el gesto pasa de la sobriedad á la abundancia, y los asuntos dejan de ser clásicos para ser raros, extravagantes, nuevos á toda costa.

La evolución del género ha ido marcándose cada vez más. Hoy, casi todas las conferencias se hacen á dúo; uno ejecuta, canta, recita ó baila y otro explica y comenta: así sucede con «La ingenuidad fin de siglo y el cuaderno de una cantante», con audiciones de Iveta Guilbert; «La risa y las lágrimas en la canción moderna», con Felicia Mallet; «La Danza en los siglos XVI y XVII», con bailes dirigidos por el señor X..... La *causerie* sufre como todos los caprichos de la moda: ayer se inspiraba en las canciones célebres con sus intérpretes ó creadores; hoy en el soplo místico de las religiones del extremo Oriente y del ocultismo, de los misterios de las misas negras y de la hechicería medioeval.

Pero la farsantería no había llegado á su apogeo. Había que encontrar algo nuevo, y se encontró. Ya por medio de la prensa venían los autores cebando al público con más ó menos ingeniosos y lisonjeros reclamos; pero la gente, que no está enterada de los guisos del periodismo, mordía el anzuelo, dudando un poco de la paternidad del elogio. Con las conferencias ya no hay ilusión posible; el autor sube á las tablas y alaba su persona y sus obras para seducir á la clientela.

El colmo de la evolución se encuentra en la explotación de los asuntos amorosos. El éxito de los libros de refinamiento sensual era un indicio, y no había más que seguir el camino abierto. Así lo hicieron los conferenciantes, dándonos los *Gritos de amor*, las *Canciones ardientes* y, sobre todo, la *Teoría del beso*... Y no son los conferenciantes los más culpables, pues al fin tienen la disculpa de su ambición, sino ese público ávido de emociones sensuales, vanidoso y pueril, fruto de un medio social corrompido y un ambiente deletéreo. ¿Qué público es ese? No es burgués como el antiguo, sino mundano, es decir, salido de los salones; ese mundo en el que ya no domina ninguna religión, no puede vivir sin ídolos. Acapara los que existen y los enseña como animales raros, creando y protegiendo los que están en vías de desarrollarse para poder vanagloriarse algún día de haberlos lanzado. Y poseído de esa fiebre de amor



propio, sin medir el alcance de sus actos, se hace cortesano de la audacia, y creyendo servir al arte, erige un pedestal á la farsa.

\*  
\* \*

POMPEYO GENER Y LAS LITERATURAS CASTELLANA Y CATALANA. —De un interesante artículo publicado sobre Pompeyo Gener, el genial, eruditísimo é incorrecto autor de *La muerte y el Diablo*, por José León Pagano en la *Rassegna internazionale della letteratura e dell' arte contemporanea*, extraemos los trozos siguientes, lamentando el tono pesimista, por fortuna equivocado, del ilustre escritor catalán sobre el porvenir político y literario de España:

—¿Qué piensa usted de la actual literatura castellana?—pregunta Pagano.

—Pienso—contesta Gener—que hoy es inútil hablar de literatura castellana. ¿Existe acaso? Me refiero á lo que debe entenderse por una literatura. Hay grandes individualidades en el movimiento literario español contemporáneo, bastando citar un nombre, Pérez Galdós, que es el más grande literato español después de Cervantes, y por añadidura, gran pensador y dramaturgo; es un elemento sano, casi único, pero no vayamos más allá. Y no quiero con esto decir que deban olvidarse algunas figuras, importantes en todos sentidos: la señora Pardo Bazán, Valera, Palacio Valdés y Picón tienen indudablemente grandes méritos; pero no constituyen un centro, son figuras aisladas. La poesía lírica, por ejemplo, parece condenada sin remedio. Campoamor ha muerto, y Núñez de Arce casi no escribe ya. Por lo demás, prefiero no ocuparme de literatura castellana; como núcleo, no creo en ella. ¿La crítica? Hablemos de los críticos, será más serio. Podré citar á Menéndez y Pelayo. ¡Qué crítico tan admirable! ¡Qué amplitud de criterio! ¿Habéis visto su estudio sobre las obras de Lope de Vega? Un crítico católico que declara que «un eclesiástico bien puede permitirse el lujo de tener una querida, si se

llama Lope de Vega»... ¡Hermoso, hermoso y grande sobre todas las cosas (1).

—Y de la literatura catalana, ¿qué dice usted?

—Que tiene lo que falta á la castellana, es decir, que está sostenida por generaciones espléndidas y renovadas, y no por personajes aislados; que constituye un movimiento más compacto y más importante en el fondo, aunque en verdad el renacimiento catalanista en la esfera literaria haya tenido años atrás mayor importancia. Hoy las energías conscientes parecen dedicarse á la política. La política lo absorbe hoy todo, todo. Muchos de nuestros hombres, los más preclaros, como Guimerá, por ejemplo, único poeta dramático verdaderamente grande de España (2), se han dedicado completamente á la política. No obstante, no puede decirse que la literatura catalana esté relegada á segunda fila, sino que ocupa la primera. Y se explica, porque entre nosotros ha ocurrido un redoblamiento de actividad.

Nosotros los catalanes—añadía Gener—somos y nos declaramos *supernacionales*. Lo que nos pone en desacuerdo con el resto de la Península, además de la raza, es precisamente el desnivel intelectual. Mientras en el resto de España (3) se mira todavía hacia atrás, vegetando en dudosas glorias pasadas, y las demás provincias consideran á Madrid como superior y van allí á buscar enseñanzas, los hijos de Cataluña, desde hace muchos años, van á Francia, Alemania, Bélgica é Inglaterra. Esto ha producido una comunión de corrientes con el resto de Europa, mientras España ha quedado reclusa en

---

(1) No resistimos al deseo de protestar contra semejante arranque de entusiasmo por cosa que tan poco lo merece, pues en verdad que si Menéndez Pelayo no tuviera otros títulos al aplauso del público inteligente, no sería digno del buen nombre que lleva.

(2) ¡Perdonen las almas de Ayala y Tamayo! ¡Perdone Echegaray tanta herejía!

(3) El original dice «en España»; pero no queremos manchar ni aun por referencia nuestra pluma escribiendo herejía semejante, como si España fuera una cosa y Cataluña otra.

sus anticuadas ideas. El comercio y la industria, por otra parte, han puesto á Cataluña en relación con las demás partes del mundo y la han enriquecido; hoy, por lo mismo, se siente fuerte, rica, inteligente, mientras el resto de España no es más que una mancha negra, como Turquía en el otro extremo de Europa. Cataluña, que es un cuerpo vivo, no quiere permanecer ligada á un cuerpo muerto, y de ahí el movimiento regionalista.

\*  
\* \*

PÉREZ GALDÓS; ideas y proyectos.—Como á Pompeyo Gener, Pagano visitó á Galdós, teniendo la fortuna de encontrarle relativamente locuaz, pues en él es característico el callar, y cuando le piden su biografía, contesta que se reduce á dos palabras: «he pasado mi vida entera trabajando».

Pasando de uno á otro tema, hablaron de *Bodas reales*, el último episodio de la tercera serie, y le hizo notar el poco interés con que la prensa se había ocupado de esta obra.—«No os maravilléis—respondió con natural indiferencia,—yo no mando mis libros á ningún periódico; mejor es que no se ocupen de un libro si no lo han de hacer con seriedad.»

—¿Pensáis iniciar otra serie de *Episodios nacionales*?—preguntó Pagano.

—Sí, la cuarta, que empezará el año 48 y acabará con la revolución de Setiembre; en el primer volumen entra Italia con la política de Pío IX.

—¿Y empezaréis pronto la nueva serie?

—Relativamente pronto, sí; pero antes quiero dar algo al teatro, pues la causa que persigo producirá así efectos más inmediatos y eficaces; la comunicación entre las ideas del autor y el público es más directa, y por lo mismo, el resultado es de mayor energía.

—¿Habéis ofrecido un drama á la Comedia francesa?

—Sí, *El abuelo*, aunque sabiendo de antemano que no había de conseguirse la representación, porque allí no se admite

nada extranjero; sin embargo, se ha hecho una excepción con Goldoni, y la opinión de Claretie me es muy lisonjera. Estoy en tratos para este drama con Novelli, y si la cosa se arregla, asistiré á la representación, pues siento gran deseo de volver á Italia.

Pagano intentó hablar de asuntos religiosos, pero Galdós permaneció en este punto inexpugnable; después de haber publicado ochenta tomos que contienen su modo de pensar, no había para qué obligarle á hacer declaraciones en materia tan conocida. Si hubiera querido hablar, habría dicho de seguro: «España es el país más irreligioso del mundo, sin que signifiquen nada en contrario las manifestaciones teatrales de devoción, antes políticas que religiosas; me río de la piedad de un pueblo como Madrid, que tanto habla de religión y que no tiene un templo digno, no ya de Dios, sino de un hombre de gusto.»

—¿Qué receta daríais á España para levantarla de su prostración?

—El aire libre. España se parece al enfermo de aprensión, cubierto de emplastos y vendajes; arrójelo todo, y el cuerpo recobrará su vigor.

Preguntándole si son de temer en España nuevos disturbios y desmembraciones, Galdós dijo: «España padece de incubos, soñando con despojos y mutilaciones horribles; esto es absurdo y pueril, y contra semejante pesimismo debemos protestar, afirmando nuestra fe en el derecho y en la justicia, y negando que la fuerza sea la única ley del porvenir; no nos mostremos arrogantes, pero tampoco siniestros y fatídicos.»

\*  
\* \*

LA MUERTE DE LOS DIOS.—El joven novelista ruso Demetrio Mereshkowski se presenta al público, sin buscarlo ni pretenderlo quizá, como un contradictor del autor del *¿Quo*

*Vadis?* Dice un articulista francés que Mereshkowski es un nietzschista conciliador, un hombre que querría á Cristo con Satanás, la ley de los fuertes con la de los débiles; en *La muerte de los dioses*, sin embargo—dice en *La Rassegna Internazionale* Enrique Corradini,—más bien se muestra nietzschista puro que conciliador; también se afirma que Mereshkowski es un cristiano intuitivo que se cree pagano, lo cual podrá ser cierto en sus obras futuras; pero en *La muerte de los dioses*, primera parte de una gran trilogía, se muestra admirador convencido del paganismo, especialmente del paganismo helénico, teniendo gran simpatía por su protagonista Julián el Apóstata, y por su tentativa de restauración del culto pagano, lo contrario de lo que aparece en el *¿Quo Vadis?*

Es un error de los lectores creer que en *¿Quo Vadis?* agrada la parte cristiana; lo que agrada es la parte pagana precisamente; á despecho del autor, Nerón, con sus coronas de rosas, sus banquetes, sus juegos sangrientos; Petronio, con su rubia enamorada y su viril y serena muerte; la romana Afrodites y el romano Marte, han contribuído al prodigioso éxito de la novela mucho más que San Pedro y la mística Ligia y las Catacumbas; la voz cristiana más grata y conmovedora parte del rudo pecho del bárbaro Ursus, en quien se junta la fe de un niño con la fuerza de un Hércules.

¿Obtendrá *La muerte de los dioses* algún éxito semejante, en pro ó en contra del Olimpo ó del Calvario? ¿No es el sentimentalismo cristiano producto de la hipocresía y de la debilidad, más bien que de una generosidad sincera? Mejor sería que los débiles, antes de imponer sus leyes á los fuertes, procurasen ser fuertes ellos mismos. Cuando Mereshkowski admira á Pedro el Grande, porque osó soñar en la restauración de la autoridad que Europa había heredado del antiguo imperio de Roma, y á Pushkin, porque puso en evidencia el carácter anticristiano del genio, pensaba Corradini hallar en sus páginas materia de asentimiento entusiasta por profesar idénticas

doctrinas, dejándole, por el contrario, frío la lectura de *La muerte de los dioses*. Juliano mismo parece un histérico ó epiléptico furioso de estos tiempos, más bien que el héroe homérico descrito por Ammiano Marcelino; ni siquiera su serena muerte helénica ha iluminado los ojos del escritor ruso; el Juliano de Mereshkowski no es un heleno, ni un romano, ni hombre ninguno superior.

Y sin embargo, en el tejido de la vida exterior de su protagonista, Mereshkowski sigue al historiador antiguo. Juliano y su hermano Galo, únicos parientes no sacrificados por Constancio, aparecen en el castillo de Macellum entregados á sus estudios, ocultando Juliano su afición á los diálogos de Platón, y haciendo creer en su vocación por el claustro, para no despertar sospechas; su hermano Galo es llamado por Constancio, y desaparece de este mundo después de haber sido elevado á la dignidad de César; Juliano ocupa su puesto, y es enviado á las Galias, donde, en lugar de hallar la muerte, como quería su augusto primo, se corona de gloria y de laureles y es proclamado Emperador por sus tropas. Muerto Constancio, Juliano es aclamado por todos, y sólo entonces se quitó la máscara, declarándose abiertamente idólatra; trasladándose á Antioquía, prepara la expedición contra los persas, pasa el Eufrates, obtiene grandes victorias, y encuentra la muerte á los treinta y dos años en el campo de batalla. Tal es la materia de la novela rusa.

Ammiano Marcelino, al hacer el retrato de Juliano, lo ha hecho con una frase de insuperable penetración: «Sus ojos bellos y brillantes atestiguaban que su espíritu estaba angustiado en su cuerpo.» El historiador cuenta también las dotes histriónicas de Juliano, que tanto han ayudado siempre á los grandes conquistadores, pintándole además como supersticioso, entregado á los augures y adivinos, y como fiel «observador de las ceremonias sagradas, en las que inmolaba innumerables animales»; amigo de la popularidad, se trataba á veces, para obtenerla, con personas indignas de él, y en sus expedi-

ciones militares, tomaba como un simple soldado su escasa y pobre comida, siendo en las batallas, no sólo hábil capitán, sino impetuoso combatiente.

Lo que más desagrada en la novela de Mereshkowski es el no haber comprendido que un héroe no puede despertarse del olvido, sino con la condición de hacerlo victorioso, aunque vencido; esto no sólo lo hace la poesía, sino la historia y la opinión de los contemporáneos: el vencido de Waterloo es un triunfador ante las mismas generaciones que vinieron tras él; nada de esto aparece en el Juliano del novelista ruso, que ni siquiera ha logrado quitarse de la frente el estigma cristiano de apóstata.

El plan de la obra de Mereshkowski es, sin embargo, grande: á esta *Muerte de los dioses*, cuyo protagonista es Juliano el Apóstata, seguirá *La resurrección de los dioses*, cuyo protagonista en el Renacimiento italiano será Leonardo de Vinci, cerrándose la trilogía con *Un manto nuevo*, del que será protagonista Pedro el Grande. Por esto precisamente, porque Mereshkowski conocía la futura resurrección y la difusión é inmortalidad de la idea por la que el Apóstata había combatido, hubiera debido entenderlo y representarlo más genialmente, no como el último combatiente, sino como un precursor. Lejos de eso, Juliano es un desesperado, espíritu cerrado que ni siquiera tiene la elocuencia de la palabra; su ímpetu no es el ímpetu del héroe, sino el del histérico, que acaba en un delirio frenético. Como filósofo, se llama helénico, y es tétrico como un pedante nórdico, siendo su helenismo mera reminiscencia de escuela. Como emperador, no hace sentir su fuerza sobre el mundo. El Apóstata, en suma, es una sombra, y Mereshkowski, quizá por motivos de raza ó de historia, no ha sabido penetrar en el espíritu del helenismo ni del romanismo.

Una noche, por ejemplo, dentro de una palestra abandonada, se le aparece á Juliano una bellísima muchacha desnuda en el momento de lanzar el disco; al verla, Juliano se retrae

púdicamente, lo cual en verdad es poco helénico; pues así es toda *La muerte de los dioses*, sucesión de escenas por todo el Imperio romano, hasta abarcar la vida entera de Juliano el Apóstata, desde su infancia hasta su muerte; los antiguos épicos sabían compendiar en un breve episodio una epopeya entera. El escenario en que se desarrolla la novela es, sin embargo, digno de Shakspeare, y recuerda el de Antonio y Cleopatra; pero es evidente la intención de sacar de todo cuadritos diversos para componer el gran cuadro; la sucesión de los cuadritos resulta confusa, y el gran cuadro no aparece; falta la línea clásicamente recta y pura; la novela hormiguea de toda clase de gentes; pero es toda gente pálida, envuelta en niebla rusa. Los aficionados á la amena literatura tienen que contentarse con seguir admirando el paganismo en las páginas cristianas del *Quo vadis*.

\*  
\* \*

LOS COPLEROS DE MONTMARTRE. — A lo largo del boulevard de Clichy, y hasta en el boulevard Rochechouart, hay tabernas que se llaman artísticas — dice Ernesto Charles, — donde varios copleros prolongan la vida de la canción francesa y la gloria de Montmartre. Se conocen esas casas: Taberna de las Artes, Taberna de las cuatro Artes, Tablado de Tabarín, Caja de Fursy, Repique; se conoce también la gente que las habita, y las obras que lanzan al público por dos francos.

La sala es modesta: un café como otro cualquiera, con menos gente que en cualquier otro. Al pronto se queda uno sorprendido. ¿Dónde están los cancioneros? ¿Dónde el auditorio? Se oye rumor cercano, y se ve, tras puertas y cortinajes, el antro donde os sirven, por dos francos, literatura con bock ó con guindas en aguardiente. Un gerente, con la sonrisa en los labios y la servilleta en el brazo, os indica el camino y penetráis en el santuario: una sala rectangular, mal alumbrada,



mal aireada, con sillas elementales, mobiliario de café viejo de provincias, y en las paredes cuadros, dibujos, retratos y mujeres desnudas, todo envuelto en humo de tabaco.

Encontrais un sitio y os sentais; en un rincón veis un piano y hasta un pianista. «Señoras y señores—oís de pronto:—van ustedes á oír en sus obras á nuestro excelente camarada el señor X.» Y el camarada sale, saluda, vuelve á saludar, sonríe, se suena, se sorbe, sonríe, preludia y se lanza. ¿Cuántos son estos excelentes camaradas? Unos veinte, porque todos ellos pasan por las cinco ó seis tabernas artísticas, y en todas se tropieza con el mismo repertorio: la canción política de actualidad. Todos proceden de Santiago Ferny: Bonnaud, rechoncho y jovial, que entretiene siempre con canciones ordinarias; Gastón Secot, de numen franco, sin tocar en la grosería; Pablo Weil, de corte literario; Fursy, satírico y abundante; Hyspa, imperturbable y picante; Rictus, cantor de mendigos y de revoluciones.

La canción de amor tiene por intérpretes á Teulet, muy buscado; Lemercier, algo vulgar; Delmet, el cantor popular de las morenas de ojos tiernos; Legeay, calvo y romántico, cuyos estribillos se cantan en coro con entusiasmo; Privas, el príncipe de los poetas, que se enternece ante un guante, un pequeño guante de una antigua querida, conservado en un cofrecito; Montoya, que canta con no menos convicción que Privas, siendo delicioso oírle preguntarse si prefiere á la rubia, á la morena ó á la roja, enjugándose la frente con un pañuelo bordado por su bella; Dollinet, en fin, el menos célebre de todos y el más digno de serlo, por sus canciones rústicas y populares, naturales, vivas, llenas de fina observación. León Berton los imita maravillosamente á todos, y oyéndole, puede uno dispensarse de escuchar á los que no le agraden.

Todos tienen público y todos son aplaudidos, y todas las noches se llenan estos saloncitos de extranjeros y de provincianos que creen que para conocer bien París hay que ir á Montmartre; de las últimas grisetas—las grisetas que uno en-

cuentra son siempre las últimas—que van con sus amigos; de algunos pintores y estudiantes, y de muchos empleados de comercio. Cuando sale Baltha, siempre se le pide que cante *El mercader árabe*, y así con todos los demás. Todavía están cantando en algunas tabernas sobre la apertura de la Exposición. Montmartre es un rincón de provincia, donde nada pasa sino poco á poco. Sus cancioneros han resuelto el problema del espectáculo barato, y han introducido en la vida literaria el principio de las cooperativas, poniendo sus talentos en común; al verles luego repartir los beneficios con el gerente, y al verles, sobre todo, desde las cinco de la tarde hasta la una de la mañana, tomar bock sobre bock, no se puede menos de pensar en las cooperativas de consumo.

\*  
\* \*

HEREJÍAS LITERARIAS.—Alguna vez ha de figurar también la *Gaceta*, nuestra famosa *Gaceta*, en esta variada sección de LA ESPAÑA MODERNA. ¿No es también la *Gaceta* una Revista en la que colaboran á veces los hombres más ilustres de nuestra literatura? ¿No es una curiosísima publicación sociológica, abierta á todas las opiniones y atiborrada de los más opuestos pareceres?

No se ha distinguido nunca por su corrección la literatura oficial. Pero si puede pasar que los indocumentados de la estética literaria abusen de su paso por el poder para llenar las columnas de la *Gaceta* de deslabazada y soporífera prosa, no es tolerable que los que disfrutan de tamaño privilegio cometan impunemente atentados contra el idioma nacional, introduciendo vocablos de tan mal gusto como el de *verificador* de contadores eléctricos. Nosotros esperábamos que la Real Academia Española protestara de semejante término; pero mientras la docta Corporación, encargada de velar por la pureza del idioma, cumple sus deberes en este punto, si cumplirlos

quiere, nosotros protestamos con energía, rechazando ese galicismo, cuya introducción nada puede justificar.

Es muy corriente, en efecto, en las obras de que está inundado nuestro mercado de libros, tropezar con el vocablo *verificar*, como traducción del francés *vérifier*. Pero si esta mala traducción se explica por la falta de cultura de los traductores, no es tolerable que esa herejía literaria halle su sanción en las columnas de la *Gaceta* y en un documento suscripto por un Ministro de la Corona. En castellano tenemos los términos *comprobar* y *contrastar*, perfectamente castizos, para traducir el *vérifier* francés; en castellano tenemos consagrado, desde muy antiguo, el término de *fiel contraste* para expresar lo que ahora se quiere designar con el nombre bárbaro de *verificador*. ¿Por qué, pues, no se emplea ese nombre ó el de *comprobador* para designar á esos nuevos funcionarios que las aplicaciones de la electricidad han obligado á crear? ¿No es irritante y vergonzoso que así se corrompa el idioma patrio por quienes más obligados están á dar ejemplo de respetarlo? Mal, muy mal está que nuestros horteras nos hablen de *guatear*, cuando tan claro y tan hermoso sería decir *algodonar*, llamando *pelerinas* á las *peregrinas*, *matelassé* al *acolchonado* y *cupones* á los *retales* ó *retazos*; tampoco está nada bien que nos encontremos en la cuarta plana de los periódicos con anuncios de «máquinas á vapor» y «motores á gas», cuando podría decirse *motores de gas*, ó *por gas*, ó *con gas*, sin ofensa del idioma; ni menos que las Compañías extranjeras que explotan los tranvías de Madrid nos obliguen á leer al pie de los billetes de viajeros la advertencia de que son «billetes á presentar á petición de cualquier empleado», incurriendo en otro galicismo, como si, pareciéndoles poco la conquista de nuestros míseros ahorros, aspiraran á conquistar el idioma mismo, imponiéndonos giros desusados é inaguantables; peor todavía es oír hablar á los ciclistas de *entrenar* y *entrenador*, términos que crispan los nervios de quien quiera que sienta amor al castellano, cuando tenemos en nuestra lengua

las voces *jalear* y *jaleador*, que tan admirablemente expresan lo que el francés *entraîner* quiere decir en este caso; pero si todo eso es horrible, todo ello es explicable por nuestro vergonzoso atraso y nuestra despreocupación. Lo que no es explicable ni defendible es que la *Gaceta* sirva para consagrar tamaños atentados contra la lengua nacional, y de esperar es que la Real Academia tome cartas en el asunto, y que los Ministros se cuiden un poco más de la vestidura con que presentan al público los partos gacetales de su cacumen; ya que, por regla general, tanto dejan desear estos engendros por su fondo, que al menos la forma sea decorosa, y digna de quien lleva la representación del Estado al estampar su firma en ellos.

Y ya que estamos con las manos en la masa, no resistimos al deseo de reproducir (corregido y aumentado) un trabajo humorístico que hace muchos años escribimos para una de las Revistas que hemos dirigido, y que suponemos ha de ser del agrado de nuestros lectores. Hélo aquí:

#### ENSAYO DE UN CÓDIGO PENAL

Delito ó falta es la acción  
(en materia de lenguaje)  
de vestir de ajeno traje  
la castellana dicción;  
lo es también toda infracción  
De las leyes del idioma,  
y se juzga (y no es en broma)  
sólo persona decente  
al que las cumple fielmente  
sin quitar punto ni coma.

—  
Circunstancias *atenuantes*  
tienen los que están dementes,  
los bobos, los escribientes,  
los salvajes y *elegantes*;  
asimismo los amantes  
(en críticas ocasiones);  
la gente que usa calzones,  
si nunca fué á las escuelas;  
los borrachos, las abuelas,  
y... basta de atenuaciones.

Es circunstancia *agravante*  
ser maestro ó profesor,  
ser periodista, orador,  
abogado y estudiante.  
Circunstancia *archi-agravante*  
es el ser, caso no raro,  
académico preclaro,  
reputándose *eximentes*  
dos causas bien diferentes:  
ser tartamudo y avaro.

—  
El que dijere *fretir*,  
*biblioteca*, *catredal*,  
*juente*, *rétulo*, *hespital*,  
*melitar*, *palante*, *dir*,  
*Meregildo*, *recebir*,  
*cátreda*, *desaminar*,  
*naide*, *asina*, *gomitar*,  
*prencipio* y *escomenzando*,  
vaya de un carro tirando  
hasta que *deprenda* á hablar.

Al que dijere *miñuelo*,  
*melicia*, *gorjas*, *midir*,  
*güeno*, *pogreso*, *riñir*,  
*redículo*, *sede*, *agüelo*,  
*güeyes*, *audencia*, *gañuelo*,  
*centura*, *abuja*, *jincar*,  
*decumento*, *debutar*,  
*Alifonso* y *catacismo*,  
 que le echen un *sinapismo*  
 siempre que nos quiera hablar.

Al que se oiga *quison*, *túvon*,  
*trújon*, *pudon*, *esganchar*,  
*rengaero*, *esparruchar*,  
*dijon*, *aluego*, *detúvon*,  
*haiga*, *entadía*, *contúvon*,  
*hespicio*, *semos*, *implar*,  
*descípulo*, *apregonar*,  
*piejo*, *velay*, *ñuca* y *praza*,  
 que le echen una mordaza  
 que le impida rebuznar.

El *Calros* que diga *fuendo*,  
*bolra*, *bulras*, *ensenzario*,  
*menisterio*, *calandario*,  
*pedricar*, *probe*, *anduviendo*,  
*cercustancia*, *compusiendo*,  
*meriñaque*, *premitir*,  
*pelras*, *treato*, *pidir*,  
*endispuesto* y *Sabastián*,  
 indigno de comer pan  
 se declara hasta morir.

Al que diga *trebunal*,  
*presona*, *denguno*, *drento*,  
*dicir*, *Bertolo*, *estrumiento*,  
*entrépete*, *prencipal*,  
*pograma*, *güevo*, *arbañal*,  
*tiniente*, *vinon*, *Grabiél*,  
*demisión*, *jigo*, *Zequiel*,  
*sepoltura*, *grumao*, *frauta*,  
*condució*, *estógamo*, *estauta*,  
 pronto! ¡á la cuadra con él!

Al que dijere *escriñar*,  
*desimulo*, *comendante*,  
*Gomisindo*, *prencipiante*,  
*degolver*, *güeso*, *juegar*,  
*precuraor*, *descampar*,  
*endenantes*, *trompezón*,  
*presinar* y *arrempujón*,  
 no le valga su *inociencia*;  
 mientras adquiriera *esperencia*  
 se le declara *melón*.

Al zote que diga *aspeuto*,  
*párraco*, *enguila*, *menuto*,  
*cerramicalo*, *cañuto*,  
*endino*, *acenoria*, *e fleuto*,  
*juimos*, *intierro*, *defeuto*,  
*callaisos*, *veisos*, *lamber*,  
*dambos*, *caráuter*, *golver*,  
*defunto*, *escuro* y *cevil*,  
 que lo coja un *aguacil*  
 y le dé pienso hasta ver.

Al *Udosio* que á *concencia*  
 diga *redetir*, *repuna*,  
*por causalidaz*, *coluna*,  
*distierro*, *ivierno*, *pacencia*,  
*fantesia*, *diferiencia*,  
*caluniar*, *impedimiento*,  
*contra más*, *enterramiento*,  
*l'arroz*, *cencia* y *alcahués*,  
 herraduras en los pies  
 lleve sin *apelamiento*.

Los que sin *enficultá*  
 digan *pelegrina*, *súpon*,  
*andaron*, *muchismo*, *cúpon*,  
*entodavía*, *soldrá*,  
*purisma*, *injundia*, *doldrá*,  
*güeso*, *verificador*,  
*convinción*, *entrenador*,  
*istinto*, *trájon*, y *estuvon...*  
 ya que con bestias *anduvon*  
 entréguense á un herrador.

Para el que diga *aruñar*,  
*ingüento*, *epsicología*,  
*supérfulo*, *encañería*,  
*empedido*, *relumbiar*,  
*alpergatas*, *esquitar*,  
*la metá*, *Ugenio*, *Bilbado*,  
*bisteke*, *fraque*, *cudiado*,  
 y *agucharse*, no hay perdón:  
 en la cuadra de un mesón  
 pónganle á paja y salvado.

La *Ulogia* ó la *Trenidaz*  
 que digan *dispués*, *petril*,  
*acidentes*, *arbañil*,  
*comenencia*, *indinidaz*,  
*rebusto*, *nesecidaz*,  
*l'aceite*, *Inacio*, *Tiodora*,  
*miá qué*, *contimás*, *inora*,  
*ora por nobis*, *sordao*,  
*reflán* y *esgarrapichao*,  
 pongan su lengua en lejía.

A todo mal traductor,  
 fotógrafo, electricista,  
 médico, hortera ó modista,  
 que hablen de *guata*, *visor*,  
*recidiva*, *controlor*,  
*pelerina*, *constatar*,  
*cupón*, *tulipa*, *entrenar*,  
*antuca*, *ordubre*, *entremés*,  
*Sud-África* y *Sud-exprés*,  
 se le debe amordazar.

En fin, quien diga ó escriba  
*entro dentro*, *salgo fuera*,  
*bajo abajo*, *subo arriba*,  
 gastando tinta ó saliva  
 de tan estéril manera;  
 ó incurriendo en solecismos,  
 idiotismos, barbarismos,  
 ú otras faltas semejantes,  
 merece, bien urticantes,  
 en la lengua sinapismos.

## ESTETICA

LA POESÍA Y LA VIDA.—¿Qué lugar debe ocupar en la vida la poesía?—se pregunta Pablo Stapfer en *La Revue*, de París. Hay cosas cuya utilidad salta á la vista, como el estudio de las lenguas vivas, el cálculo, el comercio, la geografía, etc.; pero cuando se trata de otras, como las lenguas muertas, las matemáticas trascendentales, la cultura estética, la poesía, muchos se preguntan: «¿Y para qué sirve eso?»

La poesía es cosa de primera necesidad en todo sér inteligente. Ved esa pobre obrera que apenas gana con qué vivir, y que hace un esfuerzo para comprar flores y quizá un hermoso florero donde las arregla con arte, y una litografía barata para adornar su buhardilla. El mismo servicio presta una silla de paja que una hermosa silla de tapicería; y, sin embargo, toda persona pudiente se rodea de muebles hermosos, por poco buen gusto que tenga, aunque el goce estético en estos

casos no es siempre puro, y suele ir mezclado con algo de vanidad ó de egoísmo. El sentimiento de lo bello consiste en «una contemplación desinteresada», y sólo así es puro el goce que proporciona. «¡Admira, que así sólo se roba al firmamento!» ha dicho el poeta; el que admira no envidia.

La admiración conduce á la adoración; el sentido estético y el religioso son vecinos; generalmente se auxilian; pero, á veces, celosos uno de otro, se hostilizan como rivales; de ahí la proscripción del arte en nombre de la religión, á que llegan ciertos espíritus fanáticos. La admiración pura y libre es lo que distingue al hombre de los animales. Poned á un perro, por inteligente que sea, entre un cuadro de Rafael y un hueso de médula, y es seguro que se arrojará sobre el hueso, salvo el levantar después la pata sobre el cuadro para rociarlo irreverentemente. Donde no hay *ideal*, podrá existir algún maravilloso instinto *natural*; pero no hay *arte*, propiamente hablando.

Nuestras lenguas han reservado el bello nombre de *humanidades*, «*humaniores litteræ*», á los estudios que ejercitan y perfeccionan en el hombre el sentido artístico y literario. Hay que distinguir entre la *instrucción* y la *cultura*: instruirse es proveerse de conocimientos útiles, necesarios para la lucha por la vida; cultivar su espíritu es tratarlo como una tierra que, de landa salvaje, se cambia en grata residencia. La ciencia, por sí sola, puede dejar al hombre en estado de barbarie. ¿Quién no ha tropezado en su vida con algún sabio calculador de incógnitas, ó manipulador de ácidos, en estado de barbarie con todo su saber? «No os fiéis del hombre—dice Shakspeare—que no tiene en sí mismo alguna música; es propio para las traiciones, las perfidias, los robos.» No tener música dentro de sí mismo es ser insensible al encanto de los versos, y por consiguiente, ser un monstruo. Una antología, cuyo plan consistiera en reunir una colección de las más hermosas producciones de todos los tiempos, apropiadas á las circunstancias ordinarias de la vida, á todos los momentos, tristes ó alegres, de

la existencia, podía ser algo así como el pan nuestro de cada día del alma, nuestro alimento espiritual.

Es preciso que *seamos poetas nosotros mismos*, lo cual no quiere decir que hagamos versos, sino que «nuestra vida debe ser un poema». Hagamos siempre lo que es hermoso, y no correremos riesgo de engañarnos. Es hermoso ser honesto, verídico, valeroso, justo, compasivo, benévolo, caritativo; es hermoso tener un humor igual y sereno, poner buena cara á las contrariedades, ver siempre el mejor lado de las cosas y de las personas, alegrarse de la dicha de otro, en medio de las propias penas; es hermoso ser humano, cortés, amable, servicial; es hermoso, en fin, ser bueno; y tan cierto es esto, que el hombre que posee estas virtudes, por feo que sea físicamente, nunca parece feo, porque su fisonomía expresará siempre la belleza de su espíritu, y su sonrisa será la irradiación de su alma poética.

Componer su vida como un poema es, ante todo, ser activo, con orden y con entusiasmo. En el estado poético del mundo, el héroe de epopeya es cazador, carnicero y cocinero á la vez; Ulises labra con sus manos su lecho nupcial, y Nausicaa, hija de rey, va al río á lavar su ropa. ¡Cómo se engañan las jóvenes de hoy día creyendo que tienen más encantos no haciendo nada con sus blancas manos, pareciéndoles que se rebajan si hacen sus camas, ó lavan la vajilla, ó hacen sus trajes! Las señoritas que desdeñan entrar en la cocina se privan, por el contrario, de una gran seducción poética, sensible á los ojos de los hombres de verdadero buen gusto. ¿No fue cortando tartinas, para repartirlas á un grupo de niños, como Carlota se apareció á Goethe, causándole imborrable impresión? ¿Qué mejor espectáculo? Un ama de casa debe ser su propia criada, no sólo para embellecerse por su trabajo personal, sino para realzar en su humilde papel á las pobres mujeres que la sirven.

El ejercicio de la caridad puede ser prosa llana ó rica poesía; será prosa si apartamos una cantidad determinada de nues-



tros ingresos, cifra abstracta de empleo indiferente, destinada á ponernos en regla con el deber general de dar limosna á los necesitados. Será poesía si el socorrido es una persona conocida, cuya casa visitamos, al que no sólo llevamos vestidos y pan, sino palabras de consuelo, y cuya rehabilitación moral y material es obra nuestra: el modo de dar vale más que lo que se da.

La poesía no es más que una forma; pero la preocupación estética de la forma implica la del fondo, que es su substancia y su sostén. Seamos los poetas de nuestra vida; amemos la belleza en todas sus manifestaciones sensibles. Lo bello verdadero es inseparable de lo bueno. Todo lo que vale la pena de hacerse—dice Michaud—merece y exige que se haga bien.

### BIOGRAFIA

LA JUVENTUD DE LEONOR DUSE.—Nosotros los italianos—dice en la *Nuova Antologia* Luis Rasi—llamamos «hijo del arte» al que nace de padres actores. El primer cómico de la familia Duse, fue el abuelo de Leonor. De sus cuatro hijos, tres dieron al teatro actores y actrices, medianos y egregios, entre los cuales brilla Leonor Duse como astro de primera magnitud, no ya sólo en la escena italiana, sino en la cosmopolita.

Nacida cerca de Venecia en 1859, 3 de Octubre, creció sobre las tablas en que su familia se ganaba la vida, y á los cuatro años la encontramos desempeñando el papel de Co-sette de *Los miserables*, en la compañía formada por su familia. Su infancia fue poco alegre, á juzgar por la palidez de su rostro descarnado, lo pobre de sus vestidos, lo triste de su mirada y el abandono de toda su persona. A los catorce años se quedó sin madre, no teniendo recursos ni aun para vestirse un traje de luto en su memoria. El desempeño en Verona de la Julieta de Shakspeare, fue la plena revelación de su genio con

el hallazgo de la escena de las rosas, que tanta influencia ha ejercido en el arte de la insigne comedianta, hasta el punto de figurar las flores como elemento de inspiración en la mayor parte de las obras en que toma parte. Sus compañeros de escena no podían comprender cómo había podido subir tan alto quien la víspera misma arrastraba su vida de muerte, siempre muda y ensimismada, con sus grandes ojos negros fijos y sus grandes cejas levantadas, que la daban aspecto de tonta irremediable. Y es que la Duse protestaba con aquel aire de estupidez del medio ambiente en que las circunstancias la obligaban á vivir miserable y despreciada, ella, digna de todos los aplausos.

Cuando la bautizaron, la llevaron en una especie de cesto dorado con paredes de cristal, y los soldados austriacos, tomándola sin duda por alguna reliquia, la presentaron las armas; el padre, vuelto á casa, dijo á su mujer: «Perdóname, querida, si en cambio de la hija que me has dado no te traigo un regalo; pero en compensación, te anuncio que nuestra hija será *alguien*: ya le han presentado las armas.» La niña, criada en la indigencia, solía ir al hospital á comer la mitad de la sopa que su pobre madre, enferma, la reservaba. Así, entre suspiros, trabajos y ultrajes de la suerte, se fue formando su alma.

El éxito de *Teresa Raquin*, en Nápoles, fue un acontecimiento, y allí se saludó á la Duse como una promesa de grandeza; la representación de *La Princesa de Bagdad*, en Turín, fue la realización de aquella promesa y la consagración de la Duse como una *grandeza verdadera*; la Duse había visto á Sarah Bernhardt, y su contacto con la gran actriz le había dado toda la conciencia de su fuerza. A *La Princesa de Bagdad* sucedió *La mujer de Claudio*, y la Duse fue desde entonces reconocida y proclamada reina de la escena italiana.

Su arte fue una revolución, y el grito de «artista única» con que nacionales y extranjeros la saludaban, no contuvo su ascensión. «Ser estacionarios en el arte—decía—es retroceder.»

Y siguió andando y progresando, obstinándose, transformándose. En los primeros tiempos de su grandeza, la Duse poseía el rostro típico de las grandes neuróticas, la faz convulsiva; por eso, quizá, era insuperable en los papeles de temperamento histérico; la ira, el desprecio, el odio, el furor, los celos, el disimulo, la abyección, la muerte, se ajustaban mejor á su temperamento que la dulzura, la ternura, la sinceridad, el dolor; y el público la echaba en cara no saber reproducir más que el tipo de la rebelión; no tenía razón el público, porque ¿qué grado de resignación no alcanzó en la *Livia del Amor sin estima*? ¿Qué tímida dulzura no expresó en *Pamela*, ni á qué grado de angustia no llegó en *Odeta*? ¿Qué cuerda, en fin, de las grandes pasiones humanas, no hizo vibrar intensamente en *Mirandolina*, *Santuzza*, *Teodora*, *Fedora*, *Enamorados*, *Demi-monde*, *Dama de las Camelias*, *Scrollina*, *Frou-Frou*, *Visita de bodas*, *Fernanda*, *Divorciémonos*, *Francillón*, *Dionisia*, *Mujer ideal*, y otras muchas y variadísimas obras de su repertorio? Andando el tiempo y creciendo su fama, la Duse restringió su repertorio, limitándolo á los tipos que mejor respondían á sus aptitudes, y á una especial voluptuosidad que sentía al presentarse en la escena como mala, loca, histérica ó rebelde.

Pues bien; hoy la Duse ha sufrido una transformación increíble, y el *summum* del arte no lo alcanza en los papeles violentos, sino en los tiernos y dulces, al contrario que antes. Esta transformación arranca de Gabriel de Annunzio y de *El sueño de una mañana de primavera*. Su gesto vibrante, á veces descompuesto, es ahora sobrio, contenido, y sobre todo pintoresco; su voz tiene sonidos de indefinible dulzura, coloridos particulares de ondulaciones musicales, armónicamente casados con los movimientos del cuerpo. Su espíritu se ha enriquecido con estudios y lecturas incesantes, y á la aristocracia de la cultura ha unido la aristocracia de la persona, consumando su maravillosa transformación.

## PSICO-FISICA

PSICOLOGÍA DEL PUDOR.—¿Qué es el pudor? El pudor—dice Camilo Melinaud en la *Revue des Revues*—es una *emoción*, y al mismo tiempo un *hecho* ó un conjunto de hechos preciso. Como emoción, es una especie de miedo, con tendencia á huir, á ocultarse, y también á defenderse; no debe confundirse con la vergüenza, que es la tristeza de la falta cometida. El pudor nace antes de la caída, la vergüenza después, resultado á veces de la derrota del pudor.

Como hecho, el pudor tiene por expresión física el rubor; pero no hay que confundir ambas cosas: se ruboriza uno por otros sentimientos, y además, lo que hace ruborizar no es el miedo de ser visto, sino el hecho de sentir que es visto; el rubor se intercala entre el pudor y la vergüenza: trato de evitar una mirada, pudor; siento los ojos de alguien fijos en mí, rubor; sufro por haber sido visto, vergüenza.

El estudio del pudor, como emoción, exigiría el estudio del miedo; aquí nos limitaremos á estudiar los hechos. Entre ellos hay dos muy claros. Todo hombre procura ocultar ciertas regiones de su cuerpo y ciertos actos; la mujer, por su parte, trata de ocultarse á la persecución del hombre, hecho antiquísimo que ha dejado su huella en los ritos mismos del matrimonio antiguo; ambos hechos coinciden en que son una lucha contra los impulsos naturales y físicos; el pudor es la lucha de la reflexión contra el instinto.

¿Por qué la mujer se oculta al hombre, á pesar de la dura necesidad que la empuja á echarse en sus brazos? La mujer, en los orígenes, es sencillamente una presa; obtenida por captura, de lo que huye es de la brutalidad, de la violencia; huye porque tiene miedo; el pudor es una variedad del miedo, fruto del instinto de conservación. Pero aparte de este interés inmediato, otro interés no menos grande le aconseja el pudor:

al huir del hombre, la mujer se da á sí misma tiempo para escoger, y escoger bien es para ella una condición de seguridad y de dicha; por eso no se entrega al primero que llega, y por instinto y por reflexión se conserva para el hombre de su elección. Otra razón más profunda y obscura sostiene también su pudor instintivamente: el genio de la especie; la mujer se reserva para el que estima digno de perpetuar el tipo humano, siendo así el verdadero agente instintivo de la selección en la humanidad.

La mujer ha ocultado su cuerpo primitivamente, porque dejarlo ver es ofrecerse per sí misma al deseo, provocarle, y precisamente trata de huir de él; reservándolo para el hombre de su elección, lo oculta á todos los demás; el pudor del cuerpo tiene, pues, su raíz en el pudor primitivo de la mujer, que se esconde al ataque del hombre; en cuanto al hombre mismo, se ha limitado á imitar á la mujer para no desagradarla ni espantarla; lo que la mujer ha tomado la costumbre de velar, el hombre lo ha velado.

A esta causa primordial del pudor se juntan otras secundarias, que pueden reducirse á tres: el amor propio, el temor de chocar con los demás y razones morales ó religiosas. En el pudor, en efecto, hay algo de coquetería. La mujer que se oculta ante todo por evitar el deseo del hombre, se oculta un poco también por excitarlo, como el hombre se cubre y adorna para mostrarse más seductor; hay en esto algo de instinto estético, pero también instinto de seducción sexual. Sergi y Spencer han explicado muy bien el pudor por esta necesidad de adorno; pero se han equivocado creyendo bastante este motivo para explicar el pudor, en el que entran elementos tan complejos.

Las leyes mismas del placer intervienen en el pudor, pues ciertos placeres requieren el silencio y la obscuridad, y la presencia del menor testigo los impide; como exigen profunda y absorbente atención, toda distracción los turba; por eso los amantes se aislan, y se comprende que el hábito de ocultar to-

dos los actos de amor se haya fortificado contribuyendo al desarrollo del pudor. A esta causa puede unirse otra de gran importancia en los tiempos primitivos: la conservación y la defensa personal. Entregado por completo al amor, el hombre descuida la vigilancia y puede ser presa de su enemigo ó de su rival; por eso se oculta para poderse dedicar impunemente á la satisfacción de sus necesidades sexuales.

Hay también en el pudor causas más desinteresadas, como el respeto de las conveniencias y el deseo de evitar á los demás repugnancias instintivas, espectáculos desagradables. Los goces de amor, aunque eminentemente sociales por su fin, son en sí mismos profundamente egoístas, y el pudor aparece así como una especie de homenaje del individuo á la sociedad. Nótese un hecho: mientras el amor se oculta, la maternidad se ostenta á la luz del día; es el tránsito de la función egoísta á la función social.

Hay, en fin, en el pudor elementos morales, estéticos y religiosos. Fuerza es reconocer en él «la vergüenza de la animalidad que hay en nosotros», pues nos avergonzamos, en efecto, de las funciones *bajas*, que nos son comunes con las especies inferiores; tampoco puede negarse que haya en el pudor el deseo de ocultar nuestras fealdades, aunque esta causa, estimada por Garnier como suficiente, no sea más que uno de tantos motivos del pudor; la idea cristiana del desprecio de la carne ha contribuído también, y no poco, á la formación del pudor actual. Penetrando más adentro, no sería tampoco difícil descubrir en el pudor el esfuerzo del hombre para dominar sus impulsos físicos, «la lucha incesante de la reflexión contra el instinto».

Reconstituyendo la noción histórica del pudor, podemos suponer que los hechos se han desarrollado del siguiente modo: la mujer huye del hombre, hecho primordial; por lo mismo, vela su cuerpo para defenderlo del ataque y para no provocarlo; como consecuencia, disimula sus sentimientos, amor, deseo, celos, dolores y alegrías de amor, pues si los de-

jara ver, sería confesarse vencida; y como última consecuencia, oculta en la sombra, ó en la soledad, cuando se abandona, las manifestaciones todas de su amor; así se pasa del hecho inicial al pudor del cuerpo, al pudor de los sentimientos y de las palabras y al pudor de los actos. En el hombre el proceso evolutivo es análogo.

¿Cómo se explica que el pudor se desvanezca tan fácilmente en determinadas circunstancias? ¿Por qué, por ejemplo, se halla tan embotado entre dos amantes? Muy sencillo: el pudor, por su origen, es una negativa para facilitar una elección; el día en que una mujer se entrega, el pudor no tiene razón de ser; hecha la elección, la mujer no tiene nada que ocultar á su elegido. Se ruborizará ante otro cualquiera, pero no ante su amante.

¿Por qué los actos de amor son los que se ocultan con más cuidado? Una caricia, aun siendo casta, se oculta en cuanto se inspira en el amor; el mismo acto es púdico ó impúdico, según exprese amistad ó amor; un beso de hermano ó de amigo se da en público, y no choca á nadie; el hombre normal preferiría la desnudez casta, á ciertas actitudes sin desnudez ninguna. ¿Por qué todo esto? Porque siendo el pudor la fuga de la mujer ante la persecución amorosa del hombre, á lo que la mujer tiene que escapar es al amor y á todas sus manifestaciones.

Así se comprende también que el pudor sea propio de la juventud: los niños ni aun sospechan la existencia del deseo sexual, y los viejos no conservan más que la tendencia formada por el hábito. Así se explica que una mujer tenga menos pudor, ó no sienta pudor ninguno, ante otras mujeres, y aun ante niños y viejos; el verdadero pudor aparece ante el hombre que puede mirarla con «ojos de amante». Así se comprende también que una madre amamante á su hijo ante todo el mundo, cuando en otra cualquier ocasión se avergonzaría, como de extremado impudor, de descubrir la desnudez de su seno; y es que, por el hecho mismo de dar de mamar á su

hijo, la madre no se presenta ya como mujer, sino como madre, perteneciente á un solo hombre, al padre de su hijo; la mujer, al presentarse así, *se rehusa* mucho más que si se presentara velada.

El pudor femenino es útil al progreso. La mujer, al reservarse, protege inconscientemente los intereses de la especie, y su resistencia obliga al hombre, para conquistarla, á vencer á sus rivales en fuerza, en inteligencia, en bondad. El peligro en la mujer civilizada está en que el pudor se convierta, por exceso, en afectación y gazmoñería. Como dice, con su habitual finura de observación, Stendhal, «se necesita mucho talento para tener el pudor preciso en cada caso».

## FILOSOFIA

EL PENSAMIENTO MÍSTICO.—¿Existe hoy—se pregunta Renda en la *Rivista moderna di cultura*—una corriente de verdadero misticismo?

Tal pregunta puede parecer vana á quien tenga presentes las brillantes discusiones sobre la naturaleza y orígenes de este misticismo finsiglista, desde las severas críticas de Nordau hasta las agudas monografías de Rossi, Troilo y Sergi; pero no por eso la duda es menos legítima. A través de nuestra civilización positivista, se ha abierto paso una aspiración trascendental que se manifiesta en varias formas, ora en el espíritu conciliador y límpidamente poético de Fogazzaro, ora en la rebelión contra la ciencia de Brunetière, ora en la filosofía original de Tolstoi, ora en el hibridismo moral de las clases directoras. Pero ¿hay ahí una verdadera corriente mística? Porque el misticismo no es un término vago que resuma todas las manifestaciones antipositivas del pensamiento, sino un hecho concreto, una doctrina característica con fines y métodos determinados, con eficacia social, con historia bri-



llantísima que no puede confundirse con ningún otro fenómeno, por análogo que sea.

El misticismo ha tenido frente á la religión, frente á la Iglesia, frente á la ciencia, una posición muy distinta del actual movimiento neocristiano; por su vida externa ha sido siempre rebelión declarada, ó por lo menos resistencia y protesta serena contra el dogmatismo y la constitución de la Iglesia. La historia de las herejías es en gran parte historia del pensamiento místico. El misticismo brota y se impone en el ocaso de la Edad Media como oposición á la escolástica y reacción purificadora contra la corrupción de la corte papal; las famosas polémicas entre nominalistas y realistas, entre Roscelín, Anselmo y Guillermo de Champeaux, entre Abelardo y San Bernardo, son las últimas palpitaciones vitales del pensamiento catedrático y silogístico.

Hasta en las primeras disputas con la Iglesia, en la heterodoxia de Manes, de Arrio, de Nestor, de Pelagio, se encuentra, según Augusto Nicolás, cierta relativa continuidad del pensamiento místico alejandrino; pero la verdadera corriente mística se encauza en los movimientos heréticos cuando el alma latina, en contacto con la cábala, los misterios y los éxtasis á que la llevaron las Cruzadas, absorbió casi el panteísmo místico oriental y el espíritu de la sofística, resucitando la especulación sutil del misticismo alejandrino, que había recogido la dialéctica ultraplatónica de Plotino, el sensualismo místico de Apoloncio y el charlatanismo taumatúrgico de Jámblico.

Esta oleada de rebelión mística tiene, según Renán, dos direcciones: una marcada por el *Evangelio eterno* y otra por *Los tres impostores*, que representa la incredulidad materialista procedente de los estudios averroicos. El espíritu místico heterodoxo se filtra á través de la austera conciencia católica del Dante, se confunde con las aspiraciones políticas de los gibelinos, y traspira en los sirventesios de los trovadores y en las sublimes figuras del beato Angélico y de los pintores pre-

rafaelistas. Las asociaciones pitagóricas, los cátaros, los *fraticelli*, todos los movimientos religiosos tienen por objetivo común la protesta contra los escándalos de la corte pontificia.

Con el movimiento democrático místico de los *fraticelli*, puede decirse que acaba la fase ideológica de la singular doctrina del misticismo romántico; reaparece, sin embargo, aunque menos intensa, con los tremulantes de Inglaterra, el quietismo de Molinos y el misticismo histérico de la Guyon. De estos tonos heterodoxos parecen librarse algunos místicos como Celestino y San Buenaventura; pero es de notar que evitan con cuidado cuanto se relaciona con la organización católica. En la dinámica del pensamiento místico es tal la potencia de adaptación y expresión externa, que ha ce posibles las más variadas formas; misticismo es la tenuidad psíquica de la *Imitación de Cristo*, y el complejo doctrinarismo de las *Enneadas* y la teurgia; misticismo la soledad y pobreza de espíritu de fray Celestino y la heroica y gallarda combatividad de Servet, la escuela de Eckhart y el sueño comunista de los franciscanos, la fe pura del doctor Seráfico y el delirio inconsciente de Ruysbroeck, los éxtasis de Santa Teresa y el histerismo sensual de la señora Guyon. En medio de esta diversidad, brillan siempre los caracteres distintivos del misticismo, siendo evidéntísimo el nexo evolutivo que liga entre sí todas sus manifestaciones.

La fuerza inicial y el motor íntimo de la ideación mística, es la emotividad para llegar al colmo de la perfección, que es el reposo absoluto; «el fin del Creador al producir el mundo —ha escrito Eckhart— ha sido el reposo». El éxtasis es la inmovilidad absoluta, la suma simplificación, «una muerte tan deliciosa —dice Santa Teresa— que mi alma no hubiera querido salir nunca de aquella soberana agonía». Las ideas del místico no son frío producto de su pensamiento, sino que tienen el interés y la vivacidad emotiva de sus sentimientos, de su existencia, de sus sueños; su lenguaje tiene el calor pasional de un canto de amor. El Universo entero siente estremecimientos

vitales misteriosos, y todos los seres son emanaciones del Sér único, de Dios. El obstáculo que se opone al retorno del hombre á Dios es la materia, velo tenebroso que ha de disiparse algún día ante la luz victoriosa del Verbo.

No es dudoso que si el misticismo estuviese todo contenido en el proceso excepcional de ideación descrito, hoy como siempre, podía existir, ni que si fuese la creencia en una divinidad, existiría en el mundo moderno, en el que se nota una vaga palpitación de fe, ansia de quietud en algo trascendental. Pero ni la fe, ni la patogénesis, constituyen por sí solas el misticismo; aquélla podría dar el fanático, y ésta el delirante; el misticismo es algo más que todo eso. La forma exterior doctrinal que integra la ideación mística, se apoya casi invariablemente: 1.º En la concepción unitaria de la divinidad, simple é inanalizable, y del Universo. 2.º En el origen del cosmos por emanación, y en la identidad de naturaleza de todos los seres. 3.º En una especial conducta para la adquisición de la verdad y el recobro del puesto y de la perfección perdida. 4.º En un sistema especialísimo de conocimientos y métodos distintos de los usados por la inteligencia normal.

El pretendido misticismo moderno no es un sistema orgánico de pensamientos, sino un estado de conciencia. Como tal, ni presupone, ni es capaz de esas singulares concepciones que han sido siempre patrimonio intelectual de los místicos; y de ahí la actual perplejidad de espíritu que guía á la fe, y tal vez al simbolismo, y que no tiene sino lejana semejanza con aquella fe gallarda que se elevó hasta el éxtasis. Nuestros pretendidos místicos tienen frente á la ciencia la misma posición de resistencia y de escepticismo que es propia de todas las doctrinas místicas; pero esta semejanza es sólo aparente. El pensamiento religioso contemporáneo quería destruir la ciencia para reemplazarla con un credo; es escepticismo que se cierra en sí mismo sin otra resolución; la ciencia puede hoy ser negada por ceguera, pero no hay medio de sustituir su méto-

do, sus instrumentos y sus datos por intuiciones subjetivas; por ese lado el misticismo ha caído para siempre.

La última aparición del misticismo es la que acompaña á los movimientos revolucionarios de la primera mitad del siglo. Así surgieron utopistas que no se diferenciaban de los místicos sino en el predominio de las cuestiones sociales en su pensamiento. Owen, Saint-Simón, Leroux, Bayard, Enfantín, Comte, con sus métodos subjetivos, su temperamento anómalo con visiones y delirios místicos, son los que restablecen el culto y el ritual del misticismo. El misticismo puede hoy existir por alguno de sus lados en las clínicas, pero no puede agitar el mundo; hoy habrá una tendencia religiosa, pero no una verdadera tendencia mística.

\*  
\* \*

PENSAMIENTOS DE TOLSTOI SOBRE EL SENTIDO DE LA VIDA.— Tomándolos de su correspondencia privada, de sus apuntes y cuadernos, y de otros escritos de Tolstoi, van á publicar en Inglaterra los señores Tchertkoff una colección de pensamientos inéditos del ilustre ruso sobre el sentido de la vida; de esta colección entresaca *La Revue*, de París, algunos pensamientos, y de allí tomamos los siguientes:

«¡El objeto de la vida! Ese objeto no existe ni puede existir, ni ciencia alguna puede descubrirlo. ¿La ley de la dirección, el camino de la vida? Sí. La religión ó la sabiduría, si queréis mejor, responde á eso.»

«La ley de la vida orgánica es la lucha; la ley de la vida racional consciente es la unión, el amor; sobre la vida orgánica, de lucha, está la vida racional, ligada con la primera. El fin es evidente: destruir la lucha y llevar la unión donde reinaba la discordia, primero entre los hombres, luego entre los hombres y los animales y, por último, entre los animales y las plantas. Que las lanzas se fundan en hoces y que la ove-

ja duerma al lado del león; en un fin semejante es en el que sueño.»

«He comprendido con una fuerza nueva y singular que mi vida y la vida de todos tiene por objeto servir, pero no tiene objeto en sí misma.»

«Ninguna vida tiene sentido, salvo la que tiene por objeto servir á Dios, al cumplimiento de la obra de Dios, inaccesible para nosotros.»

«Para mí, el sentido de la vida consiste exclusivamente en servir á Dios salvando á los hombres del pecado y del sufrimiento. Lo terrible es que al querer adivinar el camino por donde Dios hace eso, se equivoca uno, se precipita, y en lugar de ayudar, impide ó retrasa. El único medio de no equivocarse es no adelantarse, sino esperar el llamamiento de Dios, esperar la situación en que no se podrá obrar claramente sino por Dios ó contra Dios, y en ese caso, hay que reunir todas las fuerzas del alma para obrar por Él.»

«El hombre emplea su espíritu en preguntar: ¿por qué y por qué motivos? Y la razón le enseña que no hay respuesta. ¿Qué significa esto? Que no se ha dado al hombre el espíritu para responder á esas preguntas, y que hacerlas, indica que el espíritu está extraviado.»

«El hombre vivo es el que anda allí abajo, donde brilla la linterna que se mueve ante él y que nunca llega al sitio iluminado, sino que el sitio iluminado va delante de él. Y esa es la vida, y no otra cosa; con esta vida sola no hay muerte, porque la linterna alumbra hasta el más allá, y se marcha tras ella tan tranquilamente como durante toda la vida. Pero si el hombre se coloca delante de la linterna, ó si empieza á iluminar todo el espacio que le rodea ó que se extiende tras él y no delante, dejará de avanzar, y entonces la vida se corta.»

«Con la voluntad de Dios hay que ser como una buena yegua de raza (Kobilka) que yo he educado. No quería escaparse, no quería dejar de servirme, pero quería únicamente adivinar el trabajo que quería de ella; ensayaba tan pronto un

pie como otro, ora á la derecha, ora á la izquierda, ya con la cabeza baja, ya levantándola. Eso es lo que necesitamos hacer nosotros.»

«La doctrina de Cristo se me ha hecho más comprensible y me ha cautivado más, cuando he visto claramente que mi vida no me pertenece, que es de quien me la ha dado, y que el fin de mi vida no está en mí, sino en su voluntad, que es preciso conocer y cumplir.»

«Hay que ser—como dice Lao-Tseu— semejante al agua; no hay obstáculo, y corre; tropieza con un dique, y se para; se rompe el dique, y corre de nuevo; en un vaso cúbico es cúbica, en uno redondo es redonda. Por eso es tan necesaria y tan fuerte.»

«Os preguntais: ¿Por qué vivir? ¿Cómo vivir? ¿Qué hacer para tener derecho á la vida? Hay, ante todo, que invertir el orden de las preguntas, contestando primero al «cómo vivir» para tratar de comprender el «por qué». Es preciso vivir: ¿cómo? Todos conocéis la primera respuesta: «lo mejor posible». Pero, ¿qué significa *lo mejor*? Para el hombre que no conoce más que él mismo, la respuesta es obvia: lo más agradablemente posible. Pero en cuanto el hombre ha comprendido que no está solo, en cuanto siente el sufrimiento de los demás hombres, esta respuesta no le satisface, apareciendo el conflicto entre los deseos de la dicha personal y la conciencia. Tal es la situación en que os encontrais. Para tener la solución, hay que optar por una ó por otra. Los sufrimientos y las dudas vienen de la no solución de la cuestión en la conciencia. Si las demandas de la verdad no son demandas de la conciencia, sino que vienen de fuera, entonces, olvidando la conciencia, os tranquilizaréis y viviréis disfrutando de todos los placeres posibles; pero si la conciencia no está dormida ó se despierta, entonces reconoceréis que la vida no está sino en la satisfacción de las demandas de la conciencia, y entonces os tranquilizaréis también, y la vida tendrá sentido para vosotros. Las demandas de la conciencia son lo que en lenguaje

cristiano se llama la voluntad de Dios. Por eso el sentido de la vida y la respuesta á las dos preguntas «¿para qué vivir, y qué hacer para tener derecho á la vida?», consisten en esto: cumplir la voluntad de Dios, reconocida por nosotros en nuestra conciencia. ¿A qué nos lleva eso? Lo ignoro; pero sé que al tener claro conocimiento de ello, cambiará toda mi vida exterior y tendrá mi vida el sentido eterno, cada vez más claro, alegre y racional. Y si lo que pide la conciencia no es claro para vosotros, entonces el Evangelio os dará la respuesta.»

## CUESTIONES SOCIALES

REFORMAS SOCIALES EN ESPAÑA.—El docto catedrático de la Universidad de Oviedo, D. Adolfo A. Buylla, expone en *Nuestro Tiempo* las reformas sociales compatibles con el estado actual de la cultura española en patronos y obreros, afirmando que, á grandes males como los que nuestra sociedad padece, fuerza es aplicar grandes remedios, debiendo contribuir á la solución del problema cuanto existe de verdaderamente *vivo* en la sociedad española: el Estado, la Iglesia, los hombres de ciencia y los artistas, desarrollando las reformas tímidamente ensayadas hasta la fecha, como la ley de accidentes del trabajo, é implantando cuantas se han establecido en las naciones civilizadas, y algunas más todavía.

Entre las innovaciones recomendadas por el Sr. Buylla, figura en primer término la reforma del Código civil, de modo que al lado de la consagración y regulación del derecho de propiedad *real* aparezca la del derecho de propiedad *personal*, la propiedad del trabajo, cimiento de la propiedad de las cosas; transcurrido el primer período decenal de revisión, no debe perderse la ocasión de introducir en el Código las reformas aconsejadas por la experiencia. Tal sucede, en primer término, con la «fijación legal del *mínimum* de salario». Si los que se ofrecen para trabajar son más que los que se necesitan, ¿no se

produce una depreciación del salario, en términos de no alcanzar á la satisfacción de las más apremiantes necesidades, produciendo, ya que no la muerte inmediata del individuo, la miseria fisiológica, que es la muerte de la especie? ¿Dónde está aquí el libre consentimiento como condición esencial del contrato? Y si la oferta excediera á la demanda, resultando perjudicado el patrono, ¿no se incurriría en análoga falta, siquiera sus consecuencias tuvieran otro alcance?

La determinación oficial de la duración del día de trabajo se inspira en idéntico criterio. Dejar la solución de este problema al azar de la contratación y de las disputas, es resolverlo, no en favor de quien más razón tenga, sino de quien de más fuerza disponga. El Estado debe intervenir con su acción tutelar, regulando la jornada de trabajo, como lo ha hecho ya en Francia, Inglaterra y Norteamérica.

En cuanto al aprendizaje, mientras Inglaterra, Alemania, Suiza y Francia han legislado ampliamente sobre sus condiciones, España no se ha preocupado de la preparación física, intelectual y moral del hombre destinado al trabajo. No ha sucedido lo mismo con las huelgas, que siempre han preocupado á los Gobiernos por afectar al orden público, pero en las que todavía no se ha hecho lo que debe hacerse, estableciendo el arbitraje permanente y obligatorio, á semejanza de lo que se intenta hacer en Francia, y es un hecho ya en Australia.

Otra reforma debe ser el establecimiento del seguro obligatorio y oficial contra los accidentes, la enfermedad, la vejez y la muerte, experimentado ya con éxito en Alemania y comenzado á plantear en Francia, así como la creación de la inspección del trabajo, medida estimada por Decurtins como urgentísima y necesaria, pues de nada sirve dictar sabias y beneficiosas leyes, si no se cumplen por falta de un buen servicio de inspección.

El desarrollo de la cooperación en todas sus formas (de producción, crédito y consumo) es uno de los medios que más pueden contribuir á mejorar la situación económica de las cla-



ses obreras; pero es preciso que el Estado ayude á estas cooperativas, dispensándolas de impuestos ó disminuyendo por lo menos su cuantía. La distribución de terrenos baldíos entre los braceros del campo, que propone *La Nueva Era*, es también remedio adecuado para aliviar la miseria de las clases labradoras, y tiene sus precedentes en la concesión gratuita de tierra á los pobladores de Sierra Morena, Salamanca y Ciudad Rodrigo, pudiéndose proteger además al pequeño labrador con la institución del *Homestead*, declarando inembargables las casas y parte de las tierras de quienes personalmente las cultivan.

Como complemento de estas medidas, pueden apuntarse también: la asistencia gratuita y obligatoria de los hijos de obreros á las escuelas públicas, con indemnización á los padres del jornal que aquéllos pudieran ganar, ó por lo menos, con vestido y alimento á costa del Estado; el establecimiento del trabajo manual en las escuelas; la instalación de Escuelas de Artes y Oficios en todos los Institutos de segunda enseñanza; de secciones de técnica superior en las Universidades, y de bibliotecas populares y museos industriales en la mayor parte de los centros de población; la concesión de pensiones de estudios de artes é industrias en el extranjero; la creación de un Ministerio del trabajo, y la representación en Cortes de las Cámaras y Centros obreros.

### IMPRESIONES Y NOTAS

LA SEGUNDA ENSEÑANZA.—Ha llegado la hora — dice en su informe el Sr. Couyba—de hallar la fórmula libertadora y definitiva de la segunda enseñanza rompiendo añejos moldes. ¿Cuál es el espíritu en que debe inspirarse la reforma? Unos quieren dividirla en ramas diversas, sin ver que así se crearían castas sin principio alguno común, sin ideal; otros, en cambio, reprueban toda especialización, estimando que la misión de la

segunda enseñanza es crear una sociedad selecta. Esta *élite*, formada por la segunda enseñanza, no sólo comprende— dice Foncín—«los futuros sabios, escritores, artistas y funcionarios de todos los órdenes, sino que abarca también á los jefes de todas las profesiones, sin excepción alguna: hacienda, comercio, transportes, industria, agricultura, colonización, todos cuantos por su inteligencia, su fortuna ó su notoriedad, puedan ejercer algún influjo en sus compatriotas». Entre estos dos extremos se halla la solución, según Clementel.

Preguntando á la estadística, se ve la absoluta necesidad de dar nueva orientación á la enseñanza secundaria; los 20.000 alumnos que antes había en los Institutos, se han convertido en 200.000. ¿Quién puede lamentar esta invasión, que es la mejor prueba de la democratización del saber? Desgraciadamente no todos los que se preparan son útiles, y según Buisson, profesor de pedagogía en la Sorbona, de cada 10.500 aspirantes al bachillerato, 5.300 son admitidos y 5.200 rechazados. ¿Qué hacer con ese ejército de nulidades? ¿Van á empezar á los diez y ocho años el aprendizaje de un oficio? (1).

Importa transformar el sentido y la orientación de la enseñanza secundaria por medio de una fórmula liberal y utilitaria á la vez, que permita atender á un tiempo á las exigencias del ideal y á las de la vida práctica.

\*  
\* \*

LA RELIGIOSIDAD EN LA JUVENTUD JAPONESA. — La revista japonesa *Tetsugaku Zasshi* ha enviado el siguiente cuestionario á los estudiantes de las Universidades japonesas, en nú-

---

(1) En España afortunadamente el mal no es en este punto tan grave, pues con los exámenes anuales por asignaturas, sobre todo cuando los Tribunales cumplen sus deberes, se puede siempre llegar á tiempo para echar á los estudiantes por otro camino, cuando se demuestra que no sirven para el estudio. Este aspecto de la cuestión no debe perderse de vista por los que pretenden la supresión ó la reducción de los exámenes.

mero de 4.561 ejemplares: 1.<sup>a</sup> ¿Creéis en alguna religión? 2.<sup>a</sup> ¿Sentís la necesidad de alguna religión? 3.<sup>a</sup> Decidnos los motivos que habéis tenido, si habéis dejado de creer. 4.<sup>a</sup> ¿Cómo habéis organizado vuestra vida á falta de una religión? 5.<sup>a</sup> Si no creéis vos mismo, ¿no considerais, por lo menos, necesaria la religión para los que os rodean?

El resultado de esta información ha sido 942 respuestas, 555 de las cuales contienen claras declaraciones de ateísmo; algunos de estos incrédulos confiesan que querrían creer, si pudieran; otros afirman que no han tenido tiempo para pensar en las creencias que habían de adoptar, y 134 manifiestan que jamás han sentido la necesidad de creer.

Por lo demás, 184 responden que deben á la lectura y al estudio la emancipación de sus creencias religiosas; y en cuanto á la sustitución de la religión, 357 se deciden por la moral subjetiva, 168 por la ética objetiva, y casi todos por el mandato de la conciencia. En vista de esto, los encargados de la información declaran ser necesaria la creación de una ética ideal que venga á ser como la resultante de los mejores y más universales principios proclamados por todas las religiones positivas.

\*  
\* \*

DOS NUEVOS SUEROS.— Importantísimos son los dos nuevos descubrimientos de Bordet: los sueros anticelulares y el suero turbio. Los primeros obran sobre las células al modo de los sueros específicos, pudiéndose utilizar como contraveneno. El suero nefrotóxico, por ejemplo, tiene la propiedad de provocar en los animales lesiones graves en los riñones; vacunándolos con este suero, ¿quién dice que no se llegará á fabricar un suero antitóxico que cure las lesiones renales, como el suero de Roux cura la difteria? Finot ha indicado en su *Filosofía de la longevidad* lo que puede esperarse del suero leucotóxico de Metchnikoff. Este mismo sabio tuvo la idea de fabricar un suero tóxico, mortal para los macrófagos que producen el cáncer, las

cirrosis y las esclerosis; desgraciadamente el suero fabricado no sólo mataba á los macrófagos que nos devoran, sino también á los fagocitos que nos salvan, y las cosas quedaron así; pero partida aplazada no es partida perdida.

En cuanto á los sueros turbios, se llaman así por la propiedad que tienen de enturbiar los líquidos orgánicos á que se agregan, hecho recientísimo y ya fecundo en consecuencias. Cuando Bordet preparaba su suero hemolítico, comprobó que añadido al suero de conejo provoca en éste un precipitado finísimo que enturbia completamente el líquido. Hechos después muchos experimentos, se ha llegado á la conclusión de que estos sueros permiten reconocer con la mayor facilidad y exactitud la naturaleza y origen de la sangre, hecho de gran importancia en medicina legal.

\*  
\* \*

LA MUJER Y LA FAMILIA EN LA MANCHURIA.—La situación de la mujer manchú en la casa de su marido—dice Lobza en *Mir Bojy*—es lastimosa. El marido no se digna siquiera conocer el nombre de su compañera, y si alguien le pregunta cómo se llama, lo considera como un ultraje. Cuando entra un hombre en la habitación, sea el dueño de la casa, ó un pariente, y hasta un extraño, las mujeres tienen que levantarse, y lo mismo hacen cuando sale, en señal de respeto. Es raro, sin embargo, que un marido golpee á su mujer.

Cuando el marido sorprende á su mujer con otro hombre, las leyes le autorizan para matarlos á los dos, estimándose que semejante proceder, no sólo no constituye un crimen, sino que es una virtud. Pero en lugar de matarla, el marido suele contentarse con despedirla; en muchos casos la expulsa también ó la repudia, sin más razón que la de haber cesado de agradarle.

La mortandad de los niños es enorme, siendo tan corriente el hecho, que á nadie sorprende. Considerados en general

los niños como seres inferiores entre el hombre y las bestias, no se les hace caso, y hasta los seis ó siete años no se fija en ellos la atención; los que mueren antes de esta edad, no son enterrados siquiera; se les envuelve en paja y se tiran á la calle.

El infanticidio es frecuentísimo, y no son únicamente las solteras y las prostitutas las que matan á sus hijos, sino también las mujeres casadas, que por unas ú otras razones no quieren tenerlos. El medio del infanticidio es semejante al del entierro; se envuelve al niño recién nacido en paja, y se tira á la calle.

\*  
\* \*

PARÍS BAJO EL CONSULADO.—De la animada pintura que Gilberto Stenger hace de la sociedad parisién bajo el consulado, extraemos los párrafos que siguen:

Mientras los hombres iban á los liceos, las mujeres empleaban su tiempo de otro modo: muchas iban á ver á Mesmer, creyendo en sus milagros, y ni una siquiera dejaba de consultar las cartas para saber el porvenir, averiguando por ellas las visitas, declaraciones y contratiempos que su buena ó mala fortuna les tenía reservados; otras se entretenían en barajar las cartas para saber si había de salirles la lotería; esta pasión dominaba á todas, y la revendedora tenía su baraja al lado de sus legumbres, la cocinera al de sus hornillas y la costurera entre sus trapos.

Esta credulidad de los parisienses favorecía á los aventureros. A lo mejor se formaba un grupo en una calle en torno de una joven que cantaba acompañándose de la mandolina; un hombre de pronto parecía conmoverse al contemplar á la joven, y volviéndose hacia su vecino, le confesaba su sorpresa; aquella pobre mujer le era conocida, era la baronesa X ó la condesa H, á quien la Revolución había dejado huérfana y arruinada; en seguida se hacía una lucrativa cuestión, recibiendo el desconocido las ofrendas y entregándolas á la can-

tante; era un compadre, á quien esta farsa daba excelente resultado.

A pesar de la actividad de la policía, París era siempre lugar de encuentros misteriosos y de peligros terribles. Una mujer—cuenta Dufort—se acerca á un caballero una noche en el pasaje San Guillermo y le lleva á una casa inmediata; el transeunte entra en sospechas por ciertos signos equívocos que pudo sorprender, y lejos de penetrar en la casa, escapa y la denuncia; se toman las salidas con precaución y se coge á unos veinte bribones, ladrones y asesinos, descubriéndose en los sótanos multitud de cadáveres y objetos robados. Desde el principio de la Revolución, los habitantes de la casa se entregaban á aquella horrible y lucrativa explotación: atraían á los transeuntes por medio de las mujeres de la banda, y los asesinaban para robarles.

\*  
\* \*

NAPOLEÓN Y LA SEÑORA DE STAEL.—Durante el consulado—dice Stenger en la *Revue Bleue*—la señora de Stäel, entregada á su ambición, soñaba con dominar al joven General, dirigiendo por medio de él la política del Gobierno. Había hecho nombrar del Tribunado á Benjamín Constant, su más querido amigo—su amante, según Barras—y quería esclavizar al mismo Bonaparte, imaginándose que una mujer de inteligencia superior como ella, de palabra y de imaginación ardientes, obraría fácilmente sobre el espíritu de un joven que no había hecho más que guerrear. Le escribió varias veces sin tener respuesta, y al fin logró hacerse presentar á Napoleón en un baile en casa de Berthier. Ella misma contó que llevaba estudiado de antemano su cuestionario y sus respuestas; pero toda su labor se vino á tierra de un golpe, quedando sus esperanzas defraudadas.

Arnault mismo describe la escena: «La señora de Stäel, decidida á entablar una discusión en regla, apremiaba á pre-

guntas á Bonaparte, dándole á entender que era para ella el primero de los hombres:—General—le dijo—¿cuál es la mujer á quien querríais más?—¡La mía!—respondió Bonaparte.—Está bien; pero ¿cuál es la que merecería más vuestra estimación?—La que mejor sepa ocuparse de su casa.—Lo comprendo también; pero, en fin, ¿cuál sería para vos la primera de las mujeres?—La que tenga más hijos, señora—contestó el General, retirándose y dejando corrida á la ilustre escritora en medio de un círculo, con aquella oportunísima salida.»

\*  
\* \*

LA MEDICIÓN DE LA SENSIBILIDAD.—¿Qué resistencia ofrecemos al dolor? Tal es el problema que el doctor americano Arturo Macdonald ha intentado resolver con el *algómetro*, sencillo aparato de su invención, destinado, como lo indica su nombre, á medir el dolor. Se reduce á un cilindro con un pistón de resorte y un marcador. El cilindro se apoya en las sienes, para lo cual está cubierto de flanela en su extremidad, y luego se oprime el pistón hasta que la sensación de presión que se siente se convierte en dolor.

De los experimentos realizados hasta ahora, se deducen dos hechos que ya eran conocidos: que la mujer es más sensible que el hombre, y que las clases pobres tienen más resistencia que las ricas. 91 niños de diez años, alumnos de las escuelas públicas, llegan á un promedio de resistencia de 1.926 gramos, mientras que el mismo número y de la misma edad de las escuelas privadas, sólo llegan á 648.

Como consecuencia de sus experimentos, Macdonald ha llegado, según Neuville, á las conclusiones siguientes: 1.<sup>a</sup> La impresionabilidad en general decrece en razón inversa de la edad; de trece á diez y siete años, es decir, en la época de la pubertad, la sien izquierda y aun todo el lado izquierdo del individuo gana en sensibilidad, mientras que el lado derecho pierde, pareciendo averiguado que, en general, el lado iz-

quierdo es más sensible en todos los individuos que el derecho. 2.<sup>a</sup> Las alumnas de escuelas privadas, pertenecientes en su mayoría á familias ricas, son más sensibles que las de las escuelas públicas. 3.<sup>a</sup> Las alumnas de Universidades son menos sensibles que las lavanderas y más que las obreras, lo que prueba que no hay conexión absoluta entre el trabajo intelectual y el desarrollo de la sensibilidad.

FERNANDO ARAUJO.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**La moral inglesa contemporánea.** — *Moral de la utilidad y de la evolución*, por M. Guyau, traducción por Leopoldo Palacios.— Edit. LA ESPAÑA MODERNA. Un tomo.

Mr. Guyau, como su maestro Mr. Fouillée, representa en la historia del pensamiento humano una de las más originales tendencias armónicas y conciliadoras que, sin llegar á un completo y bien definido eclecticismo, introducen entre distintas y opuestas escuelas filosóficas, términos de paz y de concordia.

La filosofía positivista, atrincherada en el terreno de la observación y de los hechos como base de todo conocimiento científico, pretende relegar los estudios filosóficos á la categoría de estudios experimentales, y con su crítica amenaza destruir las concepciones idealistas.

Claro está que la moral, considerada por las escuelas idealistas como parte integrante de la filosofía y estudiada con el mismo método intuitivo, no había de escaparse á la acción del positivismo crítico; dos grandes escuelas luchan frente á frente por conservar su superioridad científica: el idealismo y el positivismo, y en medio de esta lucha aparecen espíritus fuertes que, como Guyau, procuran la armonía y la paz entre las escuelas litigantes.

El libro de Mr. Guyau, cuya traducción presenta al público español el Sr. Palacios, tiende á examinar los dos sistemas de moral que hoy ocupan la actividad de pensadores y sabios, y á armonizar, en lo posible, las opuestas doctrinas de la moral

utilitaria y evolucionista, y de la moral idealista; mas el ilustre filósofo no se detiene en lo que pudiéramos llamar armonía de contrarios, ni en la crítica de los sistemas; después de examinar las doctrinas de la moral inglesa y de señalar la influencia ejercida por el utilitarismo en la historia de la moral, hace surgir del encuentro de tan diversas doctrinas un nuevo ideal de moralidad, una concepción original que, partiendo de algunos datos del positivismo, se impone por modo metafísico.

En la primera parte del libro citado, expone M. Guyau las doctrinas de los principales representantes de la moral inglesa, comenzando por Benthan; según este filósofo inglés, el objetivo de toda moral, el fin último de la vida, es el placer; tenemos la obligación de procurar la dicha universal buscando primero la dicha individual; la propia tarea del moralista es igualar el placer adquirido al esfuerzo realizado en adquirirlo, y así pudo decir Dumont de Genéve que «la moral *deviene* un negocio de aritmética»; aplicando el cálculo moral á la conducta privada, surgen dos virtudes que Benthan conceptúa fundamentales, y á las cuales pueden reducirse todas las demás: prudencia y benevolencia; la primera es la aplicación de las prescripciones del código moral en provecho propio, y la segunda en el ajeno.

Sigue después Owen, que es determinista y pretende reformar la sociedad cambiando el medio social.

Con Stuart Mill, la moral utilitaria llega á su período álgido; el criterio de la moral utilitaria no es, según este filósofo, la mayor dicha del agente, sino la mayor suma de dicha general, separándose en este punto de Benthan.

Entra decididamente Mill en los dominios de la psicología, y añade á la moral utilitaria un nuevo elemento psicológico: la asociación de ideas; admite una semi-libertad al declarar reformable el carácter por el esfuerzo voluntario, y una semi-conciencia moral, resultante de la asociación en el pensamiento de la idea de dicha individual á la de dicha colectiva; sos-

tiene que es deseable la virtud, que es necesario desearla con desinterés por ella misma, refiriéndola al principio de la dicha; el centro de la moral utilitaria es el *yo*, que irradia á otro foco poderoso: la dicha general.

Continúa después Guyau exponiendo la doctrina de A. Bain, para quien la obligación moral no es, como decía Mill, una especie de temor; es una autoridad independiente del exterior, y que parece libre; es una imitación del gobierno exterior dentro de nosotros mismos; á esta imitación, que es hasta cierto punto creación, la considera Bain como la génesis de la conciencia.

Siguen, por el orden de exposición, las doctrinas de Grote, Bailey, Sewes y Sigwick, y en último término las de la moral evolucionista, cuyos principales representantes son Darwin y Spencer.

Darwin es el autor de la génesis empírica de la conciencia moral, producida por el instinto y perpetuada por la herencia, interviniendo la selección, que es el gran principio de la teoría evolucionista.

Spencer opina que el máximum de la perfección y de la dicha es el equilibrio final ó adaptación completa del individuo á la sociedad (ideal humano), y viceversa (ideal social); la moral, según Spencer, debe deducirse de una ley única, la ley de la vida, la evolución; de este modo pudo definir la moral: el conjunto de sentimientos é ideas, producidas por impresiones acumuladas y fijadas por la herencia.

Una vez expuestos los sistemas de moral utilitaria y evolucionista, entra Guyau de lleno en la crítica de las doctrinas.

El principal error de los utilitarios, según Guyau, es haber considerado demasiado exclusivamente en la actividad humana la tendencia al placer; no siempre se obra por un placer, que responde á una forma pasajera de la actividad; hay otra clase de placeres que, como el pensar, vivir, etc., están ligados al fondo mismo de la acción y coinciden con la conciencia misma de la vida.

Otro error de los utilitarios es el creer, al hablar de los idealistas, que su moral implica lo trascendente, lo metafísico, lo «noumenal».

En la moral idealista ve Guyau dos grandes prejuicios: la obligación y la sanción; la obligación, como consecuencia de un deber místico, y la sanción, como algo venido de afuera que, en este caso, se confunde con la coacción física.

Se puede mover la voluntad sin invocar ni un deber místico ni un placer particular; el deber se refiere á la conciencia de una potencia interior: «sentir interiormente lo que se es capaz de hacer, es tener la primera conciencia de lo que se tiene *deber* de hacer»; el deber es una superabundancia de vida que pide verificarse, es el sentimiento de un poder; he aquí el concepto de obligación, según Guyau.

En cuanto á la sanción, opina Guyau que no existe sino allí donde la acepta el culpable, y, por consiguiente, la sanción verdadera es la sanción voluntaria; la voluntad es la única capaz de hacer verdadero el castigo ó la pena, es decir, la pena moral del remordimiento, tanto más cruel, cuanto que somos nosotros mismos los que nos la aplicamos.

Descartados de este modo de la idea platónica y dualista del bien y del imperativo categórico de Kant los elementos substanciales de obligación y sanción, surge una concepción grandiosa, que Guyau llama «moral sin obligación ni sanción», y que constituye uno de sus más originales pensamientos.

Esta moral reproduce, en un sentido más elevado, la moral de la perfección; cumplir el deber, aspirando á la perfección misma, es esencialmente vivir, es la suprema felicidad, que, según la frase de Goethe, es necesario merecer para alcanzarla.

En resumen, el libro de Guyau deberá ser leído y meditado por filósofos y juristas, y en general, por cuantos se interesen por el progreso y desarrollo del pensamiento humano.

LUIS ALONSO.

**Estudios militares y políticos**, por José Ibáñez Marín.—Madrid, 1900.

Si por efecto de complejas causas, todas lamentables, es en España cada vez más rara la publicación de libros de ciencia militar, aún es más extraordinaria la aparición de los que, considerando la milicia como institución social y humana, desentrañan problemas, no de orden técnico ni planteados por los progresos de la ciencia ó el arte, como la invención de una máquina de guerra ó la adopción de mera táctica, sino de interés nacional, analizando la influencia que en ellos ejercen causas de orden moral, tendencias políticas de las diversas épocas, influencias de la naturaleza humana, evoluciones históricas de las naciones, orgullos de la victoria, amarguras de la derrota, las causas por donde corren las aspiraciones de las individualidades y los pueblos, según van empujadas por unas ú otras ideas, por estas ú aquellas contingencias, según el individuo se mueve á impulsos de la fe, el honor, la gloria, el provecho, la ambición, según la colectividad decae ó crece, vive ó vegeta, aspira ó desconfía, es potente y empuja los talentos y voluntades por un camino del que tiene conciencia, ó débil é insegura es instrumento de ambiciones vulgares.

No es extraño que sean poco frecuentes tales libros, pues no basta para escribirlos cultura extensa y sólida si no se tiene á la par espíritu observador, sosegado juicio, y, sobre todo, una gran dosis de esa filosofía por excelencia que se llama sentido común, condiciones sin las cuales sólo se amontonan vulgaridades ó juicios sin fundamento.

Estos son los escollos del género, sorteados por el Sr. Ibáñez Marín en su libro, donde, con el galano ropaje de un estilo que no hay necesidad de elogiar por estar ya harto acreditado, se nos muestran juicios atinados, no siempre halagadores para nuestra vanidad; y este es otro mérito de la obra: observación inteligente, fructíferos modelos que imitar en el período decadente que atravesamos, y sanos consejos.

Siete son los estudios cuyo análisis no cabe, por lo varia-

do de los asuntos en esta noticia; la enunciación de los títulos hará juzgar de la importancia del libro. Helos aquí:

*El egoísmo en la milicia.—Pueblos muertos y pueblos vivos. Estudiantes y soldados.—Disciplina y solidaridad militar.—La geografía en la enseñanza militar.—El poder militar y marítimo.—La capitulación de Santiago de Cuba.*

JOSÉ DE ELOLA.

**Sulla condizione del marito nella famiglia primitiva, per G. Mazzarella.**—Roma, 1900.—Un opúsculo de 32 páginas, sin indicación de precio.

El Dr. Mazzarella hace poco tiempo que ha comenzado á escribir, y por eso infiero que es joven. Mas á juzgar por sus trabajos (que se suceden unos á otros con frecuencia), no lo parece. Pues además de poseer una amplia y sólida cultura—lo cual requiere largo trabajo,—la mesura, cautela y circunspección con que procede en sus juicios, más propias son de espíritus bien maduros y reposados, que no de almas juveniles, atrevidas y precipitadas. Así en otros escritos anteriores como en el presente (todos ellos de jurisprudencia etnológica, á la que el autor se ha entregado con mucho ahinco), Mazzarella marcha con pies de plomo, sin hacer afirmaciones aventuradas.

Es él de los que admiten la existencia del matriarcado primitivo, del cual encuentra diferentes vestigios y supervivencias en varios pueblos y razas. Una de esas supervivencias es el matrimonio ambiliano, estudiado en otra monografía anterior á la presente. En esta de ahora ha querido demostrar: 1.º, la existencia del levirato ambiliano y la distinción del mismo del levirato patriarcal; 2.º, el carácter puramente gentilicio de dicho levirato; 3.º, la existencia de un vínculo entre el mismo y el matriarcado; 4.º, la derivación de tal levirato del matrimonio ambiliano.

P. DORADO.

**L' alcoolisme en France et en Normandie.** Ses causes, ses conséquences, ses remèdes; le monopole de l' alcool. Discours de rentrée à la Cour d' appel de Rouen, prononcé par *M. Delrieu* le 16 Octobre de 1900.—Rouen, 1900.—Opúsculo de 67 páginas, sin indicación de precio.

El alcoholismo es un verdadero azote de las sociedades que pasan plaza de civilizadas. A él se atribuyen, en grandísima parte, los peores males que éstas padecen: la criminalidad, la locura, la degeneración de las razas, etc.

Por tal motivo preocupa este problema desde hace años, y cada vez va preocupando con más fuerza á los pensadores, publicistas, magistrados, gobernantes y demás personas que se interesan en el estudio y resolución de los problemas sociales.

El trabajo de *M. Delrieu* es una contribución á este estudio. En él hay bastantes datos, singularmente relativos á Francia y á la región de ella que lleva el nombre de Normandía; no faltan tampoco algunos relativos á otros países.

Si bien con rapidez—con la rapidez que consiente un discurso de apertura de tribunales,—el autor se hace cargo de las principales cuestiones que envuelve el problema del alcoholismo; aunque en honor de la verdad, diremos que no de todas. Hace una breve indicación sobre los orígenes del alcoholismo en Francia; traza un cuadro interesante del alcoholismo en Normandía; tiende á explicar las causas á que se debe el desarrollo del alcoholismo; aduce cifras sobre el consumo del alcohol en Francia; habla de la potencia tóxica de los alcoholes; suministra datos concernientes á la multiplicación de los despachos de bebidas en el país de referencia; enseña brevemente algunas de las consecuencias del vicio alcohólico (criminalidad, enfermedades, herencia morbosa, degeneración moral, etc.), y, por fin, da cuenta de algunos remedios, empleados ya ó que pueden emplearse para combatir el alcoholismo y su difusión. A esta parte dedica muchas páginas del discurso, hablando sucesivamente de las sociedades de templanza, de la enseñanza antialcohólica, de las leyes represivas contra el alcoholismo, de la autorización necesaria para abrir

establecimientos de bebidas, del impuesto de patentes para vender alcoholes, del monopolio del Estado para la fabricación de los alcoholes, para su venta, etc., etc.

En resumen, la monografía de M. Delrieu compensa bien el tiempo que se gasta en su lectura.

P. DORADO.

---

**Nord e Sud**, per Francesco S. Nitti. Torino, Roux e Viarengo, editori, 1900.—Un volumen de 207 páginas, 3 liras.

Especialmente desde que se hizo la unidad italiana, viene notándose un marcado contraste—cuando no lucha—entre las regiones septentrionales y las meridionales de aquel país.

La diferencia es un hecho innegable: diferencia en el grado de instrucción (mayor al Norte que al Sud), en la criminalidad (mayor al Sud que al Norte), etc. Pero, ¿de qué proviene?

En estos últimos tiempos, algunos escritores, aplicando á Italia las doctrinas de esa nueva ciencia que se denomina antroposociología, han pretendido atribuir la inferioridad en que se encuentra la parte baja de aquella península, en comparación con la parte alta, á condiciones nativas de los habitantes de la una y de la otra, ó sea á motivos étnicos.

Nitti, por el contrario, en este libro (que es un resumen de otro trabajo más extenso del mismo autor, publicado en los *Atti del R. Istituto d'incoraggiamento*, de Nápoles), procura demostrar—con el auxilio de muchos datos numéricos, de cuadros, gráficos, etc., según la excelente costumbre del autor al escribir todas sus obras—que las ventajas que el Norte de la nación italiana lleva al Sud se deben á causas históricas y sociales, de que viene á resultar una verdadera injusticia, por el desigual tratamiento que respectivamente se otorga á ambas regiones.

Entre tales causas se hallan las siguientes: que el Mediodía



está más gravado que el Norte en materia tributaria, y, en cambio, recibe menos proporcionalmente en la distribución que se hace del producto de los impuestos; que los miles de millones que se han gastado y se gastan en Ejército y en Marina, se han gastado principalmente en beneficio de las regiones del Norte y del Centro, no de las del Sud; que en el Norte y en el Centro hay bastantes más institutos de enseñanza y mayores facilidades, por lo tanto, de instruirse que en el Sud; que con los Tribunales y la administración de justicia acontece lo propio, y lo propio con los ferrocarriles, caminos y carreteras, trabajos hidráulicos y de bonificación, puertos y otras obras públicas; que el mayor número de cargos públicos retribuidos está en manos de septentrionales, como igualmente las pensiones de todo género, etc., etc.

Se trata, en suma, de un libro muy instructivo é interesante. Bueno sería que entre nosotros se tomara alguien la pena de preparar y escribir uno análogo. Sería una manera muy adecuada de contribuir al examen de conciencia que ha de ser una de las primeras condiciones de nuestra regeneración, de esa regeneración tan ansiada, que tantos nos prometieron hace tiempo para el día siguiente ó para dentro de tres ó cuatro meses á lo más, y que todavía no ha venido, y sabe Dios si estará en venir.

P. DORADO.

---

**Un cuento de flores.** (Poema), por *Cayetano de Alvear*.—Librería de Fernando Fé, 1901.

Bonito libro éste del Señor Alvear.

Se lee de un tirón con hechizo irresistible.

Recuerda á cada paso las bellezas del gran Campoamor, maestro del nuevo poeta.

Tiene sentimiento, encantador asunto, delicadeza exquisita.

Es un poema de los nuevos, y, además, de los buenos.

El autor, de un solo salto, se ha colocado á la altura de los dioses, de los dioses de la poesía española, que son tan pocos.

Comienza contando la historia de una flor que

«Nadie supo ni cómo fue engendada

»Ni de dónde venida;

hija de

»Una planta exótica importada

»De una flora quizá desconocida.

Esta planta

»Adherida en el hueco de una roca,

se salvó gracias al cuidado de una niña

»Tan hechicera, al menos, como loca»

que convirtió en maceta su linda mano y la trasladó al invernáculo de su casa, donde

«Entre otras precauciones,

»Cubriéndola con pajas y algodones

»Con el mismo cuidado detenido

»Que si formara á un pájaro su nido.»

logró salvar la vida á la pobre planta moribunda.

Pero ¡ay! que la planta, siempre á la sombra, deseaba la luz, hasta que un día el sol

«Lanzóle de repente

»Un haz como de lumbre abrasadora,

»Que ella, con ilusión encantadora

»De su exaltado amor en el exceso,

»Acogiendo feliz, cual beso ardiente,

»Pagó amorosa con ardiente beso.»

Aquel sol tan deseado mató con sus rayos la planta delicada, dando con esto fin el hermoso poema.

Copiamos para deleite de los lectores, como modelo de versificación, el siguiente trozo del canto tercero:

La lila, que, ligera,  
 Con sus tirsos de flores  
 Se apresura á anunciar la primavera,  
 Un día refirióle placentera  
 La primera emoción de sus amores.  
 La flor de lis, de límpidos colores,

La reveló que, ajena á los halagos  
De la fortuna varia,  
Realza su esplendor, de galas lleno,  
Con el candor sereno  
Conque pasa su vida solitaria  
Retirada en los bordes de los lagos.  
—Por mi pudor yo velo, y siempre esquiva  
Mi irritabilidad todo provoca...  
¿No ves?—dijo la tierna sensitiva—  
Háceme estremecer cuanto me toca!  
—Yo—gritó un roble de robustas ramas—  
La fuerza soy y lo que quiero, quiero.  
—Por mí sabrás—dijo la hiedra—si amas,  
Que allí en donde hallo amparo arraigo y muero.  
—Vivo modestamente—la violeta  
Prosiguió, con acento muy profundo—  
Porque sé que en las lides de este mundo  
La dicha, si es que existe, no es completa.—  
Mirándose en las aguas de una fuente,  
Clamó un bulbo á su lado:  
—Tú me tendrás que oír atentamente  
La historia de Narciso enamorado.—  
Una anciana morera,  
Muy sabia, muy prudente y muy sincera  
Que entendió que debía hacerse cargo,  
Para vivir de todo apercebida,  
Del eterno contraste que en la vida  
Viene á formar lo dulce con lo amargo,  
Explicóle con maña  
Cómo procaz y astuta  
Vive oculta entre el trigo la zizaña,  
Y cómo, sin causar ningún recelo,  
Brotan, muy cerca y en el mismo suelo,  
Ponzoñosos, el opio y la cicuta;  
Y por lo mismo que tan frágil era,  
Temiendo que después se envaneciera,  
Ella ahora tan postrada,  
Tan inútil, tan mustia y delicada,  
La enteró, entre otras cosas más horribles,  
De que hay plantas también inmarcesibles.  
Pero haciendo cambiar sus emociones,

No le faltó un clavel muy saleroso,  
 De encendidos colores rosa y grana,  
 Destinado á brillar en la cabeza  
 De una graciosa y linda sevillana,  
 Que, presa de indecibles sensaciones,  
 Con sobrada franqueza  
 Muy terne y animoso  
 Se le ofreciera por amante esposo.  
 —Yo, de todo pensil reina y señora  
 —Clamó la rosa—tanto me ensalzaron  
 Los que mi larga historia relataron,  
 Que fuera vano anhelo  
 Repetírtela ahora;  
 No te diré, habladora,  
 Por tanto, cómo un día se formaron  
 En mi seno, y después se consumaron  
 Los amores de Céfiro y de Flora,  
 Ni cómo si antes descendí á este suelo  
 Fue al caer del regazo de la Aurora.

Y como era tan crédula y tan buena,  
 Por contener ó acrecentar su llanto,  
 La flor le refería del acanto,  
 Que ella adornó la túnica de Elena.  
 Y continuando su mentida historia,  
 A fuerza de ilusoria,  
 De vanidades y de errores llena,  
 Le infundieron de modo persuasivo,  
 Con un calor rayano en la locura,  
 El lirio, majestad; paz, el olivo;  
 Su pureza la cándida azucena;  
 La hiedra, su ternura;  
 La palma, la victoria;  
 El mirto, amores, y el laurel la gloria.....

Sólo después de darle un buen consejo,  
 De su modesta condición reflejo,  
 Lamentando las lides  
 En que tenaz se empeña  
 Una flor muy pequeña  
 Le dijo por lo bajo: «No me olvides».

.....

**La Philosophie de la Longévité**, par *Jean Finot*.—Véanse acerca de este importantísimo libro, que muy pronto verá la luz en castellano, los siguientes extractos de la prensa internacional.

Apenas aparecida, la *Filosofía de la Longevidad* ha sido objeto de numerosos artículos y estudios profundos, publicados en los principales órganos franceses y extranjeros. Sacamos de ellos algunas líneas que dan una idea aproximada de los méritos y de las tendencias del libro:

Libro singularmente sugestivo, de una filosofía serena, igualmente interesante para los sabios, los poetas y el gran público.—*Figaro* (Emilio Gautier).

El autor, escritor ingenioso y avisado, nos ofrece en la *Filosofía* la esperanza de ver, de aquí á cien años, lucir la aurora del siglo veintiuno...—*Temps* (H. de Varigny).

Se lee esta *Filosofía* con curiosidad y provecho. El autor hace pensar, lo que, en estos tiempos, no es vanal cosa.—*Revue Scientifique*.

Obra de interés general, porque tiende nada menos que á enseñarnos el arte de vivir largo tiempo... Se saca de ella un concepto noble y animoso de perfección y de progreso.—*Petit Marseillais* (Paul y Víctor Margueritte).

Libro en extremo interesante, que ha conquistado rápidamente los sufragios del público. Escrito en una lengua admirable, animado de un verdadero aliento poético, repleto de consideraciones filosóficas, este libro se apoya en hechos biológicos indiscutibles.—*Presse Medicale* (Dr. R. Romme).

Obra confortativa, llena de hechos y de ideas, escrita por un amigo de la humanidad. Cuando se ha leído ese libro, se siente uno más vivo y más dichoso.—*Revue Internationale de l'Enseignement* (A. Renard).

Su tesis, ingeniosamente desarrollada, nos muestra cómo oponer á la vejez una resistencia victoriosa.—*Éclair* (Luis de Grammont).

Libro realmente atractivo para todos, y de los más interesantes para los espíritus serios y reflexivos.—*Matin*.

El autor, cuya erudición es universalmente conocida, ha condensado en un grueso tomo sus pacientes estudios sobre las causas de la mortalidad humana y los medios de prolongar la vida.—*L'Autorité* (E. Pesch).

El autor es de un consolador optimismo, y en tal concepto, la lectura de su obra es recomendable, aparte de que su libro está lleno de ideas nuevas y abre sobre una multitud de cuestiones horizontes inesperados.—*Chronique Medicale* (Dr. Cabanés).

Hay en esa hermosa obra, con una multitud de detalles lo más vivamente interesantes, páginas de elevada serenidad que forman á la vez el elogio del espíritu investigador y del alma pensativa del autor.—*Nouvelle Revue*.

Leed esa obra y gustaréis toda la poesía que se desprende del gorgogeo de las carnes.—*Fronde* (A. Tery).

Obra llena de ideas ingeniosas, de hechos curiosos y de observaciones originales.—*Revue Encyclopedique*.

Quitando á la muerte su terror y dando á la vida un nuevo sentido, el autor da con eso mismo un golpe significativo á nuestras concepciones actuales de la vida y de la muerte. No se trata allí de ensueños místicos, sino de observaciones reflexivas de un sabio, que entiende el modo de justificarlas.—*Frankfurter Zeitung* (Otto Hørth).

Cuadro admirable de la vida que desborda en la naturaleza, arma inapreciable en el duelo contra la muerte.—*Il Giornale del Popolo* (P. Lombroso).

Entre tantos libros que la librería parisién echa sobre el mercado, ese merece una atención excepcional. — *Journal de Bruxelles* (R. Leblé.)

Encontramos en ella indicaciones morales y prácticas presentadas bajo una forma de tal modo bella y elegante, que, sobre pasar leyéndola algunas horas agradables, podemos por añadidura ganar algunos años de vida.—*Nuova Antologia*.

El libro es á propósito para retener á todo el mundo; á los que creen que todo está acabado después de nuestro último sus-

---

piro, como á los que admiten una segunda existencia para el alma inmortal.—*La Meuse*, Lieja.

Esta *Filosofía* es un libro sano y sereno por excelencia, y su parte más interesante y original es, sin disputa, el estudio sobre la creación artificial de los seres.—*Review of Reviews*, Londres (W. T. Stead).

El autor examina en forma clara y precisa una serie de cuestiones importantes, y lo hace de un modo atractivo y vivamente interesante para el lector más hastiado.—*Saturday Review*, Londres.

## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Actea</i> (novela), tercera parte.....	5
<i>Poetas americanos: Sol de sangre</i> , por Manuel Ugarte.....	62
<i>Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos</i> , por Rafael Mitjana. ....	64
<i>Historia del jabón</i> , por Joaquín Olmedilla y Puig.....	78
<i>Filosofía de la longevidad</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	89
<i>Viaje de un español á tierra de China</i> , por Rafael Farias.....	93
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	111
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	122
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	145
<i>Notas bibliográficas</i> , por L. Alonso, José de Elola, P. Dorado, etc.	193